

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 24.

NUM. 284.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ LÁZARO

AGOSTO 1912

CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»

Calle López Hoyos, 6

MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

Imp. y enquad. de V. Tordesillas, Tutor, 16, Madrid.—Teléfono 2.042

DEL SENTIMIENTO TRÁGICO DE LA VIDA

EN LOS HOMBRES Y EN LOS PUEBLOS

Fe, esperanza y caridad.

Sanctiusque ac reverentius visum de actis
deorum credere quam scire.

TÁCITO, *Germania*, 34.

A este Dios cordial o vivo se llega, y se vuelve a Él cuando por el Dios lógico o muerto se le ha dejado, por camino de fe y no de convicción racional o matemática.

¿Y qué cosa es fe?

Así pregunta el catecismo de la doctrina cristiana que se nos enseñó en la escuela, y contesta así: creer lo que no vimos.

A lo que hace ya una docena de años corregí en un ensayo diciendo: «¡creer lo que no vimos, no!, sino creer lo que no vemos». Y antes os he dicho que creer en Dios es, en primera instancia al menos, querer que le haya, anhelar la existencia de Dios.

La virtud teologal de la fe es, según el Apostol Pablo, cuya definición sirve de base a las tradicionales disquisiciones cristianas sobre ella, «la sustancia de las cosas que se espera, la demostración de lo que no se ve.» *ελπιζομενων υποστασις, πραγματος ελεγχος ου βλεπομενων* (Hebreos XI, 1).

La sustancia, o más bien el sustento o base de la esperanza, la garantía de ella. Lo cual conexiona, y más que conexiona

subordina, la fe a la esperanza. Y de hecho no es que esperemos porque creemos, sino más bien que creemos porque esperamos. Es la esperanza en Dios, esto es, el ardiente anhelo de que haya un Dios que garantice la eternidad de la conciencia lo que nos lleva a creer en Él.

Pero la fe, que es al fin y al cabo algo compuesto en que entra un elemento conocitivo, lógico o racional juntamente con uno afectivo, biótico o sentimental, y en rigor irracional, se nos presenta en forma de conocimiento. Y de aquí la insuperable dificultad de separarla de un dogma cualquiera. La fe pura, libre de dogmas, de que tanto escribí en un tiempo, es un fantasma. Ni con inventar aquello de la fe en la fe misma se salía del paso. La fe necesita una materia en que ejercerse.

El creer es una forma de conocer, siquiera no fuese otra cosa que conocer nuestro anhelo vital y hasta formularlo. Sólo que el término creer tiene en nuestro lenguaje corriente una doble y hasta contradictoria significación, queriendo decir, por una parte el mayor grado de adhesión de la mente a un conocimiento como verdadero, y de otra parte una débil y vacilante adhesión. Pues si en un sentido creer algo es el mayor asentimiento que cabe dar, la expresión «creo que sea así, aunque no estoy de ello seguro,» es corriente y vulgar.

Lo cual responde a lo que respecto a la incertidumbre, como base de la fe, dijimos. La fe más robusta, en cuanto distinta de todo otro conocimiento que no sea *pístico* o de fe—fiel como si dijéramos,—se basa en incertidumbre. Y es porque la fe, la garantía de lo que se espera, es, más que adhesión racional a un principio teórico, confianza en la persona que nos asegura algo. La fe supone un elemento personal objetivo. Mas bien que creemos algo, creemos a alguien que nos promete o asegura esto o lo otro. Se cree a una persona y a Dios en cuanto persona y personalización del Universo.

Este elemento personal, o religioso, en la fe es evidente. La fe, suele decirse, no es en sí ni un conocimiento teórico o adhesión racional a una verdad, ni se explica tampoco su-

ficientemente su esencia por la confianza en Dios. «La fe es la sumisión íntima a la autoridad espiritual de Dios, la obediencia inmediata. Y en cuanto esta obediencia es el medio de alcanzar un principio racional es la fe una convicción personal.» Así dice Seeberg (1).

La fe que definió San Pablo, la πίστις, *pistis* griega, se traduce mejor por confianza. La voz *pistis*, en efecto, procede del verbo πειθω *peitho*, que si en su voz activa significa persuadir, en la media equivale a confiar en uno, hacerle caso, fiarse en él, obedecer. Y fiarse, *fidare se*, procede del tema *fid*—de donde *fides*, fe, y de donde también confianza. Y el tema griego πειθ — *pith*—y el latino *fid*—parecen hermanos. Y en resolución, que la voz misma fe lleva en su origen implícito el sentido de confianza, de rendimiento a una voluntad ajena, a una persona. Sólo se confía en las personas. Confíase en la Providencia que concebimos como algo personal y conciente, no en el Hado, que es algo impersonal. Y así se cree en quien nos dice la verdad, en quien nos da la esperanza; no en la verdad misma directa e inmediatamente, no en la esperanza misma.

Y este sentido personal o más bien personificante de la fe, se delata hasta en sus formas más bajas, pues es el que produce la fe en la ciencia infusa, en la inspiración, en el milagro. Conocido es, en efecto, el caso de aquel médico parisiense que al ver que en su barrio le quitaba un curandero la clientela, trasladóse a otro, al más distante, donde por nadie era conocido, anunciándose como curandero y conduciéndose como tal. Y al denunciarle por ejercicio ilegal de la medicina, exhibió su título, viniendo a decir poco más o menos esto: «Soy médico, pero si como tal me hubiese anunciado, no habría obtenido la clientela que como curandero tengo; mas ahora, al saber mis clientes que he estudiado medicina y poseo título de médico, huirán de mí a un curandero que les ofrezca la garantía

(1) Reinhold Seeberg: *Christlich-protestantische Ethik*, en la *Systematische christliche Religion* de la colección *Die Kultur der Gegenwart*.

de no haber estudiado, de curar por inspiración.» Y es que se desacredita el médico a quien se le prueba que no posee título ni hizo estudios, y se desacredita al curandero a quien se le prueba que los hizo y que es médico titulado. Porque unos creen en la ciencia, en el estudio, y otros creen en la persona, en la inspiración y hasta en la ignorancia.

«Hay una distinción en la geografía del mundo que se nos presenta cuando establecemos los diferentes pensamientos y deseos de los hombres respecto a su religión. Recordemos cómo el mundo todo está en general dividido en dos hemisferios por lo que a esto hace. Una mitad del mundo, el gran Oriente oscuro, es místico. Insiste en no ver cosa alguna demasiado claro. Poned distinta y clara una cualquiera de las grandes ideas de la vida, e inmediatamente le parece al oriental que no es verdadera. Tiene un instinto que le dice que los más vastos pensamientos son demasiado vastos para la mente humana, y que si se presentan en formas de expresión que la mente humana puede comprender, se violenta su naturaleza y se pierde su fuerza. Y por otra parte, el occidental exige claridad y se impacienta con el misterio. Le gusta una proposición definida tanto como a su hermano del Oriente le desagrada. Insiste en saber lo que significan para su vida personal las fuerzas eternas e infinitas, cómo han de hacerle personalmente más feliz y mejor, y casi cómo han de construir la casa que le abrigue y cocerle la cena en el fogón... Sin duda hay excepciones; místicos en Boston y San Luis, hombres atentos a los hechos en Bombay y Calcuta. Ambas disposiciones de ánimo no pueden estar separadas una de otra por un océano o una cordillera. En ciertas naciones y tierras, como, por ejemplo, entre los judíos y en nuestra propia Inglaterra, se mezclan mucho. Pero en general, dividen así el mundo. El Oriente cree en la luz de luna del misterio; el Occidente, en el mediodía del hecho científico. El Oriente pide al Eterno vagos impulsos; el Occidente coje el presente con lijera mano y no quiere soltarlo hasta que le dé motivos razonables, inteligibles. Cada uno de ellos en-

tiende mal al otro, desconfía de él, y hasta en gran parte le desprecia. Pero ambos hemisferios juntos, y no uno de ellos por sí, forman el mundo todo.» Así dijo en uno de sus sermones el Rev. Philips Brooks, obispo que fue de Massachusets, el gran predicador unitariano (v. *The mystery of iniquity and other sermons*, sermón XII).

Podríamos más bien decir que en el mundo todo, lo mismo en Oriente que en Occidente, los racionalistas buscan la definición y creen en el concepto, y los vitalistas buscan la inspiración y creen en la persona. Los unos estudian el Universo para arrancarle sus secretos; los otros rezan a la Conciencia del Universo, tratan de ponerse en relación inmediata con el Alma del mundo, con Dios, para encontrar garantía o sustancia a lo que esperan, que es no morir, y demostración de lo que no ven.

Y como la persona es una voluntad y la voluntad se refiere siempre al porvenir, el que cree, cree en lo que vendrá, esto es, en lo que espera. No se cree, en rigor, lo que es y lo que fue, sino como garantía, como sustancia de lo que será. Creer el cristiano en la resurrección de Cristo, es decir, creer a la tradición y al Evangelio—y ambas potencias son personales—que le dicen que el Cristo resucitó, es creer que resucitará él un día por la gracia de Cristo. Y hasta la fe científica, pues la hay, se refiere al porvenir y es acto de confianza. El hombre de ciencia cree que en tal día venidero se verificará un eclipse de sol, cree que las leyes que hasta hoy han regido al mundo seguirán rigiéndolo.

Creer, vuelvo a decirlo, es dar crédito a uno, y se refiere a persona. Digo que sé que hay un animal llamado caballo, y que tiene estos y aquellos caracteres, porque lo he visto, y que creo en la existencia del llamado girafa u ornitorrinco, y que es de este o el otro modo, porque creo a los que aseguran haberlo visto. Y de aquí el elemento de incertidumbre que la fe lleva consigo, pues una persona puede engañarse o engañarnos.

Mas, por otra parte, este elemento personal de la creencia

le da un carácter afectivo, amoroso, y sobre todo, en la fe religiosa, el referirse a lo que se espera. Apenas hay quien sacrificara la vida por mantener que los tres ángulos de un triángulo valgan dos rectos, pues tal verdad no necesita del sacrificio de nuestra vida; mas, en cambio, muchos han perdido la vida por mantener su fe religiosa, y es que los mártires hacen la fe más aún que fe los mártires. Pues la fe no es la mera adhesión del intelecto a un principio abstracto, no es el reconocimiento de una verdad teórica en que la voluntad no hace sino movernos a entender; la fe es cosa de la voluntad, es movimiento del ánimo hacia una verdad práctica, hacia una persona, hacia algo que nos hace vivir y no tan sólo comprender la vida (1).

La fe nos hace vivir mostrándonos que la vida, aunque dependa de la razón, tiene en otra parte su manantial y su fuerza, en algo sobrenatural y maravilloso. Un espíritu singularmente equilibrado y muy nutrido de ciencia, el del matemático Cournot, dijo ya que es la tendencia a lo sobrenatural y a lo maravilloso lo que da vida, y que a falta de eso, todas las especulaciones de la razón no vienen a parar sino a la aficción de espíritu. (*Traité de l'enchainement des idées fondamentales dans les sciences et dans l'histoire*, § 329.) Y es que queremos vivir.

Mas, aunque decimos que la fe es cosa de la voluntad, mejor sería acaso decir que es la voluntad misma, la voluntad de no morir, o más bien otra potencia anímica distinta de la inteligencia, de la voluntad y del sentimiento. Tendríamos, pues, el sentir, el conocer, el querer y el creer, o sea crear. Porque ni el sentimiento, ni la inteligencia, ni la voluntad crean, sino que se ejercen sobre materia dada ya, sobre materia dada por la fe. La fe es el poder creador del hombre. Pero como tiene más íntima relación con la voluntad que con cual-

(1) Cotéjese Santo Tomás: *Summa*, Secunda secundae, quaestio 4, art. 2.

quiera otra de las potencias, la presentamos en forma volitiva. Adviértase, sin embargo, como querer creer, es decir, querer crear, no es precisamente creer o crear, aunque sí comienzo de ello.

La fe es, pues, si no potencia creativa, flor de la voluntad, y su oficio crear. La fe crea, en cierto modo, su objeto. Y la fe en Dios consiste en crear a Dios, y como es Dios el que nos da la fe en El, es Dios el que se está creando a sí mismo de continuo en nosotros. Por lo que dijo San Agustín: «Te buscaré, Señor, invocándote, y te invocaré creyendo en Ti. Te invoca, Señor, mi fe, la fe que me diste, que me inspiraste con la humanidad de tu Hijo, por el ministerio de tu predicador.» (*Confesiones*, lib. I, cap. I.) El poder de crear un Dios a nuestra imagen y semejanza, de personalizar el Universo, no significa otra cosa sino que llevamos a Dios dentro, como sustancia de lo que esperamos, y que Dios nos está de continuo creando a su imagen y semejanza.

Y se crea a Dios, es decir, se crea Dios a sí mismo en nosotros por la compasión, por el amor. Creer en Dios es amarle y temerle con amor, y se empieza por amarle aun antes de conocerle, y amándole es como se acaba por verle y descubrirle en todo.

Los que dicen creer en Dios, y ni le aman ni le temen, no creen en El, sino en aquellos que les han enseñado que Dios existe, los cuales, a su vez con harta frecuencia, tampoco creen en El. Los que sin pasión de ánimo, sin congoja, sin incertidumbre, sin duda, sin la desesperación en el consuelo, creen creer en Dios, no creen sino en la idea Dios, mas no en Dios mismo. Y así como se cree en El por amor, puede también creerse por temor, y hasta por odio, como creía en El aquel ladrón Vanni Fucci, a quien el Dante hace insultarle con torpes gestos desde el Infierno. (Inf. XXV, 1. 3.) Que también los demonios creen en Dios, y muchos ateos.

¿No es, acaso, una manera de creer en El esa furia con que le niegan y hasta le insultan los que no quieren que le

haya, ya que no logran creer en El? Quieren que exista como lo quieren los creyentes; pero siendo hombres débiles y pasivos o malvados, en quienes la razón puede más que la voluntad, se sienten arrastrados por aquélla, bien a su íntimo pesar, y se desesperan y niegan por desesperación, y al negar, afirman y crean lo que niegan, y Dios se revela en ellos, afirmándose por la negación de sí mismo.

Mas a todo esto se me dirá que enseñar que la fe crea su objeto es enseñar que el tal objeto no lo es sino para la fe, que carece de realidad objetiva fuera de la fe misma; como por otra parte, sostener que hace falta la fe para contener o para consolar al pueblo, es declarar ilusorio el objeto de la fe. Y lo cierto es que creer en Dios es hoy, ante todo y sobre todo, para los creyentes intelectuales querer que Dios exista.

Querer que exista Dios, y conducirse y sentir como si existiera. Y por este camino de querer su existencia, y obrar conforme a tal deseo, es como creamos a Dios, esto es, como Dios se crea en nosotros, como se nos manifiesta, se abre y se revela a nosotros. Porque Dios sale al encuentro de quien le busca con amor y por amor, y se hurta de quien le inquiere por fría razón no amorosa. Quiere Dios que el corazón descansa, pero que no descansa la cabeza, ya que en la vida física duerme y descansa a veces la cabeza, y vela y trabaja arreo el corazón. Y así, la ciencia sin amor, nos aparta de Dios y el amor, aun sin ciencia y acaso mejor sin ella, nos lleva a Dios; y por Dios a la sabiduría. ¡Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán á Dios!

Y si se me preguntara cómo creo en Dios, es decir, cómo Dios se crea en mí mismo y se me revela, tendré acaso que hacer sonreír, reír o escandalizarse tal vez al que se lo diga.

Creo en Dios como creo en mis amigos, por sentir el aliento de su cariño y su mano invisible e intangible que me trae y me lleva y me estruja, por tener íntima conciencia de una providencia particular y de una mente universal que me traza mi

propio destino. Y el concepto de la ley—¡concepto al cabo!— nada me dice ni me enseña.

Una y otra vez durante mi vida heme visto en trance de suspensión sobre el abismo; una y otra vez heme encontrado sobre encrucijadas en que se me abría un haz de senderos, tomando uno de los cuales renunciaba a los demás, pues que los caminos de la vida son irrevertibles, y una y otra vez en tales únicos momentos he sentido el empuje de una fuerza conciente, soberana y amorosa. Y abrésele a uno luego la senda del Señor.

Puede uno sentir que el Universo le llama y le guía como una persona a otra, oír en su interior su voz sin palabras que le dice: ¡Ve y predica a los pueblos todos! ¿Cómo sabéis que un hombre que se os está delante tiene una conciencia como vosotros, y que también la tiene, más o menos oscura, un animal y no una piedra? Por la manera como el hombre, a modo de hombre, a vuestra semejanza se conduce con vosotros, y la manera como la piedra no se conduce para con vosotros, sino que sufre vuestra conducta. Pues así es como creo que el Universo tiene una cierta conciencia como yo, por la manera como se conduce conmigo humanamente, y siento que una personalidad me envuelve.

Ahí está una masa informe; parece una especie de animal; no se le distinguen miembros; sólo veo dos ojos, y ojos que me miran con mirada humana, de semejante, mirada que me pide compasión, y oigo que respira. Y concluyo que en aquella masa informe hay una conciencia. Y así, y no de otro modo, mira al creyente el cielo estrellado, con mirada sobrehumana, divina, que le pide suprema compasión y amor supremo, y oye en la noche serena la respiración de Dios que le toca en el cogollo del corazón, y se revela a él. Es el Universo que vive, sufre, ama y pide amor.

De amar estas cosillas de tomo que se nos van como se nos vinieron, sin tenernos apego alguno, pasamos a amar las cosas más permanentes y que no pueden agarrarse con las manos;

de amar los bienes pasamos a amar el Bien; de las cosas bellas, a la Belleza, de lo verdadero, a la Verdad; de amar los goces, a amar la Felicidad, y, por último, a amar al Amor. Se sale uno de sí mismo para adentrarse más en su Yo supremo; la conciencia individual se nos sale a sumergirse en la Conciencia total de que forma parte, pero sin disolverse en ella. Y Dios no es sino el Amor que surge del dolor universal y se hace conciencia.

Aun esto, se dirá, es moverse en un cerco de hierro, y tal Dios no es objetivo. Y aquí convendría darle a la razón su parte y examinar que sea eso de que algo existe, es objetivo.

¿Qué es, en efecto, existir, y cuándo decimos que una cosa existe? Existir es ponerse algo de tal modo fuera de nosotros, que precediera a nuestra percepción de ello y pueda subsistir fuera cuando desaparezcamos. Y estoy acaso seguro de que algo me precediera o de que algo me ha de sobrevivir? ¿Puede mi conciencia saber que hay algo fuera de ella? Cuanto conozco o puedo conocer está en mi conciencia. No nos enredemos, pues, en el insoluble problema de otra objetividad de nuestras percepciones, sino que existe cuanto obra, y existir es obrar.

Y aquí volverá a decirse que no es Dios, sino la idea de Dios, la que obra en nosotros. Y diremos que Dios por su idea, y más bien muchas veces por sí mismo. Y volverán a redargüirnos pidiéndonos pruebas de la verdad objetiva de la existencia de Dios, pues que pedimos señales. Y tendremos que preguntar con Pilato: ¿qué es la verdad?

Así preguntó, en efecto, y sin esperar respuesta, volvióse a lavarse las manos para sincerarse de haber dejado condenar a muerte al Cristo. Y así preguntan muchos qué es verdad sin ánimo alguno de recibir respuesta, y sólo para volverse a lavarse las manos del crimen de haber contribuído a matar a Dios de la propia conciencia o de las conciencias ajenas.

¿Qué es verdad? Dos clases hay de verdad, la lógica u objetiva, cuyo contrario es el error, y la moral subjetiva a que se

opone la mentira. Y ya en otro ensayo he tratado de demostrar cómo el error es hijo de la mentira (1).

La verdad moral, camino para llegar a la otra, también moral, nos enseña a cultivar la ciencia, que es ante todo y sobre todo una escuela de sinceridad y de humildad. La ciencia nos enseña, en efecto, a someter nuestra razón a la verdad y a conocer y a juzgar las cosas como ellas son; es decir, como ellas quieren ser, y no como nosotros queremos que ellas sean. En una investigación religiosamente científica, son los datos mismos de la realidad, son las percepciones que del mundo recibimos las que en nuestra mente llegan a formularse en ley, y no somos nosotros los que las formulamos. Son los números mismos los que en nosotros hacen matemáticas. Y es la ciencia la más recojida escuela de resignación y de humildad, pues nos enseña a doblegarnos ante el hecho, al parecer, más menudo. Y es pórtico de la religión; pero dentro de ésta, su función acaba.

Y es que así como hay verdad lógica a que se opone el error y verdad moral a que se opone la mentira, hay también verdad estética o verosimilitud a que se opone el disparate, y verdad religiosa o de esperanza a que se opone la inquietud de la desesperanza absoluta. Pues ni la verosimilitud estética, la de lo que cabe expresar con sentido, es la verdad lógica, la de lo que se demuestra con razones, ni la verdad religiosa, la de la fe, la sustancia de lo que se espera, equivale a la verdad moral, sino que se le sobrepone. El que afirma su fe a base de incertidumbre, no miente ni puede mentir.

Y no sólo no se cree con la razón ni aun sobre la razón o por debajo de ella, sino que se cree contra la razón. La fe religiosa, habrá que decirlo una vez más, no es ya tan sólo irracional, es contra-racional. «La poesía es la ilusión antes del conocimiento; la religiosidad, la ilusión después del conoci-

(1) En mi ensayo «¿Qué es verdad?», publicado en esta misma Revista, número de Marzo de 1906, tomo 207.

miento. La poesía y la religiosidad suprimen el vaudeville de la mundana sabiduría de vivir. Todo individuo que no vive o poéticamente o religiosamente es tonto.» Así nos dice Kierkegaard (*Afsluttende uvidenskabelig Efterskrift*, cap. 4, sect. II, A § 2), el mismo que nos dice también que el cristianismo es una salida desesperada. Y así es, pero sólo mediante la desesperación de esta salida podemos llegar a la esperanza, a esa esperanza cuya ilusión vitalizadora sobrepuja a todo conocimiento racional, diciéndonos que hay siempre algo irreductible a la razón. Y de ésta, de la razón, puede decirse lo que del Cristo, y es que quien no está con ella, está contra ella. Lo que no es racional, es contra-racional. Y así es la esperanza.

Por todo este camino llegamos siempre a la esperanza.

El misterio del amor, que lo es de dolor, tiene una forma misteriosa, que es el tiempo. Atamos el ayer al mañana con eslabones de ansia, y no es el ahora, en rigor, otra cosa que el esfuerzo del antes por hacerse después; no es el presente, sino el empeño del pasado por hacerse porvenir. El ahora es un punto que no bien pronunciado se disipa y, sin embargo, en ese punto está la eternidad toda, sustancia del tiempo.

Cuanto ha sido no puede ya ser sino como fue, y cuanto es no puede ser sino como es; lo posible queda siempre relegado a lo venidero, único reino de libertad y en que la imaginación, potencia creadora y libertadora, carne de la fe, se mueve a sus anchas.

El amor mira y tiende siempre al porvenir, pues que su obra es la obra de nuestra perpetuación; lo propio del amor es esperar, y sólo de esperanzas se mantiene. Y así que el amor ve realizado su anhelo, se entristece y descubre al punto que no es su fin propio aquello a que tendía, y que no se lo puso Dios sino como señuelo para moverle a la obra; que su fin está más allá, y emprende de nuevo tras él su afanosa carrera de engaños y desengaños por la vida. Y va haciendo recuerdos de sus esperanzas fallidas, y saca de esos recuerdos nuevas esperanzas. La cantera de las visiones de nuestro porvenir está en los

soterraños de nuestra memoria; con recuerdos nos fragua la imaginación esperanzas. Y es la humanidad como una moza henchida de anhelos, hambrienta de vida y sedienta de amor, que teje sus días con ensueños, y espera, espera siempre, espera sin cesar al amador eterno, que por estarle destinado desde antes de antes, desde mucho más atrás de sus remotos recuerdos, desde allende la cuna hacia el pasado, ha de vivir con ella y para ella, después de después, hasta mucho más allá de sus remotas esperanzas, hasta allende la tumba, hacia el porvenir. Y el deseo más caritativo para con esta pobre enamorada es, como para con la moza que espera siempre a su amado, que las dulces esperanzas de la primavera de su vida se le conviertan, en el invierno de ella, en recuerdos más dulces todavía y recuerdos engendradores de esperanzas nuevas. ¡Qué jago de apacible felicidad, de resignación al destino debe dar en los días de nuestro sol más breve el recordar esperanzas que no se han realizado aún, y que por no haberse realizado conservan su pureza!

El amor espera, espera siempre sin cansarse nunca de esperar, y el amor a Dios, nuestra fe en Dios, es ante todo esperanza en Él. Porque Dios no muere, y quien espera en Dios, vivirá siempre. Y es nuestra esperanza fundamental, la raíz y tronco de nuestras esperanzas todas, la esperanza de la vida eterna.

Y si es la fe la sustancia de la esperanza, ésta es a su vez la forma de la fe. La fe antes de darnos esperanza es una fe informe, vaga, caótica, potencial, no es sino la posibilidad de creer, anhelo de creer. Mas hay que creer en algo, y se cree en lo que se espera, se cree en la esperanza. Se recuerda el pasado, se conoce el presente, sólo se cree en el porvenir. Creer lo que no vimos es creer lo que veremos. La fe es, pues, lo repito, fe en la esperanza; creemos lo que esperamos.

El amor nos hace creer en Dios, en quien esperamos, y de quien esperamos la vida futura; el amor nos hace creer en lo que el ensueño de la esperanza nos crea.

E. M.—Agosto 1912.

La fe es nuestro anhelo a lo eterno, a Dios, y la esperanza es el anhelo de Dios, de lo eterno, de nuestra divinidad, que viene al encuentro de aquélla y nos eleva. El hombre aspira a Dios por la fe, y le dice: «Creo, ¡dame, Señor, en qué creer!» Y Dios, su divinidad, le manda la esperanza en otra vida para que crea en ella. La esperanza es el premio a la fe. Sólo el que cree espera de verdad, y sólo el que de verdad espera, cree. No creemos sino lo que esperamos, ni esperamos sino lo que creemos.

Fue la esperanza la que llamó a Dios Padre, y es ella la que sigue dándole ese nombre preñado de consuelo y de misterio. El padre nos dió la vida y nos da el pan para mantenerla, y al padre pedimos que nos la conserve. Y si el Cristo fue el que a corazón más lleno y a boca más pura llamó Padre a su padre y nuestro, si el sentimiento cristiano se encumbra en el sentimiento de la paternidad de Dios, es porque en el Cristo sublimó el linaje humano su hambre de eternidad.

Se dirá tal vez que este anhelo de la fe, que esta esperanza es, más que otra cosa, un sentimiento estético. Lo informa también acaso, pero sin satisfacerle del todo.

En el arte, en efecto, buscamos un remedo de eternización. Si en lo bello se aquieta un momento el espíritu, y descansa y se alivia, ya que no se le cure la congoja, es por ser lo bello revelación de lo eterno, de lo divino de las cosas, y la belleza no sino la perpetuación de la momentaneidad. Que así como la verdad es el fin del conocimiento racional, así la belleza es el fin de la esperanza, acaso irracional en su fondo.

Nada se pierde, nada pasa del todo, pues que todo se perpetúa de una manera o de otra, y todo, luego de pasar por el tiempo vuelve, a la eternidad. Tiene el mundo temporal raíces en la eternidad, y allí está junto el ayer con el hoy y el mañana. Ante nosotros pasan las escenas como en un cinematógrafo, pero la cinta permanece una y entera más allá del tiempo.

Dicen los físicos que no se pierde un solo pedacito de materia ni un solo golpecito de fuerza, sino que uno y otro se

trasforman y transmiten persistiendo. ¿Y es que se pierde acaso forma alguna, por huidera que sea? Hay que creer—creerlo y esperarlo!—que tampoco, que en alguna parte quede archivada y perpetuada, que hay un espejo de eternidad en que se suman, sin perderse unas en otras, las imágenes todas que desfilan por el tiempo. Toda impresión que me llegue queda en mi cerebro almacenada, aunque sea tan hondo o con tan poca fuerza que se hunda en lo profundo de mi subconciencia; pero desde allí anima mi vida, y si mi espíritu todo, si el contenido total de mi alma se me hiciera conciente, resurgirían todas las fugitivas impresiones olvidadas no bien percibidas, y aun las que se me pasaron inadvertidas. Llevo dentro de mí todo cuanto ante mí desfiló y conmigo lo perpetúo, y acaso va todo ello en mis gérmenes, y viven en mí mis antepasados todos por entero, y vivirán, juntamente conmigo, en mis descendientes. Y voy yo tal vez, todo yo, con todo este mi universo, en cada una de mis obras, o por lo menos va en ellas lo esencial de mí, lo que me hace ser yo, mi esencia individual.

Y esta esencia individual de cada cosa, esto que la hace ser ella y no otra, ¿cómo se nos revela sino como belleza? ¿Qué es la belleza de algo si no es su fondo eterno, lo que une su pasado con su porvenir, lo que de ello reposa y queda en las entrañas de la eternidad? ¿O qué es más bien sino la revelación de su divinidad?

Y esta belleza, que es la raíz de eternidad, se nos revela por el amor, y es la más grande revelación del amor de Dios y la señal de que hemos de vencer al tiempo. El amor es quien nos revela lo eterno nuestro y de nuestros prójimos.

¿Es lo bello, lo eterno de las cosas, lo que despierta y enciende nuestro amor a ella, o es nuestro amor a las cosas lo que nos revela lo bello, lo eterno de ellas? ¿No es acaso la belleza una creación del amor, lo mismo que el mundo sensible lo es del instinto de conservación y el supresensible del de perpetuación y en el mismo sentido? ¿No es la belleza y la eternidad con ella una creación del amor? «Nuestro hombre exterior—

escribe el Apóstol, II Cor. IV, 16—se va desgastando, pero el interior se renueva de día en día.» El hombre de las apariencias que pasan se desgasta, y con ellas pasa; pero el hombre de la realidad queda y crece. «Porque lo que al presente es momentáneo y leve en nuestra tribulación, nos da un peso de gloria sobremanera alto y eterno» (vers. 17). Nuestro dolor nos da congoja, y la congoja, al estallar de la plenitud de sí misma, nos parece consuelo. «No mirando nosotros a las cosas que se ven, sino a las que no se ven; porque las cosas que se ven son temporales, mas las que no se ven son eternas» (vers. 18).

Este dolor da esperanza, que es lo bello de la vida, la suprema belleza, o sea el supremo consuelo. Y como el amor es doloroso, es compasión, es piedad, la belleza surge de la compasión, y no es sino el consuelo temporal que ésta se busca. Trágico consuelo. Y la suprema belleza es la de la tragedia. Acongojados al sentir que todo pasa, que pasamos nosotros, que pasa lo nuestro, que pasa cuanto nos rodea, la congoja misma nos revela el consuelo de lo que no pasa, de lo eterno, de lo hermoso.

Y esta hermosura así revelada, esta perpetuación de la momentaneidad, sólo se realiza prácticamente, sólo vive por obra de la caridad. La esperanza en la acción es la caridad, así como la belleza en acción es el bien.

*
* *

La raíz de la caridad que eterniza cuanto ama y nos saca la belleza en ello oculta, dándonos el bien, es el amor a Dios, o si se quiere, la caridad hacia Dios, la compasión a Dios. El amor, la compasión, lo personaliza todo, dijimos; al descubrir el sufrimiento en todo y personalizándolo todo, personaliza también al Universo mismo, que también sufre, y nos descubre a Dios. Porque Dios se nos revela porque sufre y porque sufrimos; porque sufre exige nuestro amor, y porque sufrimos nos da el suyo y cubre nuestra congoja con la congoja eterna e infinita.

Este fue el escándalo del cristianismo entre judíos y helenos, entre fariseos y estoicos, y éste, que fue su escándalo, el escándalo de la cruz, sigue siéndolo y lo seguirá aún entre cristianos; el de un Dios que se hace hombre para padecer y morir y resucitar por haber padecido y muerto, el de un Dios que sufre y muere. Y esta verdad de que Dios padece, ante la que se sienten aterrados los hombres, es la revelación de las entrañas mismas del Universo y de su misterio, la que nos reveló al enviar a su Hijo a que nos redimiese sufriendo y muriendo. Fue la revelación de lo divino del dolor, pues sólo es divino lo que sufre.

Y los hombres hicieron dios al Cristo, que padeció, y descubrieron por él la eterna esencia de un Dios vivo, humano, esto es, que sufre—sólo no sufre lo muerto, lo inhumano,—que ama, que tiene sed de amor, de compasión, que es persona. Quien no conozca al Hijo jamás conocerá al Padre, y al Padre sólo por el Hijo se le conoce; quien no conozca al Hijo del hombre, que sufre congostas de sangre y desgarramientos del corazón, que vive con el alma triste hasta la muerte, que sufre dolor que mata y resucita, no conocerá al Padre ni sabrá del Dios paciente.

El que no sufre, y no sufre porque no vive, es ese lógico y congelado *ens realissimum*, es el *primum movens*, es esa entidad impasible y por impasible no más que pura idea. La categoría no sufre, pero tampoco vive ni existe como persona. Y ¿cómo va a fluir y vivir el mundo desde una idea impasible? No sería sino idea del mundo mismo. Pero el mundo sufre y el sufrimiento es sentir la carne de la realidad, es sentirse de bulto y de tomo el espíritu, es tocarse a sí mismo, es la realidad inmediata.

El dolor es la sustancia de la vida y la raíz de la personalidad, pues sólo sufriendo se es persona. Y es universal, y lo que a los seres todos nos une es el dolor, la sangre universal o divina que por todos circula. Eso que llamamos voluntad, ¿qué es sino dolor?

Y tiene el dolor sus grados, según se adentra; desde aquel dolor que flota en el mar de las apariencias, hasta la eterna congoja, la fuente del sentimiento trágico de la vida, que va a posarse en lo hondo de lo eterno, y allí despierta el consuelo; desde aquel dolor físico que nos hace retorcer el cuerpo, hasta la congoja religiosa, que nos hace acostarnos en el seno de Dios y recibir allí el riego de sus lágrimas divinas.

La congoja es algo mucho más hondo, más íntimo y más espiritual que el dolor. Suele uno sentirse acongojado hasta en medio de eso que llamamos felicidad y por la felicidad misma, a la que no se resigna y ante la cual tiembla. Los hombres felices que se resignan a su aparente dicha, a una dicha pasajera, creeríase que son hombres sin sustancia, o, por lo menos, que no la han descubierto en sí, que no se la han tocado. Tales hombres suelen ser impotentes para amar y para ser amados, y viven, en su fondo, sin pena ni gloria.

No hay verdadero amor sino en el dolor, y en este mundo hay que escojer o el amor, que es el dolor, o la dicha. Y el amor no nos lleva a otra dicha que a la del amor mismo, y su trágico consuelo de esperanza incierta. Desde el momento en que el amor se hace dichoso, se satisface, ya no desea y ya no es amor. Los satisfechos, los felices, no aman; aduérmense en la costumbre, rayana en el anonadamiento. Acostumbrarse es ya empezar a no ser. El hombre es tanto más hombre, esto es, tanto más divino, cuanta más capacidad para el sufrimiento, o mejor dicho, para la congoja, tiene.

Al venir al mundo, dásenos a escojer entre el amor y la dicha, y queremos—¡pobrecillos!—uno y otra: la dicha de amar y el amor de la dicha. Pero debemos pedir que se nos dé amor y no dicha, que no se nos deje adormecernos en la costumbre, pues podríamos dormirnos del todo, y, sin despertar, perder conciencia para no recobrarla. Hay que pedir a Dios que se sienta uno en sí mismo, en su dolor.

¿Qué es el Hado, qué la Fatalidad, sino la hermandad del amor y el dolor, y ese terrible misterio de que, tendiendo el

amor a la dicha, así que la toca se muere, y se muere la verdadera dicha con él? El amor y el dolor se engendran mutuamente, y el amor es caridad y compasión, y amor que no es caritativo y compadeciente no es tal amor. Es el amor, en fin, la desesperación resignada.

Eso que llaman los matemáticos un problema de máximos y mínimos, lo que también se llama ley de economía, es la fórmula de todo movimiento existencial, esto es, pasional. En mecánica material y en la social, en industria y economía política, todo el problema se reduce a lograr el mayor resultado útil posible con el menor posible esfuerzo, lo más de ingresos con lo menos de gastos, lo más de placeres con lo menos de dolores. Y la fórmula terrible, trágica, de la vida íntima espiritual es, o lograr lo más de dicha con lo menos de amor, o lo más de amor con lo menos de dicha. Y hay que escojer entre una y otra cosa. Y estar seguro de que quien se acerque al infinito del amor, al amor infinito, se acerca al cero de la dicha, a la suprema congoja. Y en tocando a este cero, se está fuera de la miseria que mata. «No seas y podrás más que todo lo que es» —dice el maestro Fr. Juan de los Angeles en uno de sus *Diálogos de la conquista del reino de Dios*. (Dral. III, 8.)

Y hay algo más congojoso que el sufrir.

Esperaba aquel hombre, al recibir el tan temido golpe, haber de sufrir tan reciamente como hasta sucumbir al sufrimiento, y el golpe le vino encima y apenas si sintió dolor; pero luego, vuelto en sí, al sentirse insensible, se sobrecojió de espanto, de un trágico espanto, del más espantoso, y gritó, ahogándose en angustia: «¡Es que no existo!» ¿Qué te aterrará más: sentir un dolor que te privase de sentido al atravesarte las entrañas con un hierro candente, o ver que te las atravesaban así, sin sentir dolor alguno? ¿No has sentido nunca el espanto, el horrendo espanto, de sentirte sin lágrimas y sin dolor? El dolor nos dice que existimos, el dolor nos dice que existen aquellos que amamos; el dolor nos dice que existe el mundo en que vivimos, y el dolor nos dice que existe y que sufre Dios;

pero es el dolor de la congoja, de la congoja de sobrevivir y ser eternos. La congoja nos descubre a Dios y nos hace quererle.

Crear en Dios es amarle, y amarle es sentirle sufriente, compadecerle.

Acaso parezca blasfemia esto de que Dios sufre, pues el sufrimiento implica limitación. Y, sin embargo, Dios, la Conciencia del Universo, está limitado por la materia bruta en que vive, por lo inconciente, de que trata de libertarse y de libertarnos. Y nosotros, a nuestra vez, debemos tratar de libertarle de ella. Dios sufre en todos y en cada uno de nosotros; en todas y en cada una de las conciencias, presas de la materia pasajera, y todos sufrimos en El. La congoja religiosa no es sino el divino sufrimiento, sentir que Dios sufre en mí, y que yo sufro en El.

El dolor universal es la congoja de todo por ser todo lo demás sin poder conseguirlo, de ser cada uno el que es, siendo a la vez todo lo que no es, y siéndolo por siempre. La esencia de un sér no es sólo el empeño en persistir por siempre, como nos enseñó Spinoza, sino, además, el empeño por universalizarse, es el hambre y sed de eternidad y de infinitud. Todo sér creado tiende no sólo a conservarse en sí, sino a perpetuarse, y además a invadir a todos los otros, a ser los otros sin dejar de ser él, a ensanchar sus linderos al infinito, pero sin romperlos. No quiere romper sus muros y dejarlo todo en tierra llana, comunal, indefensa, confundiéndose y perdiendo su individualidad, sino que quiere llevar sus muros a los extremos de lo creado y abarcarlo todo dentro de ellos. Quiere el máximo de individualidad con el máximo también de personalidad, aspira a que el Universo sea él, a Dios.

Y ese vasto yo, dentro del cual quiere cada yo meter al Universo, ¿qué es sino Dios? Y por aspirar a El le amo, y esa mi aspiración a Dios es mi amor a El, y como yo sufro por ser El, también El sufre por ser yo y cada uno de nosotros.

Bien sé que a pesar de mi advertencia, de que se trata

aquí de dar forma lógica a un sistema de sentimientos alógi-
cos, seguirá más de un lector escandalizándose de que le hable
de un Dios paciente, que sufre, y de que aplique a Dios mismo,
en cuanto Dios, la pasión del Cristo. El Dios de la teología
llamada racional excluye, en efecto, todo sufrimiento. Y el
lector pensará que esto del sufrimiento no puede tener sino un
valor metafórico aplicado a Dios, como le tiene, dicen, cuando
el Antiguo Testamento nos habla de pasiones humanas, del
Dios de Israel. Pues no caben cólera, ira y venganza sin sufri-
miento. Y por lo que hace a que sufra atado a la materia, se
me dirá, con Plotino (Eneada segunda, IX, 7), que el alma del
todo no puede estar atada, por aquello mismo—que son los
cuerpos o la materia—que está por ella atado.

En esto va incluso el problema todo del origen del mal,
tanto del mal de culpa como del mal de pena, pues si Dios no
sufre, hace sufrir, y si no es su vida, pues que Dios vive, un ir
haciéndose conciencia total cada vez más llena, es decir, cada
vez más Dios, es un ir llevando las cosas todas hacia sí, un ir
dándose a todo, un hacer que la conciencia de cada parte éntre
en la conciencia del todo, que es El mismo, hasta llegar a ser
El todo en todos, *παντα εν παντι*, según la expresión de San Pa-
blo, el primer místico cristiano. Mas de esto, en el próximo en-
sayo sobre la apocatasis o unión beatífica.

Por ahora, digamos que una formidable corriente de dolor
empuja a unos seres hacia otros, y les hace amarse y buscarse,
y tratar de completarse, y de ser cada uno él mismo y los otros
a la vez. En Dios vive todo, y en su padecimiento padece todo,
y al amar a Dios amamos en El a las criaturas, así como al
amar a las criaturas y compadecerles, amamos en ellas y com-
padecemos a Dios. El alma de cada uno de nosotros no será
libre mientras haya algo esclavo en este mundo de Dios, ni
Dios tampoco, que vive en el alma de cada uno de nosotros,
será libre mientras no sea libre nuestra alma.

Y lo más inmediato es sentir y amar mi propia miseria, mi
congoja, compadecerme de mí mismo, tenerme a mí mismo

amor. Y esta compasión, cuando es viva y superabundante, se vierte de mí a los demás, y del exceso de mi compasión propia, compadezco a mis prójimos. La miseria propia es tanta, que la compasión que hacia mí mismo me despierta se me desborda pronto, revelándome la miseria universal.

Y la caridad, ¿qué es sino un desbordamiento de compasión? ¿Qué es sino dolor reflejado, que sobrepasa y se vierte a compadecer los males ajenos y ejercer caridad?

Cuando el colmo de nuestro compadecimiento nos trae a la conciencia de Dios en nosotros, nos llena una tan grande congoja por la miseria divina derramada en todo, que tenemos que verterla fuera, y lo hacemos en forma de caridad. Y al así verterla, sentimos alivio y la dulzura dolorosa del bien. Es lo que llamó «dolor sabroso» la mística doctora Teresa de Jesús, que de amorosos dolores sabía. Es como el que contempla algo hermoso y siente la necesidad de hacer partícipes de ello a los demás. Porque el impulso a la producción, en que consiste la caridad, es obra de amor doloroso.

Sentimos, en efecto, una satisfacción en hacer el bien cuando el bien nos sobra, cuando estamos henchidos de compasión, y estamos henchidos de ella cuando Dios, llenándonos el alma, nos da la dolorosa sensación de la vida universal, del universal anhelo a la divinización eterna. Y es que no estamos en el mundo puestos nada más junto a los otros, sin raíz común con ellos, ni nos es su suerte indiferente, sino que nos duele su dolor, nos acongojamos con su congoja, y sentimos nuestra comunidad de origen y de dolor aun sin conocerla. Son el dolor y la compasión que de él nace los que nos revelan la hermandad de cuanto de vivo y más o menos conciente existe. «Hermano lobo» llamaba San Francisco de Asís al pobre lobo que siente dolorosa hambre de ovejas, y acaso el dolor de tener que devorarlas, y esa hermandad nos revela la paternidad de Dios, que Dios es Padre y existe. Y como Padre ampara nuestra común miseria.

Es, pues, la caridad el impulso a libertarme y a libertar a

todos mis prójimos del dolor y a libertad de él a Dios que nos abarca a todos.

Es el dolor algo espiritual y la revelación más inmediata de la conciencia, que acaso no se nos dió el cuerpo si no para dar ocasión a que el dolor se manifestase. Quien no hubiese nunca sufrido, poco o mucho, no tendría conciencia de sí. El primer llanto del hombre al nacer es cuando, entrándole el aire en el pecho y limitándole parece como que le dice: tienes que respirarme para poder vivir!

El mundo material o sensible, el que nos crean los sentidos, hemos de creer con la fe, enseñe lo que nos enseñare la razón, que no existe sino para encarnar y sustentar al otro mundo, al mundo espiritual o imaginable, al que la imaginación nos crea. La conciencia tiende a ser más conciencia cada vez, a concientizarse, a tener conciencia plena de toda ella misma, de su contenido todo. En las profundidades de nuestro propio cuerpo, en los animales, en las plantas, en las rocas, en todo lo vivo, en el Universo todo, hemos de creer con la fe, enseñe lo que nos enseñare la razón, que hay un espíritu que lucha por conocerse, por cobrar conciencia de sí, por serse—pues serse es conocerse—por ser espíritu puro, como sólo puede lograrlo mediante el cuerpo, mediante la materia; la crea y de ella se sirve a la vez que de ella quede preso. Sólo puede verse uno la cara retratada en un espejo, pero del espejo en que se ve queda preso para verse, y se ve en él tal y como el espejo le deforma, y si el espejo se le rompe, rómpesele su imagen, y si se le empaña, empañasele.

Hállase el espíritu limitado por la materia en que tiene que vivir y cobrar conciencia de sí, de la misma manera que está el pensamiento limitado por la palabra, que es su cuerpo social. Sin materia no hay espíritu, pero la materia hace sufrir al espíritu limitándolo. Y no es el dolor, sino el obstáculo que la materia pone al espíritu, es el choque de la conciencia con lo inconciente.

Es el dolor, en efecto, la barrera que la inconciencia o sea

la materia, pone a la conciencia, al espíritu; es la resistencia a la voluntad, el límite que el universo visible pone a Dios, es el muro con que topa la conciencia al querer ensancharse a costa de la inconciencia, es la resistencia que esta última pone a concientizarse.

Aunque lo creamos por autoridad, no sabemos tener corazón, estómago o pulmones mientras, no nos duelen, oprimen o angustian. Es el dolor físico, o siquiera la molestia, lo que nos revela la existencia de nuestras propias entrañas. Y así ocurre también con el dolor espiritual, con la angustia, pues no nos damos cuenta de tener alma hasta que ésta nos duele.

Es la congoja lo que hace que la conciencia vuelva sobre sí. El no acongojado conoce lo que hace y lo que piensa, pero no conoce de veras que lo hace y lo piensa. Piensa, pero no piensa que piensa, y sus pensamientos son como si no fuesen suyos. Ni él es tampoco de sí mismo. Y es que sólo por la congoja, por la pasión de no morir nunca, se adueña de sí mismo un espíritu humano.

El dolor, que es un deshacimiento, nos hace descubrir nuestras entrañas, y en el deshacimiento supremo, el de la muerte, llegaremos por el dolor del anonadamiento a las entrañas de nuestras entrañas temporales, a Dios, a quien en la congoja espiritual respiramos y aprendemos a amar.

Es así como hay que creer con la fe, enseñenos lo que nos enseñare la razón.

El origen del mal no es, como ya de antiguo lo han visto muchos, sino eso que por otro nombre se llama inercia de la materia, y en el espíritu pereza. Y por algo se dijo que la pereza es la madre de todos los vicios. Sin olvidar que la suprema pereza es la de no anhelar locamente la inmortalidad.

La conciencia, el ansia de más y más, cada vez más, el hambre de eternidad y sed de infinitud, las ganas de Dios, jamás se satisfacen; cada conciencia quiere ser ella y ser todas las demás sin dejar de ser ella, quiere ser Dios. Y la materia, la conciencia, tiende a ser menos, cada vez menos, a no ser

nada, siendo la suya una sed de reposo. El espíritu dice: ¡quiero ser!, y la materia le responde: ¡no lo quiero!

Y en el orden de la vida humana el individuo, movido por el mero instinto de conservación, creador del mundo material, tendería a la destrucción, a la nada, si no fuese por la sociedad que dándole el instinto de perpetuación, creador del mundo espiritual, le lleva y empapa al todo, a inmortalizarse. Y todo lo que el hombre hace como mero individuo, frente a la sociedad, por conservarse aunque sea a costa de ella, es malo, y es bueno cuanto hace como persona social, por la sociedad en que él se incluye, por perpetuarse en ella y perpetuarla. Y muchos que parecen grandes egoístas y que todo lo atropellan por llevar a cabo su obra, no son sino almas encendidas en caridad y rebosantes de ella porque su yo mezquino, lo someten y soyugan al yo social que tiene una misión que cumplir.

El que ata la obra del amor de la espiritualización, de la liberación, a formas transitorias e individuales, crucifica a Dios en la materia; crucifica a Dios en la materia todo el que hace servir el ideal a sus intereses temporales o a su gloria mundana. Y el tal es un deicida.

La obra de la caridad, del amor a Dios, es tratar de libertarle de la materia bruta, tratar de espiritualizarlo, concientizarlo o universalizarlo todo; es soñar en que lleguen a hablar las rocas y obrar conforme a ese ensueño, que se haga todo lo existente conciente, que resucite el Verbo.

No hay sino verlo en el símbolo eucarístico. Han apresado al Verbo en un pedazo de pan material, y lo han apresado en él para que nos lo comamos, y al comérselo nos lo hagamos nuestro, de este nuestro cuerpo en que el espíritu habita, y que se agite en nuestro corazón y piense en nuestro cerebro y sea conciencia. Lo han apresado en ese pan para que enterrándolo en nuestro cuerpo resucite en nuestro espíritu.

Y es que hay que espiritualizarlo todo. Y esto se consigue dando a todos y a todo mi espíritu que más se acrecienta

cuanto más lo reparto. Y dar mi espíritu es invadir el de los otros y adueñarme de ellos.

En todo esto hay que creer con la fe, enséñenos lo que nos enseñare la razón.

*
* *

Y ahora vamos a ver las consecuencias prácticas de todas estas más o menos fantásticas doctrinas, a la lógica, a la estética, a la ética sobre todo, su concreción religiosa. Y acaso entonces podrá hallarlas más justificadas quien quiera que a pesar de mis advertencias, haya buscado aquí el desarrollo científico o siquiera filosófico, de un sistema irracional.

No creo excusado remitir al lector una vez más a cuanto dije al final del sexto de estos ensayos, aquel titulado «En el fondo del abismo»; pero ahora nos acercamos a la parte práctica o pragmática de todo este tratado. Mas antes nos falta ver cómo puede concretarse el sentimiento religioso en la visión esperanzosa de otra vida.

MIGUEL DE UNAMUNO

LA EMIGRACIÓN DE ESPRONCEDA

DESCRITA POR ÉL MISMO

CON NOTAS DE SU PADRE Y DE LA POLICÍA DE SU TIEMPO, Y ALGUNOS
COMENTARIOS DEL RECOPIADOR

A LA ESPAÑA MODERNA deberán los amantes de nuestras glorias literarias un curioso libro que estoy escribiendo, acerca de *Espronceda, su época, su vida y sus obras*, cuyo valor, más que a mi pluma, se deberá a los documentos que he tenido la suerte de encontrar, y que no habría buscado sin haber dado el primer paso a que me impulsó D. José de Lázaro Galdiano, encargándome los apuntes biográficos del gran vate extremeño, que, con motivo del centenario de su nacimiento, vieron la luz en los números de esta Revista correspondientes a los meses de Mayo y Junio de 1908.

Y a LA ESPAÑA MODERNA dedico, por tales razones, las primicias de mi obra, haciendo para ella un estudio original.

Reproducir aquí un capítulo del libro en cuestión sería de un interés muy limitado; pero utilizar algunos de los materiales que van desperdigados por sus varios capítulos, para que resulte un *trabajo escrito por el mismo protagonista*, es labor más seria y ha de agradar más a mis lectores.

No soy yo, por lo tanto, es el propio D. José de Espronceda el autor de esta monografía que, como indica el epígrafe, se refiere nada menos que a su famosa emigración.

No se trata de ningún libro o folleto que dejase inédito el poeta, sino de algo más curioso aún: de una colección de cartas

íntimas dirigidas a sus padres desde Lisboa, desde Londres, desde Bruselas y desde París, las que, precedidas de un artículo muy poco conocido, publicado el año 41 en el periódico *El Pensamiento*, y con las aclaraciones que facilitan unas notas del Brigadier Espronceda y unos partes, relativos a su hijo, de la policía de Fernando VII y de la de Portugal, dan una idea completa de la vida del cantor del *Dos de Mayo* durante su nada miserable ostracismo.

A los que deseen saber dónde he tropezado con tan valiosos documentos, les diré que los relativos al revolucionario Espronceda están en el Archivo de la Torre do Tombo de Lisboa, en el del Ministerio de la Guerra, de España, y en la Sección de Manuscritos de la Biblioteca Nacional, y las cartas familiares, con otros importantísimos papeles, en el Archivo general de Segovia, en el expediente de su padre, al que fueron unidas por las razones que explica este oficio, referente a *Espronceda y Delgado, D. José, revolucionario liberal emigrado en Londres*:

«Por Real orden, el Ministro de Estado, en 17 de Marzo de 1829, traslada otra del Cónsul de España en Lisboa, de 11 del propio mes, en la que manifiesta que, según noticias confidenciales que tiene recibidas, el General Mina envía emisarios a revolucionar Navarra, entre ellos Espronceda, que se dispone a marchar a Burdeos, hijo del Brigadier que se supone en correspondencia con aquél.

»A consecuencia de este aviso, se dispuso en Real orden de 25 de Marzo de 1829, que en la noche de este día se pasara a la habitación del Brigadier D. Juan Espronceda y Pimentel, y se le sorprendieran cuantos papeles tuviera en su poder y se examinaran detenidamente a su presencia, disponiendo su arresto si resultara ser el mismo.

»Del examen de los papeles nada resultó en contra del Brigadier, por ser cartas particulares del hijo al padre y recibos de cantidades recibidas por aquél de éste, por lo que se dispuso en Real orden de 9 de Abril de 1829, que se sobrejera en el particular, devolviendo los papeles originales al expresado

Brigadier, dejando en su expediente copia de los mismos.»

Lejos de excederme, seré breve hasta la exageración en los comentarios de los documentos que transcribo, para que cada cual los comente a su manera.

DOCUMENTOS AUTOBIOGRAFICOS

DE D. JOSÉ DE ESPRONCEDA

Cuando arreciaba en Madrid la persecución de los liberales, allá por los años de 1827, figuraba Espronceda entre los más sospechosos; y fuese porque temiera seguir la suerte de otros amigos suyos, o porque deseara ver tierras y correr aventuras, se marchó de Madrid a Gibraltar, en donde se embarcó para Lisboa.

A partir de este momento, se encarga él de referirnos sus impresiones sucesivas, consignando las de la navegación en el artículo que publicó, catorce años después, con el título *De Gibraltar a Lisboa: viaje histórico*.

Helo aquí:

«Ibamos (dice) en una balandra sarda cargada excesivamente de trigo y sumergida en la mar hasta los entrepuentes. Dos marineros, un chico y el capitán, componían su tripulación; pero, en cambio, encajados y embutidos como guisantes en nuez, tropezábamos unos en otros hasta 29 pasajeros, entre ellos 21 catalanes de lo más rustico y montaraz del Principado, tres mujeres, un comisario de guerra atrabiliario y colérico como un puercoespín y más puntiagudo que una aguja inglesa. Componíamos el resto dos pasajeros tímidos y de humor pacífico y tranquilo, que no podían haber elegido peor compañía para su genio; mi compañero, hombre de pocas penas y aventurero atrevido, y yo, que, llevado de mis instintos de ver mundo, había dejado mi casa sin dar cuenta a nadie, y contaba apenas diez y siete años (1). Una de aquellas mujeres no he podido averiguar

(1) Habiendo nacido el 1808, no eran diez y siete años, sino diez y nueve los años que contaba en 1827; pero en todas las ocasiones de su vida procuró aparecer con dos años menos de los que realmente tenía.

nunca de qué país era; sólo sé que juraba y maldecía con unción satánica y maestría inimitable en todas las lenguas del mundo. Era una torre de Babel cuando se entretenía en blasfemar, que fue toda la navegación hasta que murió, y llevaba en esto ventaja a los catalanes. Venía enferma y parecía el espíritu maligno. Estaba casada con uno que había hecho la campaña de Rusia con Napoleón, y parecía hombre cachazudo y de empeño. Pocos hombres ha criado Dios con menos entendimiento. Sin duda en sus viajes encontró en ella la mujer de sus ilusiones, y contrajo aquel enlace para sosegar su corazón enamorado. La verdad es que había encontrado su media naranja, como suele decirse. Las otras dos mujeres, si pertenecían al bello sexo, era más por el sexo que por lo bello. No he sabido nunca quién ajustó el pasaje, ni cómo nos encontramos reunidos, en tan corto espacio de tablas, tantos hermanos y tan benditos de Dios. Dijéronme que uno se había encargado de la provisión de víveres para nuestro sustento durante la travesía, porque el patrón sólo se encargó de transportarnos como a maletas. Nada hay más santo que la pobreza, y no creo que los lectores no hayan adivinado ya que los que allí íbamos de todo teníamos menos dinero. Yo creo que era el más rico, y bien sabe Dios que no me sobraba nada. Pero siempre me he picado de tesón; había emprendido la carrera de emigrado y viajero sin consultar a nadie, y las ilusiones suplían por las cantidades. ¡Loado sea Dios, que con tantas ilusiones me echó al mundo, no tanto para mi provecho como para diversión suya, que se ha entretenido en írmelas quitando una por una!

»El hombre es animal sociable, y nada hay más grato ni gustoso que una sociedad escogida. De esto sí que no podíamos quejarnos; buscados uno a uno los que allí íbamos, con una cerillita, no se podía haber compuesto sociedad más amable. Verdad es que casi ninguno nos conocíamos antes; pero, ¿qué importa eso para amarse cuando hay simpatías? Lo mismo fue vernos allí, puesto ya el buque en franquía, empujándonos (tan anchamente íbamos) sobre cubierta, cuando se apoderó de todos nosotros la más encantadora desesperación, y desplegamos el genio más indulgente y suave que pueda imaginarse el de más imaginación. No parecía sino que el mismo demonio nos había engendrado en uno de sus más infernales arrebatos. Mirábamnos todos como si nos fuéramos a devorar, y hasta los viajeros pacíficos parecía que les picaban con alfileres de a ochavo. El primero que armó pendencia fue el colérico comisario, sobre si había lugar o no bastante para estar de pie, y habiéndole respondido uno de los catalanes que podía haber tomado un navío de tres puentes

para él solo, fue tanta la cólera que le dió, que tiró, sin más ni más, de un espadín de ceremonia, que por decoro ceñía, y se arrojó sobre él a atravesarle de parte a parte. Desenvainó el otro una navaja de a cuarta, alborotámonos todos, izó el patrón bandera de socorro, pidiendo favor a los buques que había en el puerto. Sujetamos como pudimos al catalán y al comisario, que ni aun reñir podían por falta de espacio, y esta fue la primera jarana, apenas habíamos puesto pie en el buque. Yo, como tenía pocos años y ninguna experiencia, no cesaba de bendecir a Dios, que en tan buen camino de aprender me había puesto. Seguimos con el mismo amor, y aquella noche la pasamos como pudimos, unos sobre otros, hasta el siguiente día que la balandra se dió a la vela. Allí fue ella; todos nos mareamos, y, como había tantas comodidades, era aquello una delicia. Los catalanes culpaban al patrón de que hacía vela con rumbo a España para que nos fusilara Fernando VII, y querían matarle; el comisario no podía sufrir que en lo más mínimo se le faltara al decoro, y mascaba cólera y reñía a cada paso. Pero lo bueno fue cuando llegó la hora de comer.

»Consistían las provisiones que aquel hombre providencial había comprado para la travesía, en un bacalao que, como suela de zapato, se resistía al diente, y sabroso como una salmuera; en unos sacos de unas guindillas para avivar el apetito, que parecían carbones hechos ascuas en el color y el sabor, y en unas largas ristras de ajos, que así alegraban la vista como contentaban el ánimo, por si faltaban estimulantes que añadir al arroz, que, mezclado y compuesto con todo lo dicho, componía un rancho capaz de irritar y convertir en condenado al santo más santo y honrado de toda la corte celestial. Figúrese el lector comida semejante cómo pondría a unos hombres que, al entrar en aquel malhadado barco, habían quedado sólo con el bastante amor para no despedazarse unos a otros. Sobre todo, considere la ira que se apoderaría del comisario que, aun antes de probar bocado, no podía aguantarse a sí mismo. Dividímonos todos en diferentes rancherías, y, con cucharas de palo, dimos principio, puestos en torno de las cazuelas, a abrasarnos vivos. A cada bocado era de ver el prodigioso trastorno que se operaba en las fisonomías. Las mejillas se ponían rubicundas, los ojos se encandilaban y enfurecían, sudábamos copiosamente y abríamos carleando las bocas, buscando aire que refrescase el paladar. Pues interiormente... cada uno de nosotros llevaba un volcán en el estómago. Comer lava del Vesubio hubiera sido más fresco. Los nervios, rígidos y tirantes, crujían como cuerdas de guitarra; tal nos apretaba todas las clavijas de nuestra

máquina la mistura de picante y salmuera con que nos regalábamos. Llegó la hora de beber, y si sana y suave era la comida, la bebida no le iba en zaga. Destapáronse unos frascos de Ginebra, la más torcida, áspera y endiablada que había podido hallar nuestro bendito y paternal abastecedor. Dios no le dé á él jamás otra bebida. Yo estaba aguardando a ver cuándo empezaba a arrojar llamas, y más de una vez temí la combustión espontánea. En esto, uno de los catalanes dijo que no había comido ni bebido mejor en toda su vida. Respondió el comisario, con la lengua trabada y jadeando de calor, la boca hecha ascua y los ojos fuera de sus órbitas, que era menester ser un bestia para decir aquello. Contestóle el otro, diciéndole que él le parecía muy delicadito. Repuso el comisario, y todo esto con mucha furia, que no era nadie capaz de resistir más que él, y que en caso necesario, comería pedernales. Respondió el otro, mezclámonos todos en la conversación, y concluimos por tirarnos las cazuelas y aborrecernos más, si era posible. Yo me fuí luego a una cuba y me harté de agua, y ni aun así podía respirar sin quemarme las encías. La mujer cosmopolita, dulce mitad del veterano de Rusia, ya estaba enferma; la comida le produjo una inflamación de vientre. Dijeron todos que aquello no sería nada. A mi compañero se le ocurrió que algunas cataplasmas de harina de linaza la convendrían; pero como no se las hubiese aplicado de ajos molidos y guindillas picadas, no había otra cosa en el barco de que componerlas. Bajáronla al camarote, donde se tendió sobre unos baúles. La infeliz juraba, que no parecía sino que se las quería apostar con Satán en persona. Yo, que tenía entonces muchas más ilusiones por las mujeres que tengo ahora, me convencí con aquello de que el amor y la ternura son dotes naturales del bello sexo. Así pasamos aquel día y el estrecho de Gibraltar. Al anochecer, vuelta al rancho y vuelta a convertirnos en fraguas. Teníamos hambre y temíamos la hora de comer. No sabíamos cómo hacer para distraernos. Al día siguiente, vientos contrarios y caminábamos bordeando. Pero al tercero fue lo bueno.

»Había entrado la noche dos horas antes a lo menos de lo que debiera, tan cubierto y asombrado de nubes estaba el cielo, y no se veían los dedos de la mano. Las olas de la mar rugían calenturientas, como si hubiesen probado de lo que comíamos. De cuando en cuando nos deslumbraba un relámpago semejante a los ojos de Lucifer que se asomaba a las nubes. El barco iba tan cargado, que navegaba casi debajo del agua. El patrón parecía cuidadoso, y yo casi deseaba que nos anegásemos, por no volver á comer más picante. Temblaban los palos de la balandra, temerosos de la tempestad.

Mandó el patrón recoger rizos, y oíase un ruido lejano, como el de una populosa ciudad amotinada. Cualquiera otro que no hubiéramos sido nosotros, habría sentido temor; solos, en una avellana en medio del Océano, próximos a estrellarnos contra las rocas de San Vicente, y amenazando un temporal espantoso. El comisario y yo, aquella noche, no sabíamos dónde hacer la rueda, como dicen vulgarmente. Parecióle al buen hombre, y me lo comunicó con efecto, porque, a pesar de sus iras, tenía buen fondo, que no había mejor sitio ni más a propósito para descansar que la popa, mientras los otros se habían recogido en la cámara unos sobre otros, como podían, porque en la bodega no cabía más que el trigo de que iba llena. Seguí su consejo, porque, además de ser hombre de más experiencia que yo, no me atreví a contestarle de miedo de que se irritara.

»Poco tiempo permanecemos allí; no manifestó mucho tino en la elección de sitio. Un maldito palo cruzaba por cima de nuestras cabezas aferrado con lona, con tanto ímpetu, que, recogidos y en cuclillas como estábamos, teníamos que bajar las cabezas cada vez que, bramando, pasaba sobre nosotros. A cada paso teníamos que agacharnos para que no nos desbaratara los cráneos con su empuje. Nos entró tal sofocación y angustia, con el continuo movimiento, que ni respirar podíamos. Por último, tuvimos que irnos de allí y no sabíamos adónde. Propúsele bajar a la cámara aunque allí nos ahogáramos de calor, tanto más, cuanto que la tempestad empezaba ya, y comenzó a diluviar con tal furia, que estábamos ya hechos una sopa y allí estorbábamos para la maniobra. Si permanecemos más tiempo, vamos al mar sin remedio. Las olas se llevaron la obra muerta, y el viento quebró el maldito palo, causa de nuestra agonía. Recogímonos a la cámara, donde estábamos como almas en pena. Había en ella una estampita de San Jenaro, y un farolito a sus pies daba una luz moribunda. La enferma, tirada sobre un baúl, divertía sus dolores con sus blasfemias; a su lado estaba su marido sin decir palabra, con una cara que no había más que pedir. Los demás, revueltos y enredados unos en otros como los ajos de las ristras. Quedámonos el comisario y yo en la escalerilla, hechos un ovillo. Uno de los viajeros pacíficos, que había entrado gordo y estaba ya acartonado, no hacía sino vomitar. Las otras dos mujeres seguían su ejemplo. No sé qué se me ocurrió, que se lo comuniqué a mi compañero, y respondiome él algo que me hizo reír. Parecióle esto mal al esposo de la moribunda, y me preguntó si yo creía que aquella era hora de reirse. Contestéle, con insolencia, me dijese

á qué hora le parecía a él que yo me había de reir, con lo que, sin más ni más, se dirigió a pegarme con el puño cerrado. Los vaivenes del barco, que parecía un zarandillo arrebatado por las olas, la estrechez del sitio y la mucha gente que estaba apiñada, le hicieron perder el equilibrio y sacudir el golpe a uno de los catalanes. Encolerizóse éste, y sacudió al otro, y enredámonos todos a golpes. Rompióse el farol y se apagó la luz. No se oían sino maldiciones y los bramidos del mar. Parecía aquello el castillo encantado de la zarabanda, con lo de ande la zambra y repiquen las campanas. En fin, sosegámonos porque no había otro remedio, y fuimos saliendo unos tras otros a la cubierta. Amanecía ya, y había amainado la tempestad, que no fue poca fortuna que durase tan pocas horas. Sacábamos unas caras que nos mirábamos con horror. En esto, el sol salía de las olas brillante de esplendor y belleza; la brisa, fresca y apacible, rizaba las olas mansamente, aunque algo alteradas de la pasada borrasca, y las nubes que quedaban acá y allá se teñían de color de grana. La balandra bogaba lentamente como una boya en medio de aquella sábana inmensa de agua. Respirábamos nosotros con codicia el aire suavísimo de la madrugada. A mí me pareció que habíamos salido del caos. Los sucesos de la noche pasaban por mi cabeza como desvaríos de una fiebre. Yo no cesaba de contemplar el sol, que poco a poco salía sobre un trono de nubes de fuego, esparciendo luz y alegría al mundo. Las olas, reflejando sus rayos, parecían de oro. No me acuerdo en toda mi vida de mañana más hermosa. Si no hubiera temido la mofa, en mi arrebató, hubiera corrido a abrazar a mis compañeros. Fue el único momento del viaje en que no los odié. Hacía rato ya que estábamos sobre cubierta, cuando vimos salir de la cámara, con el cadáver de su mujer al hombro, al esposo que atrapó aquella ganga en Rusia y había hecho la felicidad de su vida. La pobre mujer, sin duda, había expirado entre los apretujones y puñetazos de la quimera de la noche pasada. Quizá habría alguno descargado a bulto sobre ella, precipitando su muerte. Venía tan estirada y tiesa sobre su marido, y tenía tan contraída la boca, que se conocía había muerto profiriendo alguna de aquellas lindezas que tanto la habían agraciado en su vida. La cara del marido parecía de acero, con cierta mezcla de cólera y resignación. La traía a cuestas, y no nos miró a ninguno, y llegando al borde del buque la cogió en brazos, la miró un momento, le asomó apenas una lágrima que parecía no mojaba, y la tiró al agua diciendo: *al avío*, y arrojóle redondo y seco. Las olas escondieron el cuerpo; volvió el marido tranquilamente la espalda al mar, y segui-

mos nuestra navegación con la misma indiferencia que iba el buque cortando las olas. Yo no sé si envidié la suerte de aquella mujer cuando de allí a poco nos pusimos a comer. En fin, llegamos a Lisboa, que yo creí que no llegábamos nunca. Hicimos cuarentena, que fue también divertida; visitónos la Sanidad, y nos pidieron no sé qué dinero. Yo saqué un duro, único que tenía, y me devolvieron dos pesetas, que arrojé al río Tajo, porque no quería entrar en tan gran capital con tan poco dinero.»

No hay para que decir que, aunque haya algo de real, hay bastante de fantástico en el artículo transcrito; pero es notoria su importancia como nota personal y autobiográfica al fin.

Cualquiera, al leer las últimas líneas, creería firmemente que Espronceda era un pobre bohemio. Sin embargo, tales manifestaciones sólo pueden considerarse como una humorada, sino fue una imitación más del gran poeta inglés (a quien tanto admiraba, y en ocasiones superó), como indica Fitzmaurice-Kelly (1), al decir: «Algo de la pose de Byron se descubre en la anécdota que se refiere de Espronceda, según la cual, al arribar al puerto de la capital portuguesa, arrojó al agua las dos pesetas que constituían todo su caudal.»

Quizás no tuviese en el bolsillo más que un duro, de esta clase de moneda; pero si el lector tiene en cuenta la posición de los padres del poeta español, conoce los recibos de algunas de las cantidades que éstos le giraron, y observa su género de vida anterior y posterior a este viaje, comprenderá que no le faltarían algunas onzas o algunos billetes de que disponer para sus gastos.

No he tenido la suerte de hallar los comprobantes de todas las sumas que sus padres le enviaban, pero por los siguientes documentos, que copió el gobernador interino de Madrid, don Francisco Mallet, de los papeles del brigadier Espronceda,

(1) En su *Historia de la Literatura Española*, que editó, traducida, LA ESPAÑA MODERNA.

cuando éstos fueron registrados, en la madrugada del 26 de Marzo de 1829, pueden ser apreciadas las estrecheces que pasaría el joven emigrante.

«Copia literal de los recibos conservados por D. Juan de Espronceda, relativos á su hijo D. José.»

NÚM. 1.º

He recibido de D. Manuel Orense del Comercio de esta capital 32 libras esterlinas, por cuenta de D. Joaquín Alcalde, vecino de Madrid. Con dicha cantidad tengo completas todas las mesadas hasta el mes de Septiembre pasado inclusive.

Y firmo el presente por duplicado, para su solo efecto en Londres á 31 de Agosto de 1828.

JOSÉ DE ESPRONCEDA.

Son 32 libras.

NÚM. 2.º

Recibí de los Sres. Orense y C.^a desde 1 de Septiembre último la cantidad de 31 libras esterlinas, en los días y cantidades que al respaldo se expresan, cuya suma ha sido abonada á dichos señores por el Sr. D. Joaquín Alcalde, vecino de Madrid.

He recibido además, hoy día de la fecha, 15 libras esterlinas, para gastos de mi viaje á Francia.

Y para que los mencionados Sres. Orense y C.^a puedan cargarlos en cuenta al Sr. Alcalde doy este que firmo por duplicado en Londres á 27 de Febrero de 1829.

JOSÉ DE ESPRONCEDA.

En 29 de Octubre de 1828 al mismo Sr. Espronceda...	2. libras.
En 18 de Noviembre de id.....	4. id.
En 18 de Diciembre de id.....	4. id.
En 19 de id. de id. Pagado al patron segun recibo.....	11. id.
En 22 de id. de id. al Sr. Espronceda.....	10. id.
	<hr/>
	31. id.

De este sujeto se cobró 6 libras que aplico á sus gastos, además de lo recibido.

NÚM. 3.º

He recibido de D. Juan de Espronceda y Pimentel la cantidad de dos mil reales vellon efectivos que su hijo D. José ha recibido en Londres de D. Manuel Orense.

Y para que conste firmo el presente.

Madrid 9 de Julio de 1828.

P. P. de D. J. Alcalde

Antonio Fernandez de la Hoz.

Son 2000 rs.

NÚM. 4.º

He recibido de D. Juan de Espronceda la cantidad de ochocientos reales vellon efectivos que su hijo D. José ha percibido en Londres, por su cuenta, de D. Manuel de Orense de aquella ciudad.

Madrid 9 de Agosto de 1828.

P. P. de D. J. Alcalde

Antonio Fernandez de la Hoz.

Son 800 rs.

NÚM. 5.º

He recibido de D. Juan Espronceda y Pimentel la cantidad de cuatro mil reales de vellon para que tome de los Sres. Orense y C.^ª de Londres su hijo D. José.

Y para su resguardo interin viene el recibo del mismo firmo el presente.

Madrid 4 de Diciembre de 1828.

Joaquín Alcalde.

Son 4000 rs.

Es de lamentar que juntamente con estos recibos no se hallasen los demás; pero por las cantidades giradas a Londres, puede formarse idea de las que recibiría el autor del *Diablo Mundo* en Portugal, en Bélgica y en Francia.

La carta más antigua de las que he encontrado, de Espronceda a sus padres, no debe de ser la primera que les escribió durante el ostracismo, puesto que se refiere a otra que ya había recibido de ellos, y a esto obedece el que no se entienda bien el primer párrafo.

Está fechada en Lisboa el 24 de Agosto de 1827, y dice así:

«Amados padres míos: La carta de VV. del 14 me llenó de dolor

considerando el sentimiento que han tenido variando de intencion en cuanto á hacerlo, pero no en cuanto á separarme de la casa del tio, pues no sucedia en ella otra cosa que disgustos, y particularmente en la de Lisboa, por lo que pasaré á Santaren á vivir con Prady.

Sosiéguese VV. y haga V. que Papá se mejore, cuidándolo mucho, y V. déjese de pensar tan tristemente que ya no me marchó de Portugal.

Desde este correo en adelante me escribirán VV. á Santaren, á donde me voy mañana regularmente.

Adios, padres míos, cuidense VV. mucho para que los abrace buenos su

PEPE.»

Se explica que en esta carta no diera cuenta a los autores de sus días de los amores de Teresa, que ya habían empezado; pero parecía lo natural que, por lo menos, a su padre le hablase de su prisión, de las verdaderas causas de su traslado desde Lisboa al depósito de emigrados de Santaren, y de las disposiciones que se estaban tomando por el Gobierno de Portugal para su expulsión de este reino.

Pero lo que él se calló en esta carta se encarga de revelarlo la siguiente nota que, por mediación del Secretario de Embajada de nuestro Ministerio de Estado D. Fernando de Antón del Olmet, me ha facilitado el Cónsul de España en Lisboa, Sr. Conde de Torrijos:

«Durante la regencia de la Infanta D.^a Isabel María, y en 1827, el Gobierno de Portugal estableció depósitos de emigrados españoles en Santarén, en Cascaes y en el cuartel de San Juan de Dios en Janellas-Verdes.

De los emigrados de Santarén, fueron transferidos cuatro para el castillo de San Jorge, pero se ignoran sus nombres.

Respecto de D. José Espronceda, hay el adjunto documento en el Real Archivo de Torre do Tombo:

Intendencia General de Policía

Maço n.º 57 dos Avisos es Portarias

MINISTERIO DA GUERRA

2.ª direcção

3.ª repartição. R.

Sua Alteza a Senhora Infanta Regente, á quien foi presente á conta que V. S. den por este Ministerio na data de 8 do corrente mez, pediendo se lhe designe á estação por onde deve ser feita á despeza da passagem dos Espanhoes D. Cazimiro Canhedo é D. José Espronceda, que se acham presos, vista a necessidade de os fazer sahir d'estos Reinos: Manda em nome de El Rey declarar a V. S. que esta despeza deve ser feita pela Policía. O que communico á V. S. para sua intelligencia é execução

Deus guarde á V. S.

Paço em 16 de Agosto de 1827.

CONDE DE PONTE.

Sr. D. José Joaquin Rodriguez del Busto.

Al pie del oficio hay estas notas escritas con lápiz:

«Cumprase.—Registrada na 1.ª direcção» y «A Belem em 18 A commissão des depositos no mesmo dia Novamente á Belem em 25.»

No dicen más los documentos de la Torre do Tombo; pero lo transcrito basta, como prueba oficial, de que Espronceda fue preso y expulsado de Portugal, *de donde no pensaba marcharse*. A pesar de sus buenos deseos (manifestados en Agosto) de no ausentarse del vecino reino, a fines de aquel mismo año, 1827, estaba ya en Londres, desde donde escribió a sus padres esta otra carta, con fecha 22 de Diciembre, en la que al fin les habla de su expulsión, aunque sin darles detalles de ella:

«Amados padres míos: Sin carta de VV. estaba, y con el mayor cuidado, cuando vino á redoblarlo la del 22 de Noviembre, por la triste situacion en que se encontraba mi idolatrada mamá. Lo mismo fué leer su principio, cuando sentí oprimírseme el corazon de tal manera, que ni apenas respirar podia; por fin la del 10 de Diciembre, recibida á la misma hora, me consoló bastante, viendo, por su contenido, la mejoría de mamá, y me sacó de tanto cuidado.

Mi expulsión de Portugal fué motivada no por ninguna necia calaverada, sino por el honor y amor á la patria, como ha sucedido á casi todos los españoles que detestaban las intrigas y picardías.

Llegué á Londres en la situación más crítica por falta de metálico y de conocimientos; pero el amigo que pone la postdata, que también había estado en Santaren y sufrido la misma persecución, me valió tanto, que nada me hizo falta durante los días que me hallaba sin recurso alguno.

Ahora vivo con él, y, con la poca paga que aquí nos dan y lo que VV. me envían, lo pasamos perfectamente, á lo menos en comparación con los demás compatriotas.

Mi viaje á Holanda no fué pensado por otra razón que por lo barato de aquel país, pero en el día ya no pienso en semejante cosa, pues mi único deseo es, cuando salga de aquí, viajar para abrazarlos.

Cuidado no deben VV. tener ninguno, pues aquí el que no roba ó asesina no puede ser nunca perseguido. Yo estoy perfectamente con este clima, aunque bastante triste, pues los frios saben VV. que siempre me han sentado muy bien; y el único favor que les pido es que se cuiden mucho, porque si no ya pueden VV. figurarse cuánto sería el sentimiento que tendría si no los volviese á abrazar (1) su hijo,

Pepe.

El sobre á mi nombre Bridge Water Street Somerstown 23, London, copiando exactamente estas letras para que no se extravíe la carta.

A D. Alvaro no le visito por que es un tunante y al otro Lino ni le conozco ni le he oído nombrar tampoco.»

Véase cómo el propio emigrante se encarga de desmentir la leyenda que corre sobre su pobreza en Inglaterra, donde, para aumentar sus ingresos o para ostentar alguna profesión, se dedicó a *Maestro de esgrima*, como demostraré documentalmente, más adelante.

La postdata del amigo (en unión del cual trató más tarde de volver a España), dice así:

(1) Desgraciadamente no pudo volver a abrazar a su padre, fallecido en el 1 de Enero del año 33, al fin del cual regresó él.

«Aunque no tengo el gusto de conocer á VV., es muy grande mi satisfacción al leer las cartas que ha recibido de VV. mi amigo y compañero Pepe. Sí, ellas manifiestan hasta qué grado les es á VV. querido. En mi destierro, ¡si yo pudiera contar con iguales consuelos paternos, me consideraría feliz! La suerte me tiene privado de ellos.

Pepito y yo estamos unidos con los lazos de una amistad indisoluble, aprendiendo en la adversidad lecciones que algún día pueden ser útiles á nuestra patria.

Interin VV. me pueden considerar como uno de sus más afectísimos s. s. q. s. m. b.,

Antonio Hernaiz.

Si á VV. no les sirve de incomodidad les suplico dirijan una carta en mi nombre á D. Enrique Ramirez Martin, de la ciudad de Burgos, manifestándole los deseos que tengo de saber si ha recibido mi última carta, de 1 de Septiembre del presente año, y reiterada el 30 de Octubre. Este caballero es cuñado mio.»

A la epístola del 27 de Diciembre siguió esta otra que no tiene fecha:

«Amados padres míos: no sé cuál sea el motivo por que mamá no me escribe nada de su letra, en la carta que me causó tanto placer por saber de VV., único cuidado mio. También he extrañado me digan que haga una visita al Embajador, cuando deben VV. saber que no quiero tratarme con esa gente tan opuesta á mis ideas, y, además, deben conocer también que el hacerlo les favorece á VV. poco y á mí menos.

Tendrán VV. la bondad, Papás míos, de enviarme el dinero por otro comerciante que el que me lo entrega; pues es tan grosero é indecente, que el otro día, habiendo ido á pedirle me fiase para con un sastre, que me había de hacer alguna ropa, pagándole un tanto cada mes, tuvo la desvergüenza de insultarme.

Ustedes saben que no estoy hecho á sufrir tales bochornos: y así al comerciante que me dé el mensual me recomendarán de manera que, en cualquier asunto de esta naturaleza, no dude en estar más fino.

Adios, padres míos; cuidense VV. mucho y reciban el corazón de su

Pepe.

La postdata de la anterior era de un desgraciado amigo mio, que desea saber de su familia; así, harán VV. el favor de remitirla á donde él dice. La contestación dirigírmela á mí. Expresiones y gracias de mi compañero. Cuando ponga VV. el sobre, copien las letras exactamente, pues si no está á pique de perderse la carta.

Señas: Bridge Water Street, n.º 23, Somerstown.»

La independencia de su carácter, al no querer visitar al Embajador; su exquisita delicadeza al protestar de la conducta de su primer apoderado, que en el acto fue sustituido por D. Manuel Orense (muy fino y complaciente con el joven poeta), y la nobleza de su corazón al interesarse por los asuntos de su desgraciado amigo, están bien de manifiesto en la copiada epístola, a la que siguió ésta, escrita también en Londres y con fecha del 8 de Marzo de 1828:

«Recibí, amados padres míos, la carta de VV. por la cual tengo el gusto de saber que están buenos, que es mi único cuidado; pero la que VV. dicen haber escrito á mi compañero se debe de haber perdido, puesto que ni aquí ha venido ni en el Correo se encuentra.

Voy ahora mismo á cobrar la letra.

Adios, amados padres míos, cuidense tanto como los quiere su

Pepe.»

Como se ve, aparte de las cantidades que percibía mensualmente en Londres, debía recibir de sus padres algunas letras con cantidades extrarreglamentarias; a no ser que se las girasen mientras le nombraban nuevo apoderado, del que da cuenta D. José de Espronceda en carta del mismo mes, por la que se ve: que no era muy puntual en escribir a sus padres; que estaba muy satisfecho del nuevo comerciante encargado de entregarle las mensualidades; que no debía de andar muy apurado cuando se hacía trajes de 17 libras, y que tampoco le faltaba el tiempo cuando creía tener bastante para concluir su poema *Pelayo*.

Véase cómo trata él de todas estas cosas en la citada misiva:

«Londres, 28 de Marzo de 1828.

23, Bridge Water Sommerstown.

Amados padres míos: todos los meses les he escrito á VV. una vez, como me dicen en su última que haga; y bien quisiera estarles escribiendo continuamente, pues nunca tengo más gusto que cuando lo estoy haciendo ó cuando recibo las cartas de VV. que me sacan de mi mayor cuidado.

He visto al comerciante á quien me recomienda Alcalde; es un joven muy fino y me ha hecho muchos ofrecimientos y entregado las libras que mensualmente cobro.

Me he hecho alguna ropa y para que VV. vean la carestía de este país, por un frac, un chaleco y dos pares de pantalones, me llevan 17 libras, contratadas á pagar en plazos, pero si pudiera pagar de un golpe me harían rebaja de 3 y cesarian las cuentas. Desearia me enviasen VV. el *Pelayo*, sin que se quedara ahí ningún papel trasconejado, pues algunos amigos desean leerlo, y aquí hay mucha proporción de concluirlo. Para con más seguridad remitírmelo, pueden VV. valerse del conducto de la Embajada y con dirección, para que no se pierda si nos mudamos de casa, á D. Ezequiel Zamora de Alba, Orange, Street n. 5. Senerte Square. Cuidado con copiar muy bien las letras.

Adios, amados padres míos, cuidense VV. tanto como les ama su
Pepe.

Permanezco siempre á la disposición de VV.; su más afmo. seguro s. q. s. m. b.,

A. Hernández.»

En la carta del 17 de Julio vuelve á disculparse de su falta de puntualidad en escribir a sus padres, haciéndolo en esta forma:

«Amados padres míos: Hoy despues de mucho tiempo sin saber nada de VV., he tenido noticias por Orense del estado de salud y cuidado en que se encuentran.

Yo estoy bueno enteramente y si en dos meses no he escrito más que una vez, ha consistido en que he estado fuera de Londres, en el campo, y no he tenido proporción para escribir.

Desde aquí en adelante, no se pasarán quince dias sin que yo escriba, y de ese modo cesará su cuidado.

Estoy en casa de Orense escribiendo y se va á marchar el correo.
Adios, padres mios, cuidense VV. mucho para que les abrace
buenos su cariñoso

Pepe.»

No debía mentir, al asegurar que había estado en el campo, cuando, aludiendo a esta época, dice en el artículo titulado *Un Recuerdo* (que reprodujo el coleccionador de *Páginas olvidadas de Espronceda*, en la pág. 83 de la edición de 1882 y que tiene la fecha del 1841):

«Era uno de aquellas hermosas noches de Inglaterra, cuando, en el mes de Agosto, nace el crepúsculo de la mañana casi envuelto entre los tibios colores de la tarde. Tenía lord Ruthwen su quinta á algunas millas de Londres, había conocido íntimamente á mi padre en la guerra de la Península, yo estaba emigrado, y en la estación del campo había dejado la capital para acompañarle en su elegante retiro campestre. Paseábame, pues, al margen de un río, que, rodeado acá de frondosas islas, y acuyá despeñándose en vistosas cascadas, ora mansa, ora precipitadamente, corría por el magnífico parque que fecundaban sus aguas. Estaba yo melancólico, como se exige de un héroe de novela, joven de veinte años y enamorado romántico...»

El *enamorado romántico* continuaba no siendo muy exacto en la correspondencia con sus padres, y éstos habían resuelto que se trasladase de Inglaterra á Francia, según se desprende de estas otras cartas, la una de los Sres. Orense y la otra del ilustre desterrado:

«Sr. D. Juan Espronceda y Pimentel.

Madrid.

Londres 18 de Noviembre de 1828.

Muy Sr. nuestro: Casualmente en el dia de ayer, cuando acabábamos de abrir su carta, se presentó en esta casa su hijo D. José, á quien tuvimos el gusto de dársela á leer y, en su vista, nos aseguró haber escrito á V. con bastante frecuencia, y que ignoraba cuál puede ser el motivo que impide el que sus cartas lleguen á las manos de VV.

Hoy volverá á vernos y probablemente escribirá á V. Si lo hace á tiempo irá adjunta.

Deseo tenga efecto su orden de V. de pasar á Francia; pero no lo puede ejecutar con la prontitud que es de desear, porque para efectuar su viaje necesita como unas cuarenta libras esterlinas, ó lo que es lo mismo, 4.000 rs., para que pueda pagar algunas pequeñas deudas que ha contraído de resultas de una indisposicion que ha padecido hace poco.

En este supuesto, si nuestro amigo D. Juan Alcalde nos faculta, le franquearemos dicha suma, con lo que creemos podrá tener efecto su traslacion á Francia.

Con este motivo tenemos el gusto de ofrecernos de V. seguro servidor, q. b. s. m.,

Manuel de Orense.

P. D. Habiéndose presentado D. José, tenemos la satisfaccion de incluirle la que escribe á VV.»

«Amados padres míos: He recibido dos cartas de VV., y en ninguna lo que yo esperaba.

En la última que les escribí les decía que para pasar á Francia necesitaba 40 libras, por lo menos, para pagar mis deudas, contraídas en mi enfermedad, y vestirme.

D. Manuel Orense, en cuya casa escribo esta carta, ha tenido la bondad de entregarme 18 libras, las que, sin duda, cargará ya en cuenta por mi recibo.

Espero, mamá mía, que V. y papá asimismo se acuerden ahora de mí y me saquen de compromisos. Aquí no me han traído gastos frívolos ni calaveradas. Envíenme, si es posible, lo que pido fijamente, para no verme en la cárcel.

Adios, padres míos, cuidense VV. tanto como les ama su hijo,
Pepe.»

Sus padres no quisieron consentir que él llegara *a verse en la cárcel*, y autorizaron la entrega de los 4.000 rs. que pedía, y que constan consignados en los transcritos recibos.

Tan pronto como D. José recibió esta cantidad, dejó de escribir a su casa; no cuidándose de hacerlo durante algunos meses, hasta que llegó a Bruselas y volvió a notar la falta de recursos, los que deseaba tener a prevención en todas partes, en el mismo Bruselas y en París.

E. M.—*Agosto 1912.*

Dicha carta, en la que explica las causas de su silencio, y el cómo regresó al continente, no por el puerto francés de Cherburgo sino por Flandes, dice así:

«Bruselas 6 de Marzo de 1829.»

Amados padres míos: Enojados sin duda y con razón estarán VV. conmigo, al ver que ha tanto tiempo no les escribo, pero no consiste en pereza, que bien lejos estoy de tenerla, sino en otra porción de causas que voy á explicarles y que son muy distintas.

Después de recibir la orden de VV. de marchar á Francia, si no he escrito á VV. como su cariño y los sacrificios que hacen por mí merecen, fué porque creí colocarme en Londres con una bonita pensión y dejar de serles gravoso; el deseo de sorprenderles me hizo retardar el contestarles y, luego, cuando vi que nada podía alcanzar de lo que deseaba y determiné marchar, fueron tantas y tan grandes las dificultades que hallé para sacar un pasaporte, que más de dos meses se me pasaron en diligencias, sin que pudiese alcanzar otra cosa que uno del Embajador flamenco, para venirme por este país. Aquí me hallo con nuevas dificultades, pero deseoso de agradar á VV., y conociendo son estas invencibles, me arrojé á entrar en Francia sin pasaporte. Los gastos que origina un viaje de esta naturaleza me harán arribar á París sin un ochavo y, aun si no puedo vencer los obstáculos que se me ofrecerán, quizá tendré precisión de volverme á esta, y entonces aguardar la determinación de VV. Desearía, por esta razón, me pusiesen VV. el dinero que les parezca aquí y en París á la vez, para si llego allá pasar al momento á Burdeos, y si me hacen volver encontrarme aquí con qué subsistir.

Yo, mamá mía, no soy un hijo degenerado; si he tenido un momento de error, les pido mil perdones, y no creo que será V. tan cruel que me los niegue. Besar el polvo que VV. pisan me parece poco cuando pienso en el cariño extraordinario que les merezco.

No soy ya aquel calavera de antes; he cambiado y no deseo otra cosa que abrazarles y mezclar mis lágrimas de ternura y reconocimiento á las de placer que VV. derramarán cuando mutuamente nos estrechemos á nuestros corazones.

Adios, padres míos, quizá no esté lejos el momento en que, con alegría, nos veamos y en que nunca nos separemos.

Cuidense VV. tanto como les ama su

Pepe.

Yo esta noche salgo en la diligencia: escribame V. á esta capital, con el sobre para mí, Hotel de la Paix.—Bruselles.»

No pudo, entonces, regresar a España ni lo consiguió hasta la segunda amnistía de María Cristina, permaneciendo, entre tanto, en París, de donde mandó a su padre la siguiente orden (único documento, escrito por él, que he podido encontrar, posterior á la carta de Bruselas), que se conserva en la Sección de Manuscritos de la Biblioteca Nacional.

«Al Sr. D. José (1) de Espronceda, Brigadier de los Rs. Extos., calle de San Miguel, 3. Madrid.

París 15 de Febrero de 1830.

Sírvase V. entregar á D.^a María Calderon la cantidad de veinte duros que he recibido de D. José Amorós, según aviso de este día.

José de Espronceda.»

Para confirmar las afirmaciones anteriores de que el amigo y compañero de Santarén y Londres, Sr. Hernáiz, acompañó en la repatriación a Espronceda, y de que éste debió ejercer en Inglaterra la profesión de *Maestro de Esgrima*, así como para demostrar lo excelentes que eran los policías de Fernando VII, voy a terminar mi tarea reproduciendo uno de los partes que se conservan en el citado archivo del Ministerio de la Guerra, dentro de una carpeta en cuya portada se lee: «*Espronceda y Delgado (D. José).—Célebre poeta.*»

El parte dice: «El Excmo. Sr. Conde de Ofalia me avisa la llegada á París de los llamados Hernaiz y Espronceda, cuyos verdaderos nombres, según la comunicación que he recibido de aquel Ministerio de Negocios Extranjeros, son Juan Antonio Hernaiz y José de Espronceda, procedentes de Inglaterra.

El primero sirvió de voluntario en el Regimiento núm. 10 de Caballería ligera que formaba parte del Ejército Constitucional, y el segundo es Maestro de Esgrima, y se han dado órdenes para no concederles pasaportes sino para Inglaterra.

El Sr. Embajador en París dice que puede contarse con que no se les darán pasaportes para el Mediodía de Francia, y que, de to-

(1) Siendo el nombre de su padre, Juan, debió de estar muy distraído el hijo, al escribir, cuando le puso José en la dirección.

dos modos, será muy conveniente tenerse en España conocimiento de sus señas, que no será difícil en el Ministerio de la Guerra, á fin de poder arrestarlos en cualquier parte donde se presenten.

Con esta fecha prevengo de Real orden el Sr. Conde de Ofalia que exija de aquel Gobierno no se den pasaportes a estos individuos para las provincias meridionales de Francia, ni menos para entrar en España; mandándome al propio tiempo S. M. que lo comuniqué á V. como lo ejecuto de su Real orden para los efectos convenientes en este Ministerio.

Dios guarde á V. E muchos años.—Palacio 17 de Abril de 1827.
Manuel González Salmón.—Sr. Secretario del Depósito de la Guerra.»

Lamento no haber podido encontrar más papeles autógrafos de este período de la vida de Espronceda; pero los copiados bastan para desvanecer algunos errores que han circulado hasta el día sobre su curiosa emigración.

Si les agradara a los lectores de LA ESPAÑA MODERNA, para los que expresamente he escrito este artículo, se dará por satisfecho

JOSÉ CASCALES Y MUÑOZ,

Cronista de Extremadura.

CURIOSIDADES TOLEDANAS

LA CUEVA DE HÉRCULES

A espaldas de la *calle de la Plata*, y casi perpendicular a ella, hay en Toledo una vía, estrecha como lo son todas las de aquella ciudad insigne, corta, y además sin salida, la cual lleva el de *callejón de San Ginés* por nombre.

Los edificios de la acera de la derecha, escasos en número, son vetustos, de poca altura y de vulgar aspecto, aunque alguno de ellos, donde estuvieron instaladas las oficinas del teléfono, conserva restos de yesería mudejar en sus estancias; el del fondo, es, si no estoy trascordado, parte de la casa del señor Alvarez Ancil, mi buen amigo, en la cual perduran curiosas yeserías mudejares, que dí a conocer con aquéllas, y sus aposentos fueron parte en los siglos xiv y xv de alguna casa señorial importante. La acera de la izquierda del citado *callejón* está formada por los tapiales de un solar, propiedad de mi amigo el Sr. D. José de los Infantes, en los cuales aparecen incrustados sin orden ni concierto, cierto número de marmóreas placas decorativas, de estilo que llamó mi Padre *latino-bizantino* clasificándole, y que siendo al período visigodo correspondientes, han sido publicadas en las hermosas láminas de los antiguos *Monumentos Arquitectónicos de España*, me pa-

rece que dibujadas por Ricardo Arredondo, poco ha fallecido, y en el tomo primero, después, de mi libro *Toledo*.

Del solar que cierran los tapiales dichos, proceden todas ellas; y como están a la mano, la gente menuda es siempre irrespetuosa, y el callejón, por carecer de salida, carece también de tránsito, han experimentado en sus labores las indicadas placas muy sensibles deterioros, los cuales continuarán, si Dios no lo remedia, hasta borrar en ellas toda huella artística, y destruirlas por completo, pues evidentemente merecen poca estima por parte del propietario y de la misma *Comisión Provincial de Monumentos*, a quien parece debían interesar estas reliquias, ya que no por su antigüedad y por su mérito, por lo que significan y por lo que valen en el concepto arqueológico.

Bien es verdad, que igual estima obtienen así el fragmento de pilastra, visigodo también, que hay empotrado y a medio destruir en los muros de la iglesia de *Santa Justa*, en la próxima calle, no más ancha, que a causa de tal reliquia, es denominada *de la Lechuga*, como los fragmentos, bien interesantes con verdad, que hay en uno de los torreones de la plaza de armas del romano *Puente de Alcántara*, con vuelta a la pendiente calle de la *Alhóndiga*, y otro que en el citado *Puente* figura, y que son asimismo visigodos.

El solar, a que especialmente aludo, lo es de un templo cristiano. Quedan aún de éste en pie, algún que otro trozo de muro, cuyas apariencias proclaman la mano de los adulteradores del siglo xvii o del xviii, e impresión honda y melancólica produce el espectáculo de aquella que fue casa de Dios, en la cual tantas generaciones de fieles han elevado su espíritu y sus súplicas al Eterno.

Porque la tal iglesia, con dimensiones menores, seguramente, que las del solar, fue erigida en el siglo vii por lo menos, y consagrada a *San Ginés*, cuya advocación llevaba, conforme declaran de consuno, respecto de la fecha, las placas mármóreas empotradas en el exterior de los tapiales, y respecto de

la advocación, el ajiméz, que logré del Sr. Infantes depositara en el *Museo Arqueológico Nacional*, y en cuyo partelúz se lee grabado el nombre de aquel santo.

Dicen los escritores locales, que al tiempo de la invasión musulmana fue convertido en mezquita el templo; y aunque ésto, por ser lo acostumbrado entre los conquistadores, resulte verosímil, no ha aparecido, ni se conoce, que yo sepa, reliquia alguna que lo corrobore, afirmando Parro, no sé con qué fundamento, que el centro de la iglesia conservaba la forma de *mezquita árabe*, redundancia de expresión inútil. El edificio primitivo, modificado o no, pues ya no puede comprobarse, subsistió en pie durante todo el período mahometano, para llegar a los días del rescate de Toledo en 1085; y consta documentalmente y por modo indudable, porque los documentos a que me refiero son por completo desinteresados, que, a lo menos, en la iglesia de *Sant Ginés (Sant Agnis y Sant Yinés)*, se celebraba el culto en la era 1159, año 1121, en contra de lo que aseguran el citado Parro y los que, sin recelo alguno, le siguen. Suprimido el templo y suprimida con él la Parroquia, pues tuvo tal carácter, fue adquirido el edificio por el padre del Sr. Infante, y demolido el año 1840, quedando en la forma que hoy ofrece.

Dentro de aquel recinto, sagrado un tiempo, que limitan los tapias mencionados del callejón sin salida, y que en el estado lastimoso en que es llegado a los presentes días, conserva algo aún de su carácter religioso, existe la llamada *Cueva de Hércules*: una de las antiguallas más sugestivas y más maravillosas de cuantas hay memoria en el complicado laberinto de la imperial y legendaria Toledo.

Porque, ¿quién no ha oído hablar medrosamente de ella, como de lugar misterioso, impenetrable y arcano, donde las más estupendas y espantables cosas al propio tiempo anidan? ¿Quién no ha leído algo, de lo mucho que respecto de ella han escrito de bonísima fe los autores antiguos y aun modernos?... ¿Quién no tiene, por lo menos, idea de lo que ha dicho, y aún

continúa diciendo, en tono más o menos bajo, con relación a tan singular reliquia, la parlanchina tradición, que viene a ser el «amarillo jaramago» de las cosas viejas?

Cuevas y covachas, existen muchas en Toledo. ¡Cuántas veces, recorriendo la ciudad, se tropieza en el caserío de las pendientes calles, con huecos sombríos y misteriosos, que se abren casi informes a flor de tierra, excitando invencible curiosidad, y que modestas industrias aprovechan y en ocasiones acicalan para mejorar su aspecto! Pero ninguna de ellas tiene el interés tradicional que la famosa *Cueva de Hércules*, y yo no sé si algunas de ellas habrán sido o no exploradas, ni si hay en su recinto nada que merezca ser notado.

Fabulosa leyenda, recogida por los escritores musulmanes y reproducida una y cien veces, con aditamentos nuevos, por los cristianos, venía desde el mismo siglo ix afirmando con el cronista Aben-Habib la existencia en Toledo de dos casas con riquísimos tesoros, cerrada la una no menos que por medio de veinticuatro candados. Estas casas—cuya situación topográfica en la ciudad no señalaron,—era ya tradición en el siglo xv, según el autor a quien sigue Gutierre Díaz Games en su *Victorial*, como una sola, edificada por Hércules, quien había allí dejado muy grandes riquezas enterradas, con puertas muy fuertes y muy fuertes cerraduras, mas los candados que de su orden habían ido colocando en ellas los reyes, y la amenaza de que el día que las puertas fuesen abiertas, «pasarían muchas naciones de gentes de Africa», y «destruirían toda la tierra despaña y la ganarían».

Pocos años después, en el mismo siglo xv, el Arcipreste de Talavera, Alfonso Martínez de Toledo, en su *Atalaya de las Corónicas*, convirtió en *Cueva* la casa o palacio de referencia, añadiendo que en una de sus estancias (palacio) había «una Estatua de piedra, grande, echada en una Cama», la cual efigie «tenía un rótulo en la mano, que decía que en el tiempo de aquel Rey que abriese aquella Cueva, sería perdida Castilla»; que en

el otro palacio había «un Pilar de estatura de un hombre alto, e sobre él una arca de Cristal non mucho grande, cerrada con un Calnado chico de aljófara», y dentro de la que se contenía el celebre «pañó pintado como de Moros a cavallo e a pie, con vallestas, pendones e Lanzas, e desía al pie de esta guisa: destos será la gente que ganaran a España»; y por último, que cuando el pobre rey don Rodrigo hubo visto esto al violentar la entrada de la *Cueva*, y se apartó de allí pesaroso, cerrando todo como antes estaba, «descendió luego un Aguila del cielo con un tizón de fuego en el pico, y púsole sobre aquella cueba, e con las alas encendió el lugar con el fuego del tizón, e quemóse toda la cueba e fízose ceniza; e luego vinieron ynfinidas aves del cielo e rebolaron tanto sobre aquellas cenizas, que las derramaron en alto», y que «vientos se movieron entonces a quatro partes que las lanzaron por toda España, e a la persona que tocaban tornábanla bermeja como de sangre, e todos los del Rey e los de la Cibdad, e del Reyno que esto vieron, supieron e oyeron, fueron maravillados e espantados».

Y no era para menos, ciertamente, si ocurrió lo que el bueno del Arcipreste dice, según lo cual no debió quedar rastro ni soñación de la *Cueva*, pues sus cenizas fueron por el viento esparcidas a las cuatro partes del mundo; mas esto no debió ser verdad, aunque el Arcipreste lo apadrine, porque la *Cueva* existe, y tanto, que si Gutierre Díaz Games parece indicar la de *San Ginés*, expresamente la identifica con ella el canónigo Blas Ortiz en el siglo xvi, al escribir su *Descriptio Templi toletani*.

El hecho es que, con efecto, en la parroquia de aquel título era antes de la demolición del edificio conocida y señalada una *cueva* cuyo «arco o puerta» de ingreso—decía no con gran claridad de expresión, en Marzo de 1840, un escritor local, poco antes, seguramente, de que la piqueta destruyese el templo,—«está en una bóveda de la misma iglesia», la cual *cueva* se hallaba a la sazón «llena de escombros y cadáveres», hasta el punto de encubrir «casi todo, advirtiéndose tan sólo la extre-

midad de la clave, y un poco del muro o tabique que cierra la entrada» (1).

Para dicho escritor, «el origen y principio de esta famosa *Cueva* es tan oscuro como la misma fundación de Toledo, que se pierde en la inmensidad de los siglos»; y localizada ya en aquella por Blas Ortiz la fabulosa tradición, dióse la imaginación de eruditos y de vulgares a buscar explicación sobrenatural y maravillosa a tal prodigio, a lo que no ayudó poco el famoso jesuíta P. Román de la Higuera, sagaz forjador de cronistas y crónicas, todavía alegados como si hubieran existido los unos y fueran auténticos los otros, por inadvertidos y crédulos autores.

Quién, atribuyó «la obra de esta *cueva* a Hércules el Griego»; quién, «al Egipcio, muy sabio en la magia, cuya facultad aseguran se explicó en su recinto»; «no faltan también historiador crédulo y vieja setentona que refieran, el primero en sus escritos y la segunda en sus veladas, que existe en la dicha *cueva* un gran tesoro escondido bajo de tierra, ocultado allí por los romanos»; es decir, las riquezas o «grandes algos» que, según el autor a quien sigue en el siglo xv Gutierre Díaz GAMES, dejó allí Hércules, las cuales «guarda día y noche un vigilante y fiero perro, que conserva las llaves *de estas grutas*, y tiene por oficio devorar a los que se acerquen con miras hostiles a tan ocultos lugares, no atreviéndose nadie a pelear con esa espantable alimaña, perpetuo centinela de las codiciadas riquezas» (2).

Tanto se dijo y se propaló por Toledo en orden a la misteriosa *Cueva de San Ginés* y sus prodigios, que a la postre movió todo aquello, en 1546, al Cardenal Síliceo a depurar la verdad de lo que hubiere. De lo que Salazar y Mendoza cuenta, se infiere

(1) D. Nicolás Vicente Magán, *Cueva de Hércules y Palacio encantado de Toledo*, artículo que publicó en su número del 29 de Marzo de 1840 el *Semanario Pintoresco Español*, pág. 100, y que debió ser escrito, naturalmente, antes de esta fecha.

(2) Magán, *ibidem*.

que mandó «limpiar y prevenir» al propósito la entrada de la dicha *cueva*; y hecho esto, «entraron—dice—por ella algunos hombres con lanternas y cuerdas, que yuan dexando para la buelta, y con prouision de comida y beuida». «Halláronla muy fresca, y húmida, por ser verano; y auiendo entrado por la mañana, salieron al anochecer.» «Declararon con juramento, que auiendo caminado como media legua entre Levante y Setentrion, aunque a ellos les pareció que quatro leguas, por el trabajo con que yuan, *toparon vnas estatuas, a su parecer de bronce, sobre vna ara, y que cayó vna de ellas con ruydo que les espantó.*» «Passando adelante, toparon con un golpe de agua, que no pudieron atrauesar, por no tener recado para ello, y causóles mucho miedo por la fuerça con que corría.» «Desde allí, —concluye—se boluieron, penetrados de el frío, y de la humedad, *y enfermaron, y murieron quasi todos*» (1).

¿Quién había de dudar de las declaraciones prestadas bajo juramento por aquellos hombres? ¿Quién había de poner en duda ni las maravillosas estatuas de bronce, que algo debían significar en tal y tan temeroso sitio colocadas? Allí se ocultaba algo que de lo natural excedía; y así, desatada la fantasía con tales y otras estupendas novedades, que publica el Conde de Mora, fue como la espuma creciendo y aumentando la fábula de manera que el visionario D. Cristóbal Lozano describía luego aquel lugar en sus sabrosos *Reyes Nuevos de Toledo*, como si lo hubiere visto, diciendo: «Va la *Cueva* por debajo de tierra, tan dilatada y larga, que *no sólo coge el espacio que hay hasta el cabo de la ciudad, sino que sale de ella por término de tres leguas.*» «Su fábrica es *magnífica, notable y primorosa, compuesta de muchos arcos, pilares y columnas, y adornada toda de labradas y menudas piedras*» (los «cantos labrados» que decía Gutierre Díaz Games). Allí había «otras cosas de grandeza y de primor», «quizá tesoros... pues en partes menos guardadas y secretas, donde vivieron los moros, sabemos y lo vemos cada

(1) *Crónica de el Gran Cardenal de España*, págs. 2 á 4.

día, que se han hallado y descubierto joyas y riquezas de sumo valor».

Aquella «Estatua de piedra, grande, echada en una Cama», que, según la expresión del Arcipreste de Talavera, se encontraba en el antro misterioso de *San Ginés*, habíala convertido en «vnas estatuas» de bronce, colocándolas «sobre vna ara», los exploradores de 1546; y Lozano, después de asegurar como de ciencia cierta que «a una manga o cabo de esta *cueva* hizo labrar Hércules un *palacio encantado*», reduce las estatuas a una sola, de bronce, pero de *figura espantable y formidable estatura*, plantada sobre un pilar de tres codos de alto, y con una *maza de armas* en la mano, con la cual daba golpes tremendos y continuos, sin duda para asustar las gentes.

Y todo ésto, se afirmaba después de la exploración mandada hacer por el Cardenal Silíceo, y que aumentó con el relato de los prodigios soñados sin duda entre reiteradas libaciones por los hombres que allí entraron, el prestigio sobrenatural de la *Cueva*. Treinta años más tarde de tal visita, manifestaba respecto de aquélla el párroco de *San Vicente*, Luis Hurtado Mendoza de Toledo, en la *Relación topográfica* de esta ciudad, año 1576, que era «tan estupenda, que por no poder sus çiudadanos dar de su viaje notiçia, le echaron una pared é muro que *á cinquenta pasos la cerrase*, la qual— agrega—mandó romper, abrir y limpiar en parte el Cardenal Silíceo, e con hachas entró en ella; mas dexó el començado deseo, á causa que halló mucho ympedimento de tierra y vasura e bajas argamasas para poder pasar adelante; créese según opinión del vulgo—expresa, —que *pasa debajo del rrio Tajo hasta Sevilla*, de lo qual—concluye,—no hay otro testimonio sino el ynçierto é ynfinito camino que tiene, e no auer paresçido más algunas personas que temerariamente han entrado» (1).

(1) Publicóse parte de esta *Relación* en el tomo VII de *El Arte en España*, págs. 259 y 260. Uua de las consejas que corrian entre el vulgo, respecto de la longitud de la *cueva*, es la de que «un muchacho despavorido, huyendo del justo castigo que le iba a imponer su amo, se entró sin

Puede, pues, juzgarse lo que habría de interesar el reconocimiento de la *Cueva*, aun después de haberla mandado «cerrar y lodar... para evitar de ese modo que nadie entrase», el referido Cardenal Silíceo, cuyos propósitos de erradicar la leyenda resultaron vanos, a consecuencia de las singularísimas declaraciones de la gente que de su orden penetró en el espantable antro, del cual se decía también, por quienes se creían saberlo, que sirvió para recogerse en él «los nigrománticos a enseñar sus malas artes Mágicas, y a sacrificios de carne humana,» o «a los Chistianos de escondrijo en tiempo de las persecuciones, para dezir Missa, confesarse, predicar y enterrarse, y para otros ministerios,» ni más ni menos que otras catacumbas, o que fue simplemente una *cloaca* labrada en la ciudad por los romanos, indicaciones que, sin decidirse por ninguna, hacía Salazar y Mendoza en su *Crónica* citada, y de la última de las cuales se erigía en defensor el académico D. Ignacio de Santiago Palomares en el siglo XVIII.

Mas si tal y tan terrorífica reputación obtenía con tamaño cúmulo de supuestos la dichosa *cueva*, entre no pocos eruditos y la totalidad del vulgo—crédulo y novelero siempre,—de otro modo, al parecer, debía pensar calladamente el clero de *San Ginés*, y con especialidad los dependientes del templo, conforme se verá más adelante; y como la época de los trasgos, de los duendes, de las fantasías y de las quimeras, si tuvo algún despeluznante recrudecimiento, más aparente que real, durante el período álgido del romanticismo, en el pasado siglo XIX, era ya pasado de moda, y el espíritu de la gente moderna, volteriana, descreída, y burlona de suyo, se avenía muy mal con semejantes historias, que parecían patrañas y consejas para amedrentar y dormir las criaturas,—unos cuantos oficiales del Batallón de Cazadores de *San Marcial*, que estaba a la sazón

reparar por ella adentro, y anduvo tanto espacio, que vino á salir á tres leguas de la ciudad, camino de Añover de Tajo» (Magán, art. cit., del *Semanario Pint. Español*, t. de 1840, pág. 100).

de guarnición en Toledo, y eran jóvenes de buen humor y nada timoratos; varios empleados civiles, con quienes ocurría lo mismo, y muchos jóvenes de la población, que alardeaban de *esprits forts*, concertaron, a principios del año de 1851, penetrar por sí y ante sí en la temerosa *cueva*, «resueltos a no abandonar su propósito hasta que descubrieran lo que había de cierto en el asunto» (1).

Un poco tarde era ya para la empresa. Habían transcurrido más de trescientos años desde que la intentó el Cardenal Silíceo (1546-1851); era de todo punto desconocido lo que en este lapso de tiempo había podido acontecer con la iglesia y con la *Cueva*, y a mayor abundamiento, la Parroquia había sido totalmente demolida en 1840, y aparecía como muy natural que los obreros demoledores hubiesen tropezado, naturalmente, con ella, y quién sabe en qué estado se hallaría, y cuál habría venido a ser la suerte de las estatuas espantables que allí dijeron existían desde el Arcipreste de Talavera, en el siglo xv, hasta el Canónigo D. Cristóbal Lozano, en sus regocijados *Reyes Nuevos de Toledo*.

No se cuidaron, sin duda, los animosos exploradores, de averiguar, por medio de alguno de los que fueron acólitos en el antiguo templo, cuál era el sitio donde la *Cueva* tenía su entrada por la iglesia; y como el área de ésta se hallaba cubierta aún por gran cantidad de escombros, hacinados y revueltos, preciso fue verificar excavaciones en distintos puntos, hasta que la casualidad premió sus afanes complaciente, consintiéndoles dar con la deseada entrada de aquel lugar, poblado de maravillas y de encantos, según la fábula había venido propagando largos siglos.

Aunque no estéril ni infructuosa la tarea acometida por los exploradores, no hubo de satisfacer a éstos, sin embargo, por lo cual desistieron de ella, seguros de que, cual dijo ya Palomares en el siglo xviii, la pretendida *Cueva de Hércules* nunca

(1) Martín Gamero, *Hist. de Toledo*.

había existido, sino en la fantasía de las gentes (1); pero uno de los jóvenes exploradores, D. Angel Magán—que no sé qué parentesco tendría con D. Nicolás Vicente Magán, autor del artículo publicado el año de 1840 en las páginas del *Semanario Pintoresco Español*,—indignado por el calificativo *ignominioso de cloaca* aplicado a la *Cueva* por Palomares, y aceptado en 1845 por mi Padre en la *Toledo Pintoresca*, publicaba en *El Herald*, periódico de Madrid, sendos artículos, zahiriendo de tal suerte a este último escritor, aunque sin citarle, que, promovida cierta controversia, dió ésta motivo «a un negocio de honor privado» entre ambos contendientes (2), del cual nunca oí hablar a mi Padre, ni tuve jamás noticia.

Del examen hecho personalmente por el autor de la *Toledo Pintoresca* citada, venía a resultar que las exploraciones de 1851 habían acreditado la existencia de un templo gentílico, en cuyo solar erigieron la iglesia de *San Ginés* los visigodos, y que la *Cueva*, la famosa *cueva*, podía «ser, sin dificultad alguna, la *cripta* o cuerpo subterráneo del templo que Toledo consagró a Júpiter o a otra deidad *majorum gentium*» (3), para lo cual había sido utilizada evidentemente antes y después del siglo XVI, a juzgar no sólo por el número de restos humanos que de allí recogieron o separaron los citados exploradores, sino los que el mismo propietario del solar, D. José de los Infantes, recuerda haber oído decir a su señor Padre encontró en el pavoroso antro, al verificarse la demolición de la iglesia,

(1) El docto Martín Gamero afirma con error en las páginas 194 y 195 de su *Historia de Toledo*, dada a luz el año 1862, que la suspensión absoluta de las obras fue consecuencia de cierto artículo publicado por mi Padre en el *Semanario Pintoresco Español*, y del cual hablaré luego. El error se desvanece al reparar en que el citado artículo lleva por título el de *La Cueva de Hércules en Toledo*.—*Las últimas excavaciones de la misma*, y que en él se da cuenta de las exploraciones hechas. El citado artículo aparece inserto en el número 48 del referido *Semanario*, correspondiente al 30 de Noviembre de 1851.

(2) Martín Gamero, nota de la pág. 194 de la *Historia*.

(3) *Semanario Pintoresco Español*, tomo de 1851, pág.: 383.

con lo que es fácil comprender cómo para el clero de *San Ginés* no había sido ni mucho menos desconocida la *Cueva*, cuando la tenía de luengos tiempos a enterramiento de los fieles dedicada.

Cerca del ángulo que al interior se forma al SO., en el solar de la antigua parroquia de los alfareros toledanos, y no a largo trecho de la tapia de cerramiento, en la cual se hallan incrustados los fragmentos visigodos de que hablé arriba, aparece la boca o entrada de la *Cueva*, que no es un «boquete de ladrillo», como ha dicho cierto autor, amigo mío, y que está habitualmente cerrada por una plancha o cubierta de hierro. Levantada ésta, aparece a la vista lóbrega cavidad subterránea de escasas dimensiones, húmeda, medrosa, que sirvió de bóveda de enterramiento visiblemente en la iglesia, con los muros denegridos y viscosos, y pendientes del techo, como tupido cortinaje, los movibles y finos filamentos grisáceos y polvorientos de multitud de repugnantes telarañas, que se adhieren a cuanto en sus oscilaciones tocan.

A merced de una escalera, que me fue facilitada al propósito, y procurando huir de las referidas telarañas, bajé al fondo del subterráneo; y en medio de la oscuridad que no lograban disipar las luces de que tuve que servirme forzosamente, a mis ojos se presentó el espectáculo desagradable de los escombros y restos de toda especie, amontonados sobre un suelo, que no es desde luego el primitivo. A mi derecha, es decir, en dirección a Levante, se dibujaban en la sombra dos robustos arcos de sillares de granito, denegridos y viscosos, de medio punto, pero completamente desornados, sin moldura alguna, abiertos en el muro longitudinal, de N. a S., que parece de mampostería, casi cegados por los escombros, pero el más septentrional practicable, aunque no libre de todo aquel detrito que el lóbrego recinto contenía en abundancia. Sobre ellos, voltea una bóveda de ladrillo, revestida al parecer de argamasa, y de la cual pendían, como he dicho, los hilos de las telarañas, siendo el muro de Poniente compacto y sin abertu-

ra alguna que parece de roca viva y formando de esta suerte el todo un recinto, casi rectangular, de 12 a 13 metros de longitud por 7 a 8 de latitud máxima, aproximadamente.

Por medio del uno de los dos arcos referidos, pasé a otro recinto, poco más o menos, de las mismas dimensiones que el anterior, también de planta rectangular, tendido en la propia dirección, si no estoy trascordado, y una bóveda de ladrillo, en las propias condiciones señaladas. Lleno de escombros asimismo, fueme dado advertir que tanto en el uno como en el otro extremo de este segundo y más interior recinto aparecían señales de comunicación, no del todo regular, cerrada, y que debió dar paso a otras galerías, cegadas quizás, y sobre las cuales se alza el caserío circundante.

Para mí, como para los exploradores de 1851, fue, pues, forzosamente necesario el detenerme, ante la imposibilidad de continuar más adelante, primero, porque carecía de autorización para intentarlo, y después, porque era desconocido en absoluto el estado en que podrían hallarse las indicadas galerías, tan abundantes en el subsuelo de la celebrada ciudad de los Concilios.

Lo que sí parecía resultar de cierto, es que aquellos arcos no son de fábrica moderna; que no son tampoco de la era medioeval cristiana, y mucho menos musulímica; que no son referibles a ninguna construcción visigoda, y que su aspecto y forma los llevan sin vacilación al período romano, con lo que se confirmaba el supuesto de mi Padre, enunciado en el *Semanario Pintoresco Español* de 1851, ya que aquello no presentaba ni reunía condiciones para estimarlo cual *cloaca*, según lo había formalmente pretendido el docto Palomares.

Como con la lobreguez de ambos recintos, debieron uno y otro adquirir disformes proporciones en la excitada fantasía de los últimos exploradores, a quienes he venido refiriéndome, aquel que parecía el portavoz de todo, el citado D. Angel Magán, no vacilaba en proclamar desde las columnas de *El Herald*, que la argamasa era «antiquísima», que los arcos eran

«magníficos» y de «colosales dimensiones», y que habían sido descubiertos «en una serie de cuevas enlazadas entre sí». Mi buen amigo y antiguo discípulo de *Historia de España*, el ilustre académico de la Historia y Conde de Cedillo, tan apasionado y tan conocedor de las cosas de Toledo, su patria, visitó antes que yo la *Cueva*, y en su *Guía Práctica de Toledo*, publicada en 1890, describela en estos términos: es un «recinto casi repleto actualmente de escombros, que no impiden, sin embargo, la entrada, ni hacerse cargo de lo que queda al descubierto». «Fórmanla (la *Cueva*) dos bóvedas de piedra (de rosca de ladrillo), paralelas y semicirculares, de indudable fábrica romana, unidas por *dos arcos* casi completamente cegados; en los extremos de la estancia hay ciertos boquetes o puertas tapiadas que sin duda comunican con alguna bóveda inmediata.» «Un estrecho recinto, en suma, rodeado en todas direcciones por roca viva» (1).

Lo que vimos el Conde de Cedillo en 1890 y yo en 1900, está de acuerdo en lo que de la *cueva* decía Gutierre Díaz GAMES en el *Vitorial*, hace más de 400 años, pues declaraba que era «de dos nabes», y dos naves resultan con efecto los dos recintos, haciendo practicable los dos arcos que les ponen en comunicación directa, y que D. Angel Magán aumentó en número, no sé con qué fundamento.

(1) *Guía Práctica de Toledo* (Toledo, 1890), pág. 890.—Otro querido amigo el ilustre D. Juan Menéndez y Pidal, que ha debido también visitar la *Cueva* antes de 1906, dice de ella: «Es un recinto estrecho de unos 10 $\frac{1}{2}$ metros de longitud por 8 $\frac{1}{2}$ de latitud, cercado en todas direcciones por la peña en que se abre.» «Allí se ven dos galerías paralelas, formadas por macizos muros de sillería, que reciben sendas bóvedas de ladrillo, revestidas de muy dura argamasa cuyas bóvedas voltean sobre tres robustos arcos de piedra.» «Por dos, cegados hoy casi totalmente, se comunican esas naves, y en sus extremos hay puertas tapiadas que probablemente dieron paso a alguna inmediata bóveda.» (*Leyenda del último rey godo*, Madrid, 1906, pág. 40, nota.) A pesar de que el Sr. Menéndez y Pidal dice que son tres los arcos, yo no he visto sino dos, como el Conde de Cedillo.

A esto es a lo que han quedado reducidas tantas fantasías, tantas y tantas quimeras, tantas y tantas medrosas supersticiones y tantas maravillas como soñaron las gentes y acogieran cual artículo de fe no pocos escritores... Y aunque yo no podía suponer que iba a encontrar nada de aquello, me había hecho la ilusión de que la *Cueva* sería algo grande, algo que por sus condiciones hubiera sido merecedor y digno de engendrar la leyenda, de perpetuarla de generación en generación y de siglo en siglo, hasta llegar casi hasta nosotros sugestiva, aunque mi Padre, que era hombre serio y concienzudo, aseguraba en 1851 que la *Cueva de Hércules* había muerto!

Aquello, por muy *cripta* de un templo gentílico que se estime, por muy romana que su fábrica resulte, era, ciertamente, y al fin y al cabo, el *ridiculus mus* del parto de los montes! A mí, como con gráfica expresión pintoresca dicen los andaluces, ante el espectáculo que allí presencié, *se me cayeron los palos del sombrero...*

Y, a la verdad, que, por muchas y muy grandes que mis suspicacias sean, y por poco propenso, que se halle mi espíritu a dar crédito a cosas tan estupendas cual las propaladas con relación a la famosa *Cueva*, sentí muy de veras que de tal suerte vinieran al suelo de golpe y para siempre cuantos prodigios habían forjado sin tasa las generaciones, a propósito de cosa que no lo merecía...

Sic transit gloria.

RODRIGO AMADOR DE LOS RÍOS

ESPAÑA FUERA DE ESPAÑA

En el libro recientemente publicado *L'Arte contemporanea alla Esposizione di Roma del 1911*, el ilustre crítico Leandro Ozzola dice respecto de nuestra patria lo siguiente:

Pintura española.

En las salas de esta sección se goza como un valiente y jocundo desquite del sentimiento colorista meridional contra la ausencia de las medias tintas septentrionales. Es la expresión alegre del alma y de los ojos que tienen una historia pictórica y un sol, que brota bajo la anodina compostura del mutismo septentrional, nacido a la forma del arte en el siglo de los sanatorios.

Y esta primera sensación de vida, de sangre todavía roja, de ojos todavía brillantes, mantiénese en todas las salas, en las que sonríen los colores, como en las hermosas campiñas que conocen el fuego de los rayos solares, y de estos rayos dimanar la irrupción luminosa y el sonoro y dramático lenguaje. Es la plena satisfacción de encontrar todavía un país del mundo pictórico que no se mortifique y no nos mortifique, en donde el sol resplandezca aún como en nuestra casa.

España puede sentirse orgullosa de la segura conciencia de su arte, y de estar representada oficialmente por un artista

más completo y más vario que sus grandes hijos disidentes, Zuloaga y Anglada. Sorolla, el triunfador del pabellón, se presenta con tal diversidad y complejidad de carácter, con tan seguro y fácil dominio de la propia expresión, que denuncia todo el esfuerzo y la fatiga de sus dos compatriotas, los cuales, para llamar la atención en la vida parisiense, acuden a recargar su vestuario pictórico, dedicándose, con propósito ostensiblemente sistemático, a exagerar el carácter de la propia fisonomía hasta en la simplificación decorativa.

En la sala de este pintor, quizá demasiado llena de lienzos, asombra, desde luego, la facilidad con que el artista puede pasar de una visión a otra sin preferencias, sin hábitos de temas escogidos, sin convencionalismos de estilo, con la facilidad misma con que en la vida se pasa del campo a la casa, del monte al mar, del sol a la sombra, de la plena luz del aire libre a los reflejos de una iluminación artificial. Artistas que tengan esta riqueza de visión son tan raros en nuestras Exposiciones, que hacen el efecto de millonarios pródigos, frente a la cauta parsimonia de los que apenas pueden variar los cuatro o cinco tonos, que se han habituado a poner juntos desde el día que con ellos hicieron fortuna.

La riqueza de los medios de Sorolla en su visión es muy evidente también en la desenvoltura con que afronta ese elemento de la verdad, que en la pintura contemporánea ha llegado a ser un lujo poco frecuente, el relieve. Mientras que los cuerpos posean tres dimensiones: longitud, latitud y profundidad, cualquier arte, que reproduzca superficies y quiera dar la ilusión de un volumen, será siempre un arte con una dimensión menos, y no habrá modo que le pueda absolver de la falta de suficiencia en que ha incurrido, y le pueda abrir las puertas que la encierran en el campo de la simplificación decorativa, por florido y espléndido que tal campo pueda parecer o ser.

Cuando Sorolla pone la figura al aire libre, como en la «Hija enferma», como en el «Muchacho al sol», como en los

otros numerosísimos lienzos, o bajo el velo de la sombra, como en el «Gobierno de la barca», no olvida que aun al aire libre, si la dimensión de la profundidad se atenúa, no se destruye, y la reproduce todo lo más intensamente posible. Todas estas visiones suyas al aire libre tienen además una espontaneidad, una facilidad de ejecución, una inmediata impresión y una eficacia de expresión que le ponen al nivel de Zorn, y a menudo le superan. Sorolla es de pincelada tan fácil como la de Zorn; así, a veces llega a desenvolturas que el noruego no ha alcanzado quizá, como en ese «Muchacho al sol», que parece casi hecho de una pincelada sola.

Por añadidura, el pintor español tiene sobre Zorn la ventaja de una luz de más colores, mientras que el noruego, a pesar de todos sus esfuerzos en contrario en la elección de los modelos, se ve obligado a manejar siempre el gris por la naturaleza misma del cielo bajo el que pinta y el hábito visual que de esto procede.

La complejidad de la naturaleza de Sorolla se aprecia más especialmente cuando se concentra en la figura de retrato, género en el que teme a pocos rivales en Europa. Sabe ver el modelo en su ambiente sin descomponer la síntesis en minucias analíticas, sin suprimir el espejismo del medio atmosférico que se obtiene con la visión a distancia y da la ilusión de la imagen real. No llega nunca a la expresión escultórica y completa de nuestro Mancini, pero iguala la de Zorn y la de Sergent, mientras que posee también el sentido de elegancia decorativa de estos dos. Con Sergent y con Laszlo puede competir victoriosamente en la espontaneidad de los movimientos, en la viveza fisionómica y en el carácter del tipo.

Mientras que el retrato del Sr. Beruete, en negro, con el rostro todo concentrado en la mirada, llega a la máxima solidez plástica y profundidad de carácter de la pintura impresionista contemporánea, el del Duque de Alba es de una claridad de interpretación, de una vitalidad de expresión en el movimiento facial, que hace pensar en las audacias de Zuloaga, sin

caer, sin embargo, como éste, en la simplificación de la figura.

Este es el artista que, en nuestra opinión, representa la serenidad y la complejidad latina de los buenos tiempos antiguos y de alguna excepción moderna. Sin embargo, pocos compatriotas suyos le siguen, tal vez mejor que todos, Rusiñol, con su poética y triste interpretación del paisaje, como es notorio, o sea, con la mínima estilización y la máxima intensidad posible. Son, casi todos, interiores de jardín, vistas de «arquitectura verde», planos amplios, quizá demasiado, con cabrilleos de sol radiante o tenues, frescas y suaves sombras que se extienden a lo largo de un camino o sobre el límpido follaje.

Los otros pintores españoles, salvo Benlliure, tan conocido aquí en Roma, gustan casi siempre de *estilizar*, ya en la amplitud de los planos que ven con geométrica claridad, ya en los tipos y en la expresión (harto a menudo de viejos y feos personajes toscos con ojos bizcos), ya en los colores violentos con cierto dejo de prerrafaelismo alemán, del género de Zwitscher, y de característico al estilo de Zuloaga. De todos modos, casi todos presentan una seriedad de intentos, una seguridad de visión sintética, un vigor de composición, un sentido viril del color, que la muestra sea por extremo simpática, noble y vivaz. Noto, entre otros, a Zubiaurre, que tiene casi una sala; a Benedito con tres bellas cabezas de viejos, a Moreno Carbonero con dos fuertes retratos, a Hermoso con una porción de muchachos y otros muchos más. Uno de éstos, Sotomayor, requiere mayor atención, con un profundo retrato de hombre, de medio busto, sobre un fondo de paisaje. Es la bella tradición del realismo, tal como la inició Velázquez, y que responde ahora noblemente.

Zuloaga

Zuloaga y Anglada son dos nombres ya indisolublemente asociados en la mente de los visitantes del Valle Julia, y no seremos nosotros quienes nos atrevamos a destruir la tradición

y a separar lo que la voz del pueblo ha unido tan inexorablemente.

A propósito de Zuloaga, se suelen siempre evocar los nombres de Velázquez, Greco y Goya, como los de sus directos antepasados en el arte pictórico. Esto puede ser verdad si se entiende que él continúa el realismo un poco caricaturesco de aquellos tres maestros, pero no como expresión pictórica. El nombre de Velázquez, citado más que nada por la semejanza del *Enano Gregorio* con los *Enanos* famosos de D. Diego, está, a mi entender, fuera de lugar. Poner juntos a Velázquez y Zuloaga es absurdo, además de irreverente, para el primero.

Basta observar que éste introduce en su definición gráfica la línea y el contorno, que constituyen la expresión de la imagen mental formada por nuestra memoria, que Velázquez tiene la eterna gloria de haber abolido definitivamente el camino progresivo de la pintura.

Para explicar mejor la diferencia entre las dos pinturas, hagamos una comparación cualquiera entre un *Enano* de Velázquez y el *Gregorio* de Zuloaga.

D. Diego empieza un lienzo por el fondo, porque de él necesitaba tomar el motivo fundamental de luminosidad que le permitiera modular en torno de la figura la profunda y compleja sinfonía del claroscuro, con que obtiene la definición del volumen, el relieve y el destacamiento de un cuerpo en el ambiente, y la vida de un organismo en una atmósfera real. El proceso de Velázquez, es el de expresar en el espacio una forma verdadera, llenándole por completo de claroscuro, tal como hace la luz en la realidad, al posarse y deslizarse sobre los infinitos planos de un cuerpo sólido.

Todos pueden, en cambio, comprobar que los fondos de Zuloaga son accesorios decorativos, de naturaleza neutra, puestos allí para llenar los retazos de lienzo, que aparecen entre el contorno de una figura y la forma del marco. Son armas mudas, que no tienen otro oficio que el de hacer que se oiga más la voz de la figura, a la que, contra la voluntad del pintor, da-

ñan. Por ejemplo: el Enano Gregorio es una imagen del más crudo realismo; ¿bajo qué cielo se encuentra? No lo sabéis, por que aquella superficie oscura, tachonada de manchas claras, no tiene ninguna relación con la realidad. Por esto se ve uno obligado a llevar al mundo fantástico una pesada imagen de nuestra tierra, obligando a nuestra mente a recorrer un camino bastante peligroso de integración, lo que no puede ser ventajoso para la expresión estética que siempre quiere ser inmediata y completa. Estos fondos, Zuloaga los ha tomado, en parte, del Greco, y en parte, de Goya. De Goya ha tomado el corte de la composición. Esa soberbia majestad de una figura que campea sobre el cielo a la vista de amplias calles con fondo de ciudad, es uno de los motivos fundamentales de Goya, de los que la pradera de San Isidro, en forma un poco diversa, ofrece el ejemplo más acabado. Goya, sin embargo, concluía meticulosamente cielo y ciudad; en cambio Zuloaga, por lo que respecta a la ciudad, se ha inspirado en la expresión sintética de Cottet, y en cuanto al cielo en las fantasías de ciertos cuadros del Greco. Pero el artista no ha pensado que las visiones del Greco, si estaban bien en su puesto para representar el cielo ideal de los santos en los cuadros religiosos, no podían, con igual acierto, representar la prosaica atmósfera de nuestra morada.

Zuloaga, una vez entregado a sus procedimientos para lo que quiere representar, los extiende muy a menudo a la figura humana de la que cuida las partes que más interesan a la expresión, la cara y las manos, dejando todo lo demás en una tal amplitud de planos y tal parquedad de artista, que falta a menudo el necesario relieve para dar el aspecto de cuerpo, y la necesaria complejidad característica para dar la ilusión de la carne.

También estas son insuficiencias de expresión, porque, ver formas que carecen de verdad en cuadros que acusan la intención declarada de expresar la más cruda realidad, es dejar una vez más a la fantasía la misión de suplir y proporcionar a la

mente la fatiga de integrar, o sea el no decir toda la visión propia y dejar una parte en la sombra.

Está absolutamente fuera de lugar un parangón psicológico entre las figuras de Velázquez y las de Zuloaga; porque éste entiende representar tipos, mientras que D. Diego afrontaba la individualización de caracteres completos y complejos. El Enano Gregorio, en efecto, no es sino un ejemplar de deformidad física, mientras que los de Velázquez encierran la tragedia de la luz espiritual encarcelada en las tinieblas de la deformidad corpórea.

El simplicismo psicológico de Zuloaga está evidentísimo en la figura del filósofo Melquiades, a cuya grosera fisonomía en vano se preguntaría la naturaleza de las teorías que se albergan en el cráneo abombado, el cual, sin embargo, se alza sobre unos ojos pensativos. Ciertamente, la respuesta a estas preguntas es sólo de los grandes maestros, de Rafael, por ejemplo, que podía en la escuela de Atenas, adivinar la máscara de Voltaire para la representación del escepticismo.

Pero si la comparación del arte de Zuloaga con la de sus predecesores, comprendido el genio desordenado de Goya, da un resultado completamente desfavorable para el artista moderno, éste puede hallar todo su valor en una comparación con los representantes del arte contemporáneo. Entre éstos, el pintor español puede aparecer como uno de los más brillantes y fáciles ilustradores de los tipos y los sentimientos característicos de su país.

Zuloaga sabe, como pocos modernos, percibir e imprimir al lienzo una impresión, ya de contorno lineal, ya de color. Su dibujo es nervioso, extraña y original su gama, hecha de gris negruzco, de verdes esmeraldas, de rosa y de rojos grana y de otros pocos tonos. Un poco monótonas son sus carnes rosadas o empastadas de carne, pero siempre llenas de vida las caras, contorsionadas en un gesto de sonrisa, o sombríamente recogidas en la expresión de la mirada; y siempre ágiles y en mo-

vimiento como instantáneas las actitudes características de sus figuras.

De la realidad externa gusta recoger, no la belleza plástica o la nobleza moral de la gloriosa tradición italiana, sino las formas de las neurosis femeninas más vulgares y las de la más rara tipología popular. La elección de los asuntos demuestra en el artista el predominio del sentido característico, que el ejercicio continuo y el deseo de definir cada vez mejor la propia personalidad en un ambiente nivelador como el de París, en donde vive, le ha hecho más tiránico y exclusivo, con daño de las otras facultades pictóricas. De todos modos, aunque las obras de Zuloaga puedan parecer ilustraciones en lienzo, como lo es la mayor parte de la facilísima y mercantil pintura moderna, son, sin embargo, endiabladas ilustraciones, llenas de tan fácil «verbo», de tan rico sentido de la vida, que constituirán en lo futuro uno de los libros más agradables de recorrer entre cuantos documentos pictóricos de la hora presente puedan sobrevivir. Representarán, por decirlo así, en la historia de la pintura nuestro artículo de periódico frente a los tratados del pasado.

Anglada.

Más audaz todavía que Zuloaga es su compatriota Anglada y Camarasa. La *estilización* de la forma y del color a que este pintor ha llegado, rivaliza con las más desenfrenadas expresiones de la pintura moderna; sin temor a exagerar, puede considerársele como el Klimt de la pintura latina.

Cuando el público entra por primera vez en la vasta sala que ocupa este pintor, no puede evitar un movimiento de estupor, y a menudo se oye exclamar en alta voz: ¿Qué efectos son estos? Es la expresión de quien se encuentra metido de improviso entre una multitud de figuras presas de las más extrañas contorsiones, en medio de la zarabanda de una estupenda gama colorística de azules, rojos, amarillos, entre los que hay mucho azul cobalto, rojo sanguíneo y amarillo de oro.

Y el público, avezado a la calma de las actitudes estatuarías, a la melancolía de las medias tintas, mira en rededor, asustado, en busca de un rincón donde reposar la mirada; pero no lo encuentra, porque si se pone a observar, ve caballos violados y de azul turquí, caras negras de africanos, cuerpos sin bustos, rostros de perfil con ojos de frente, y entonces sale descontento; pero al salir, si tiene algunas condiciones para comprender un tanto el lenguaje del arte, se da cuenta de que en los lienzos de las otras salas hay algo triste, pálido, frío, y concluye por convencerse de que en aquellas raras figuras se oculta un fuerte acento de vida, vida de gestos, de fisonomías y, sobre todo, de luz.

Puede decirse que Anglada percibe la realidad externa a través de manchas de color; y como su sensibilidad es intensa, gusta de los colores más fuertes, más ricos, más capaces de sonido y de variedad. Y estos colores los busca, naturalmente, en los asuntos que mejor se prestan, como fantasías nocturnas y esplendores de costumbres, tales como su España puede ofrecerle con lujo sin igual.

Su expresión pictórica a primera vista, en la paradójica concitación, recuerda la obra del Greco, de cuya fortuna ha tomado ciertamente el autor la incitación a las audacias; pero aquélla es más bien un derivado de la técnica de Monticelli, en unión con la de los más recientes sintéticos, secuaces de Cezanne.

Monticelli, en sus reducidos cuadros, había hecho como un compendio de las más ricas y brillantes coloraciones hasta entonces conocidas, usándolas con tintas vírgenes y pinceladas pequeñas, violentamente aproximadas y superpuestas. En estas fantasías se inspiraron los primeros cuadritos de Anglada, el cual, para dar una razón más concreta de sus tintas, ideó representar escenas nocturnas o bajo reflejos de luz artificial. Sólo que a las pinceladas cortas de Monticelli ha unido también las zonas monocromas de los sintetistas, los cuales, con este medio, quieren volver a los acentos sencillos del colorido antiguo.

Es sustituir la complicadísima y profunda sinfonía de la realidad por cualquier motivo característico de ella, alargándolo con la fácil melodía decorativa. Sin embargo, semejante procedimiento lo usa solamente Anglada para los fondos o alguna otra parte pequeña, y aun en las zonas monocromas varía con mucha riqueza los tonos de una misma tinta, para no incurrir en monotonía.

Para idear sus visiones coloristas, toma apuntes de la realidad, a menudo de memoria, de cualquier motivo de luz nocturna o de cualquier modo extraño, y luego, con reflejos coloreados, los proyecta en sus modelos, alargando, sin embargo, y modificando los motivos que le ofrece la realidad, según su visión de recuerdo y según su preordenada intención decorativa.

Para hacer todo esto se necesita, naturalmente, ser poeta, o sea sentir en el alma una profunda resonancia de armonía colorista, y tener en la memoria y en la mente una tenaz facultad de recuerdo, y una agilísima habilidad de combinación y de síntesis. Y así es, en efecto; y hace tiempo que Anglada figura entre los más originales y exquisitos coloristas de la pintura contemporánea. Y su saber colorístico no es solamente una cualidad extrínseca de su arte; sino que el soberbio ropaje cromático de sus cuadros tiene para él el mismo valor de interpretación psicológica, que para sus gitanas el fastuoso esplendor de los atavíos con que se engalanan y se pavonean con rítmica solemnidad. Estas tintas deslumbradoras y sabrosas, como dicen los franceses, representan el «color moral» de la escena.

En el *Paso gitano*, por ejemplo, el oro resonante de la figura en plena luz, en contraste con las tintas fuertes, verde, turquí y rojo, en penumbra, de las otras dos, es el más eficaz orquestral cromático que se pueda idear para acompañar el misterioso sentido de coquetería y de cautela que hay en los gestos de las figuras, de lujo y de miseria, de esplendor y de abnegación que hay en su vida. Así, en el otro cuadro, *Mercado*

de granadas, la lujuriente madurez de un montón de granadas, amarillas y rojas como oro y sangre, se confunden con el brillo argentado del ropaje de una muchacha tumbada al lado.

Y sobre tanta belleza, en la penumbra del puesto entoldado, está encorvada y recogida la anciana madre, vestida de oscuro, con la mirada fija en el lugar en que se encuentra su doble tesoro. En esa penumbra, que llena la mitad del cuadro; en ese esplendor chispeante de rojo y oro, estriba todo el encanto de esta escena, que aparece como un ensueño, como una fantástica riqueza de luz, entrevista, pero inapoderable.

La concepción colorista que Anglada tiene de la realidad externa, induce al artista a mayor eficacia en los lienzos pequeños, porque los motivos cromáticos, o, en lenguaje pobre las manchas de color, en su cualidad específica, cuanto más extensas menos susceptibles son de variedad, y por esto resultan uniformes, monótonas. Un ejemplo. El vasto lienzo de los *Enamorados* representa un grupo de tocadores, casi de tamaño natural, que rasguean sus guitarras bajo el cielo estrellado, ante el fondo de las blancas paredes de unas casas. El juego del color se mueve entre estos términos, el azul del cielo, el blanco de las casas y el castaño oscuro de las figuras, los cuales términos (que por la brevedad hemos simplificado) ocupan vastas superficies, diluyendo una sensación, que podía ser mucho más intensa en menores proporciones, puesto que es ley suprema de arte que el éxtasis de la sensación es lo absolutamente contrario del sentimiento estético.

No es esta la sola razón de inferioridad de expresión de los cuadros grandes respecto de los pequeños. Como el artista atiende preferentemente a la sensación colorista, cuida poco y reproduce mal la plástica de las figuras humanas, las cuales están a menudo desdibujadas, y carecen más a menudo todavía de relieve, como si los cuerpos tuvieran zonas neutras, sin volumen, o apenas esbozado por una superficie plana. Tal deficiencia de interpretación tiene que traducirse en falta de expresión, viéndose el ánimo del espectador obligado a suplir con

la propia fantasía y a acomodar, digámoslo así, con la propia vista interna lo que está incorrecto o falta.

Ahora bien, tales incorrecciones de forma y faltas de plástica son tanto más ostensibles cuanto mayor es la figura.

En la transcripción en grande de las visiones de Anglada son más visibles también otras diferencias, como la repetición de los tipos y de las actitudes, y su aspecto, más que característico, caricaturesco.

Los asuntos del artista se pueden, en efecto, dividir en dos categorías: o una visión escénica de trajes, o una acción agitada de movimientos. Pertenecen a la primera los cortejos de mujeres y muchachas, que bajo diversos títulos ocupan varios lienzos, y se resumen, por decirlo así, en el gran panel, no terminado, titulado *Fiestas de Valencia*. En la segunda serie se pueden incluir todas las escenas de café concierto, de gitanas y guitarristas, que tienen tal vez la más intensa expresión en el cuadro *Las danzas de Córdoba*, no expuesto aquí, y que están como agrupadas en el grandioso panel que lleva el título de *Danza gitana*. En las composiciones de aquellos lienzos, la variedad consiste solamente en las diversas coloraciones, porque el tipo femenino y el de los caballos es siempre, o casi siempre, el mismo. El tipo femenino está expresado con gusto arcaico, con grandes ojos muy distantes y vistos muy de manifiesto aun en los perfiles.

En las composiciones dramáticas es uniforme el tipo masculino y femenino, largo, huesudo, de mandíbulas pronunciadas, nariz aguileña sin concavidad y con remango en la raíz: los ojos, siempre distantes, tienen en su colocación algo de los de la gallina y algo de los chinos. Las actitudes son de las más violentas, con tendencia a la caricatura.

LEANDRO OZZOLA

BEATRIZ DE ARAGÓN, REINA DE HUNGRÍA

(1457-1508)

LIBRO PRIMERO

Infancia y juventud.

I

La princesa italiana que estaba destinada a ser la mujer del rey más glorioso de Hungría, Beatriz de Aragón, nació en Nápoles el 14 de Noviembre de 1457 (1). Era la hija legítima de Fernando—en italiano Ferrante,—entonces príncipe de Calabria y heredero del trono de Nápoles, y de su mujer, Isabel di Chiaromonte. Las fuerzas del destino parecieron decidir su porvenir desde la cuna, puesto que su nacimiento no precedió más que dos meses al día de invierno en que la nobleza media, reunida sobre el hielo del Danubio, y los Magnates deliberando en la fortaleza de Buda, proclamaron por unanimidad a Matías Hunyadi rey de Hungría (2).

Aunque la casa de Aragón estuviera muy orgullosa de ser

(1) *Cronica di Napoli di Notar Giacomo*, Napoli 1849, pág. 99. *Le Cronache degli antichi Ri del Regno di Napoli*, di D. Gaspare Fuscolille, Archivio Storico per la Province Napoletane, I. pág. 49. Guilliano Passero (*Storia in forma di Giornali*, Napoli 1785, pág. 26), pone el nacimiento de Beatriz en 11 de Noviembre, pero también en un lunes, como Notar Giacomo y Fuscolillo, en 1457; el lunes cayó en 14 de Noviembre. Véase también Nicolo Caputo: *Desdenza della real Casa d'Aragona nel Regno di Napoli*, pág. 47.

(2) El 24 de Enero de 1458.

desde tiempo inmemorial una casa soberana, su reinado, en Nápoles, no databa, sin embargo, de muy larga fecha cuando el nacimiento de Beatriz. Sentaba también sus pretensiones al trono de Nápoles en la persona de la hija de Manfredo, Constanza, mujer de Pedro III de Aragón; las hizo valer sobre la isla, libertada del odioso reinado de los Anjou por las Vísperas Sicilianas. Pero Alfonso I fue el primer miembro de la casa de Aragón que reinó en el Estado napolitano; pidióle ayuda, en 1420, la reina Juana II de Anjou, que se encontraba en las más graves circunstancias. El carácter vacilante de la reina cambió bien pronto de disposiciones respecto de Alfonso, y, por una decisión que debía ser el germen de innumerables discordias, nombró heredero a su pariente, Renato de Lorrena. Alfonso I no logró apoderarse de Nápoles sino mediante un sitio, después de la muerte de Juana y de Luis, en 1442, y no pudo asegurar a su dinastía ese trono de Nápoles, con los de Aragón, Valencia, Sicilia y Cerdeña, sino poniendo fin a la larga y en general nefasta dominación de la Casa de Anjou (1).

Beatriz pudo tener siempre ante sus ojos, en sus años de infancia y juventud, los bajorrelieves colocados a la entrada de Castello Nuovo, que proclamaban las glorias de su abuelo Alfonso. Aquella entrada fue transformada en arco de triunfo por el conquistador de Nápoles, con arreglo a los planos de Francisco Laurana, de Isaías de Pisa, de Andrés de Aguila y de sus compañeros, y, según algunos, de León Bautista Alberti. Las placas de mármol del pórtico representan a Alfonso yendo a la guerra y viniendo de ella, rodeado de sus capitanes, de los grandes del Estado y de sus cortesanos. La inscripción del frontón le llama «regum princeps», «devoto, creyente e invencible»; unas figuras de mujeres simbolizan sus virtudes; un dibujo, que representa un cortejo, inmortaliza sus victorias, según el modelo del cortejo de los triunfadores romanos.

(1) Gio. Antonio Summonte: *Historia della Città e Regno di Napoli*. Napoli, 1675, III, pág. 2 y siguiente.

Por lo demás, el carro de triunfo de Alfonso, representado en este relieve, pudo ser parecido al que montaba cuando entró en Nápoles por la brecha abierta en el muro de la ciudad. Beatriz pudo verlo todavía encima de la puerta principal de la iglesia de San Lorenzo, en donde estaba puesto, en conmemoración de este acontecimiento (1).

Alfonso I es «uno de los hombres más brillantes y más románticos del siglo xv» (2); sus contemporáneos no le admiraban solamente a causa de las victorias que obtuvo por las armas, su habilidad diplomática y su elocuencia; se le quería también por sus cualidades caballerescas, verdaderamente principescas, merced a las cuales pudo vivir en medio de sus súbditos, sin guardias y sin armas, cosa rara en aquella época (3); Beccadelli, el poeta de la corte de los Aragón, y otros más, han hecho relatos casi fabulosos de la afición apasionada de Alfonso por los clásicos latinos y de su generosidad con los sabios y los escritores.

Pero «como fundador de una casa soberana y como organizador, no conquistó méritos» (4); sus guerras hicieron que recayeran pesados impuestos sobre el pueblo de aquel país, por cuya felicidad no hizo nada, propiamente hablando; su prodigalidad vació el tesoro y enriqueció a algunos ingratos, de tal suerte, que dejó a su sucesor una situación difícil y turbada.

Los años que precedieron y siguieron inmediatamente al nacimiento de Beatriz fueron muy penosos para el reino de Nápoles. En Diciembre de 1456, un espantoso terremoto asoló el país; derrumbáronse muchos edificios en la capital y hubo

(1) Allí estuvo hasta 1850, C. de Fabriczy, *Der Triumphbogen Alfonsos zu Neapel*. (Jahrbuch di preuss. Kunstsanunlungen, 1877, pág. 7.)

(2) Jhon Addington Symonds: *Renaissance in Italy*, London, 1882, I. (The age of the despots), pág. 518.

(3) Pasquale Villari: *Nie. Machiavelli e i suoi tempi*, Firenze, 1877, I. Introduzione, pág. 79.

(4) Lodov. Antonio Muratori: *Annali d'Italia*, Venecia, 1833, XLVI, página 31.

numerosas víctimas en Brindisi (1); la opinión pública consideró esta calamidad, así como la aparición de los cometas y una peste que estalló poco después, como presagios de la muerte del rey, que ocurrió al poco tiempo, el 27 de Junio de 1458; en efecto, Alfonso el Magnánimo murió en Castello dell'Ovo, o Castillo del Huevo, que estaba en aquella época fuera de murallas. El rey se había hecho transportar allí poco antes de su muerte, para evitarse del contagio que cundía por la ciudad, según él dijo, pero probablemente por medida de precaución, para que su sucesor pudiera entrar en posesión del castillo real y hacer frente a las revueltas que podían esperarse.

Alfonso, que no tenía hijos legítimos, legó los países hereditarios de la corona de España, así como Sicilia y Cerdeña, a su hermano Juan, pero eligió a su hijo natural, Fernando, príncipe de Calabria, y padre de nuestra Beatriz, para sucederle en el trono de Nápoles. El origen del príncipe heredero agravaba más la situación: no que en Italia se considerase entonces el nacimiento ilegítimo como un obstáculo serio para la sucesión; al contrario, aunque hubiera un hijo legítimo, el hijo natural heredaba, lo mismo que aquél, los bienes y las dignidades, y la primogenitura y la distinción personal daban incluso a menudo más derechos que la legitimidad del nacimiento. Pero el nacimiento de Fernando estaba envuelto en el misterio, el mismo origen de su madre no estaba claro, y algunos han buscado al padre de ésta no en el trono, sino entre las clases más bajas, entre los españoles, los turcos, hasta en los negros (2). Sin embargo, combinando las fechas, podemos tener por verosímil que era hijo natural de Alfonso y de Gilardona Carlino, noble dama de Valencia, que fue después casada por

(1) A. di Constanzo: *Storia Napoletana*, Aquila, 1582, pág. 427.

(2) Emilio Nunziante: *I priuri anni di Ferdinando d'Aragona e l'invasione di Giovanni Angio*. (Arch. Stor. Napol. XVII, págs. 311 y 739). Según otros varios autores, el padre de Fernando era un «marrano» español, es decir, un judío convertido.

el rey, con Gaspar Revertit, de Barcelona (1); fue siempre ella considerada por Fernando como su madre, respetada como tal, y habitaba con su hijo en Castel Capuano, en Nápoles, cuando el cambio de reinado. Es probable que Beatriz naciese también en esa fortaleza.

Además de Fernando, que fue educado por Alfonso, teniendo en cuenta su vocación regia, por decirlo así, por los barones del país y por los Papas Eugenio IV y Nicolás V. Alfonso tenía también dos hijas naturales: María, que fue mujer de Leonello de Este, marqués de Ferrara, y Leonor, que estaba destinada a un hijo del príncipe de Milán; pero que se casó con Marino Marzano, príncipe de Sessa y Rossano. Cuando llegó el tiempo de casar a Fernando, se rechazó la idea de casarle con una hija de Carlos VII, rey de Francia (2), y se decidió su matrimonio con Isabel de Chiaromonte, hija de Tristán, conde de Ccpertino, de origen francés, y de Catalina de Orsini del Balzo, sobrina del príncipe de Tarento, el señor más poderoso del reino (3). De este matrimonio nacieron cuatro hijos antes de Beatriz (4): Alfonso, príncipe de Capua y de Calabria, sucesor de Fernando en el trono, y que tenía nueve años cuando nació Beatriz. Leonor, que fue princesa de Ferrara, que tenía siete años más que aquélla; Federico, que fue también rey, que la llevaba cinco años, y Juan, que fue cardenal y arzobispo de Esztergom, un año mayor que ella (5).

Además de éstos, Fernando tenía otros muchos hijos natu-

(1) Caputo (o. c.), pág. 42.

(2) Nunziante o. c. (Arch. Stor. Napol. XVII), pág. 315.

(3) Notar Giacomo (o. c.), pág. 90 Mich. Veechioni *Notizie di Eleonora e di Beatrice di Aragona*. Napoli, 1790, pág. 14.

(4) Notar Giacomo (o. c.) pone en 1448 el nacimiento del príncipe Alfonso y Summonte (o. c.), y dice que murió a los cuarenta y siete años,

(5) Respecto a Juan, se pueden aceptar los datos de Giacomo (o. c., página 96), de quien en general puede uno fiarse y rechazar los de Caputo (o. c., pág. 47), que fija el nacimiento de aquél en el año 1493. No es verosímil que el Papa enviase a Juan a la edad de diez y ocho años (1497), como legado a Hungría.

rales (1), de los que varios vivían cuando nació Beatriz y eran educados en la corte del rey.

La reina Isabel, mujer de Fernando y madre de Beatriz, era una mujer dotada de extraordinarias prendas morales; sin su ayuda, su marido no hubiera podido salir victorioso de las dificultades de los primeros años de su reinado, y no nos equivocamos quizá al considerar su muerte prematura como muy funesta para desarrollo del país y la suerte de la dinastía de Aragón, así como para la de Beatriz.

Es probable que mereciese los elogios que los poetas y escritores de la corte, muy habituados a los panegíricos, le tributaran (2).

Sus contemporáneos dicen que tiene a la verdad aire de reina; que es alta y esbelta, que su pelo es rubio y largo, sus manos de un noble dibujo y de una sorprendente blancura. Alaban su elocuencia, su voz melodiosa, su castidad, su caridad y el encanto de su afabilidad; oía con agrado las palabras de las personas discretas e instruídas; pero despreciaba a los hombres frívolos; exigía de la corte una moral severa y un modo de ser correcto, no toleraba siquiera en las costumbres la ligereza, el lujo y las modas extranjeras, y con sus damas de honor se vestía a la moda sencilla de Nápoles (3). Descendía gustosamente al pueblo, llevando con ella a sus hijos a la calle, a las iglesias que frecuentaba mucho y a las que colmaba de preciosos dones, porque su piedad era casi exagerada y tenía a veces carácter de ostentación.

Preciso es, pues, considerarla, según el testimonio de los

(1) Erasmo Percopo dice que eran ocho. (*La morte di don Enrico d'Aragona*, Arch. Stor. Nap. XIII, pág. 132), Caputo (o. c.) menciona tres hijas y cuatro hijos.

(2) *Le Reine di Benedetto Gareth, detto il Chariteo* (con introduc. e note di Erasmo Percopo, Napoli, 1892).

(3) Joanne Sabadino de li Arionti: *Gynevera de le clare Donne*. (Scelta di curiosità litterarie, etc.). Bologna, 1888, págs. 245 y 59.—Philippus Bergomentis: *De claris et selectis mulieribus*, 1497, págs. 154, 1 y 59.

contemporáneos, y por el papel que ha desempeñado en la Historia, como una mujer seria, capaz de grandes resoluciones, dotada, por decirlo así, de un carácter viril (1).

El reino de Nápoles, «la Sicilia del lado de acá del Faro», que comprendía todo el país italiano al Sur del Estado pontificio, era considerado desde el tiempo de los normandos, como un feudo de la Iglesia, por lo que, a su advenimiento, el rey debía empezar por recibir la investidura del soberano. Ya hemos dicho que Fernando, aunque bastardo, había sido reconocido como heredero del trono de Nápoles, en vida misma de su padre, por dos papas. Pero este reconocimiento no implicaba la investidura pontificia, tanto menos cuanto que el papa Nicolás V había también muerto. Su sucesor, Calixto III—su nombre de familia era Alfonso Borgia,—era de origen español; favorito e incluso hechura de la casa de Aragón, fue, en otro tiempo, secretario de Alfonso y preceptor de Fernando; sin embargo, apenas cerró los ojos Alfonso, se negó rotundamente a reconocer al nuevo rey; desligó a sus súbditos del juramento de fidelidad que ya habían prestado, y pronto se hizo evidente que quería poner a uno de sus parientes en el trono de Nápoles (2).

Esta actitud de Calixto III causó pronto desórdenes interiores.

Era una tradición fatal, que databa del reinado de los Anjou, este crecimiento continuo del poder de los grandes vasallos, de los «barones» del país. Este poder había sido reforzado por los reyes que esperaban apoyarse en él contra sus súbditos rebeldes o en sus guerras exteriores; pero era muy propio para

(1) Jo. Joviani Pontani: *Historiae Napolitanae*. De bello Neopolitano libri sex. (Raccolta di tutti é più rinomati scrittore dell'istoria generale del Regno di Napoli. Napoli, Gravier, 1769, V.), págs. 16, 46 y 52.—Giuseppe Cosenza: *La chiesa e il convento di S. Pietro Martire*. (Napoli Nobilissima IX), págs. 90 y 5.

(2) Nunziante, (o. c.) *Arch. Stor. Nap.* XVII, págs. 314-565, 734-748. Ludvig Pastor, *Geschichte der Päpste*, etc. Freiburg, 1889, I, pág. 600.

quebrantar la situación del verdadero soberano cuando se alzaba un nuevo pretendiente al trono o cuando el Papa intervenía en los asuntos del país, en virtud de su derecho de soberanía; los «barones», además, aprovechaban gustosos estas ocasiones para arrancar concesiones o ventajas de un lado o de otro. Hemos visto que Alfonso quiso ligar a la casa soberana con lazos de parentesco, a los «barones» más poderosos y más peligrosos; después de haber rechazado otras proposiciones de matrimonio, casó a una de sus hijas con el príncipe de Sessa y a su hijo con la sobrina del príncipe de Tarento. Fernando hubo bien pronto de convencerse de que estas alianzas no eran bastante sólidas para prevalecer contra los intereses de los que querían el poder.

Afortunadamente para el nuevo rey, el Papa, que era ya un anciano cuando su advenimiento, murió poco después del cambio de reinado. Su sucesor fue el cardenal Piccolomini, muy conocido como humanista bajo el nombre de Æneas Sylvius; fue coronado Papa en el mes de Agosto de 1458, con el nombre de Pío II, y decidió emprender una cruzada contra los turcos que, desde la caída de Bizancio, en 1453, amenazaban a todo el mundo cristiano. Esta expedición debía ser el ideal y el objetivo de su pontificado. Aunque la renovación de la idea de las cruzadas, en la segunda mitad del siglo xv y bajo la dirección personal del Papa, nos parezca un anacronismo, el entusiasmo con que el Papa, ya doliente y fatigado, abrazó este proyecto, hasta consagrarse a él en cuerpo y alma, merece, sin embargo, nuestra estimación y nuestra admiración.

El audaz proyecto de Pío II tuvo la indiscutible ventaja de que, para unir a todas las potencias contra el turco, el Papa hubo de esforzarse en hacer que cesaran las disensiones intestinas y en fortificar el poder de los príncipes. Por esta razón fue, a lo que parece, por lo que Pío II se apresuró a dar la investidura a Fernando con su bula de 1.º de Noviembre de 1458, después de haber aceptado el rey ciertas condiciones; declaró, sin embargo, que este acto no prejuzgaba los de-

rechos que pudiera alegar otro al mismo trono. Esta cláusula era exigida por los embajadores del rey de Francia, a favor de los pretendientes angevinos.

La mayor parte del país estaba ya amotinada, aunque Fernando se hubiera hecho coronar con gran pompa en Barletta, el 4 de Febrero de 1459. La sedición había enarbolado la bandera de Renato d'Anjou; el hijo de éste, Juan, joven de un natural caballeresco, a la sazón capitán de Génova, al servicio del rey de Francia, navegaba ya con rumbo a Nápoles con una flota reunida bajo pretexto de cruzada. Varios barones del país se declararon por el pretendiente, con especialidad Gian Antonio Orsini; el mismo príncipe de Tarento, tío de la reina; Antonio Centiglia, marqués de Cotrona, que no tardó en caer prisionero; Antonio Caldora y Giosia Acquaviva en los Abruzzos; Pedro Juan Cantaleno, príncipe de Sora; Nicolás, el conde de Campobasso, y luego, Marino Marzano, príncipe de Sessa y de Rossano, que fue colmado de bienes por el rey difunto, su suegro, «el querido pariente», como la reina Isabel le llama irónicamente en una carta dirigida a Francisco Sforza (1).

Mientras que el rey, con un escaso ejército y recursos económicos más reducidos todavía, trataba de ahogar la revuelta y de aprovechar las discordias de sus señores sublevados, confió la defensa de la capital y el gobierno efectivo del país a la reina, asistida de un consejo, su hijo mayor, todavía demasiado joven, no ejercía el poder sino de nombre, aunque hubiera sido hecho príncipe de Capua y de Calabria. Esta animosa mujer se mostró a la altura de su papel, pero tuvo verdaderamente mucho que hacer (2).

Habiendo juzgado útil arrebatar por la astucia a Sorrento de manos de su señor, Marino Correale, con ayuda de los descontentos vasallos de éste, el rey ordenó a su mujer, en la primavera de 1459, que trasladara su residencia de Pouzolles, en

(1) Nunziante (o. c.), *Arch. Stor. Nap.* XIX, pág. 337.

(2) *Ibidem* (o. c.), pág. 320.

donde habitaba, a Sorrento; pretextaría la necesidad de cambiar de aire y alejarse de la ciudad, en donde reinaba una enfermedad contagiosa, y llevaría con ella a sus hijos, incluso a la pequeñuela Beatriz. La corte y el consejo de gobierno habían de albergarse en casa del virrey, y la reina debía apoderarse de Sorrento en el momento favorable, así como de Vico y Massa sus vecinos. No sabemos hasta qué fecha permaneció la familia real en los acantilados de Sorrento, adornados de floridos jardines; pero es evidente que la reina llevó pronto su atención a otros proyectos, más serios que el de domar a los tiranuelos de la Campania. Francisco Sforza, duque de Milán, que seguía demostrando amistad por Fernando, le aconsejó que fortificase los puertos de Nápoles y Gaeta y se aprestase a una guerra naval. El almirante Villamarina reunió una flota de quince navíos contra los franceses; Terracina, Gaeta, Ischía, Capri, se pusieron en estado de defensa; la reina, activa noche y día, hizo una leva de 6.000 soldados en el mismo Nápoles; miraba al porvenir con perfecta confianza, estimulaba a los que vacilaban, daba órdenes a sus hombres, y mantenía una correspondencia muy seguida con su marido y con Sforza; los animaba escribiendo que no tenía miedo de Juan d'Anjou, y que esperaba «darles buenas noticias» (1).

El 25 de Octubre (2) la flota francesa se presentaba ante Nápoles, y la familia real hubo de ver, con cierta angustia de corazón, aparecer en el horizonte las velas del que se disponía a echarla del trono y del país. Juan d'Anjou de Lorrena venía de la Riviera de Levante, con diez y nueve navíos y cuatro barcos corsarios; pero se retiró a Bayes después de tres horas de estar al paio, sin franquear el límite de tiro. Al día siguiente, Juan desembarcaba una tropa de hombres armados en Pouzolla, convencido de que los habitantes de esta ciudad estaban de su parte; pero los soldados de la reina echaron a

(1) Pontano: *De bello Neapolitano*, pág. 16.

(2) Fuscolillo (l. c.); Nunziante (o. c.), pág. 328.

aquellos hombres. El mismo hecho se reprodujo en la isla de Ischía.

Al ver esta resistencia de Nápoles y de sus alrededores, y al saber la sumisión de Calabria, el pretendiente iba ya a volverse a Génova con sus barcos mal equipados y sus soldados mal disciplinados, cuando la traición de Marzano, príncipe de Sessa, le permitió abordar en la desembocadura del Volturno, frente a Castellamenare di Volturno (cerca de Sessa), y sembrar la rebelión con su presencia y su manifiesto, cuando se veía abandonado por su flota y sin dinero.

Fernando, llamado diferentes veces por la reina, entra en Nápoles, que le permanecía fiel; se le recibe con entusiasmo desbordante, y puede descansar unas semanas y abrazar a sus hijos, que no podían por entonces ver a su padre sino raras veces.

El año 1460 empezó bajo auspicios muy desfavorables para la familia reinante. El pretendiente, a quien Marzano organizaba una recepción brillante en Sessa (1), recorría como triunfador casi todo el país; los Abruzos parecieron perdidos, la rebelión estalló en Capua, el enemigo penetró en la ciudad; Hércules de Este, príncipe reinante de Módena-Ferrara, que cuando se educaba en la corte del rey Alfonso tuvo relaciones casi fraternales con Fernando, y que había sido enviado por éste a Apulia para atraer a su partido al príncipe de Tarento, se alió con Juan d'Anjou y se volvió contra el rey. En fin, para asestar un golpe más terrible que todos los otros a la casa de Aragón, el conde Jacobo Piccinino, el famoso condotiero, que estuvo al servicio de Alfonso, invadió los Abruzos; trataba de entenderse con los barones sublevados, para vengarse de Fernando, que había prometido, en su tratado con el Papa, devolverle las plazas del Estado pontificio ocupadas por el conde.

El rey no perdía la confianza en el porvenir, aun en medio

(1) Filiberto Campanile: *L'armi overo insegne de nobili*, Napoli, 1610, pág. 285.

de una situación tan grave y tan peligrosa; fuera de sus propias fuerzas, no tenía más que dos apoyos: el amigo de su padre, Francisco Sforza (1), y el Papa. El duque de Milán le permanecía fiel, a pesar de todas las tentativas y amenazas del rey de Francia y del Papa precedente, por amistad, sin duda, pero también por un sabio cálculo político: sabía muy bien que una inmixción de los franceses en los asuntos de Italia ponía en peligro no solamente el trono de Nápoles, sino también la independencia de toda la península Apenina. Por haber perdido de vista este principio, se arruinaron todos sus desdichados sucesores y, con ellos, toda Italia. Pío II observaba la misma actitud que el duque, que estimaba que «el rey Renato sería un amigo lejano, mientras que Fernando sería un enemigo próximo (2), y publicó una bula en la que censuraba la conducta de Juan d'Anjou; declaraba nulos los juramentos de fidelidad prestados por los barones a Juan d'Anjou, a consecuencia de lo cual, Florencia y Venecia, que se inclinaban hacia los franceses, adoptaron neutralidad en la cuestión napolitana.

Provisto del pequeño ejército que había recibido de sus dos aliados y del dinero que obtenía, de una parte, de un empréstito sobre prendas; de otra, de la reina, que percibía rentas de Nápoles, se preparó al combate, sin interrumpir, sin embargo, ni por un momento, las negociaciones para llegar a una inteligencia con sus rivales. Quería tratar directamente con Marzano, su cuñado, duque de Sessa y de Rossano, y mientras tanto estuvo a punto de caer en el lazo que este enemigo, viejo astuto, le tendiera. La entrevista se celebró en Torricella, entre Teato y Calvi, el 30 de Mayo, después de haberse fijado por acuerdo de ambas partes. Los dos ejércitos se mante-

(1) Fernando le llama en sus cartas: «Pater noster colendiscime»; véase la carta núm. 219, en el legajo núm. 1.590 del Archivo Visconteo Sforaescho de la Biblioteca Nacional de París.

(2) Nunziante (o. c.), *Arch. Stor. Nap.* XX, pág. 218.

nían a la distancia de un tercio de legua; el rey y el duque se adelantaron a encontrarse, acompañados de dos hombres cada uno; el rey llevaba a Juan Ventimiglia, marqués de Geracia, y al caballero Coreglia; Diofebo dell'Anguillara y Santiago de Monteagone escoltaban al duque. El rey saludó al duque abrazándole; los acompañantes del segundo besaron la mano del rey; luego los dos personajes principales hablaron, alejándose de los otros y cabalgando estribo con estribo durante cosa de una hora. Iban a separarse con muestras de satisfacción y de amistad, cuando Diofebo, acercándose al rey, con pretexto de despedirse, empuñó un puñal; el rey desenvainó para defenderse; Diofebo hizo lo mismo, y el otro acompañante del duque tomó también la ofensiva. El asunto quedó prontamente terminado con la llegada de unos jinetes del ejército del rey. Fernando, con gran sangre fría y habilísimo cálculo, fingió creer que Diofebo había querido atacarle por odio personal, sin connivencia del duque; pero decidió, sin duda, suprimir a su cuñado en cuanto cayera en sus manos (1).

Beatriz debió de oír hablar mucho de este episodio que pudo costar la vida a su padre; y hasta pudo tenerlo ante su vista, en sus años juveniles, porque después de haber echado al pretendiente, Fernando inmortalizó las escenas más interesantes de su guerra victoriosa, ya en su posesión de Poggo-reale, ya con bajorrelieves, con placas de metal puestas en las puertas interiores de Castel-Nuovo; entre estas escenas se veía la entrevista de Torricella.

La batalla entre los adversarios era inminente; el Papa envió una nueva tropa de auxiliares a las órdenes de Simonetto; llegó también una nueva flota para reforzar el partido angevino; fue recibida con numerosos cañonazos tirados de las fortalezas de la ciudad, y tuvo que alejarse hacia la desembocadura

(1) Nunziante (o. c.), pág. 245-251; v. Summonte (o. c.), III, pág. 279-281. Tristano Caracciolo cuenta esta escena de manera algo diferente en su obra *De varietate fortuna* (Muratori: *Rerum Italicarum Scriptores Mediol*, 1734. XXII, pág. 69-70).

del Sarno. La guerra se acercaba cada vez más a la capital, último refugio de los de Aragón. Fernando juzgó el momento favorable y, sin esperar a que el gran senescal Alfonso Dávalos volviese con sus tropas, condujo en silencio, durante la noche del 6 al 7 de Julio, a su ejército a través de las montañas, y atacó por sorpresa la ciudad de Sarno, que estaba ocupada por los partidarios de Anjou: esperaba asestar un golpe decisivo a los rebeldes. Pero la precipitación perjudicó a la empresa; el ataque nocturno concluyó con la derrota total de los partidarios del rey; uno de sus jefes sucumbió, otro cayó herido; todas sus municiones quedaron en poder del enemigo; varios jefes fueron hechos prisioneros, y Fernando no pudo llegar a Nápoles sino con veinte jinetes. En fin, para colmo de desgracia, no tardó en saber que Piccinino habíase batido con las tropas reales mandadas por Alejandro Sforza y Federico duque de Urbino, cerca de San Flaviano, en los Abruzos; aunque las tropas del rey quedaron dueñas del campo de batalla durante algunos días, sufrieron grandes pérdidas y concluyeron por tener que retirarse.

Tras estos acontecimientos, el Papa creyó perdida la causa de Fernando; sin embargo, los consejos de Sforza le hicieron perseverar en sus resoluciones. Afortunadamente para Fernando, el partido angevino, débil y desgarrado por discordias intestinas, no supo aprovechar sus victorias, y el rey tuvo todavía tiempo de reorganizar la defensa con su maravillosa energía y su admirable perseverancia. Su mujer le fue muy útil. He aquí un rasgo que muestra bien su grandeza de alma. Como el rey tenía necesidad de dinero ante todo, porque la pérdida de la Apulia tuvo por consecuencia el secar uno de los principales manantiales del fisco (a saber, los impuestos que se pagaban por los rebaños que llevaban a pacer a Apulia) (1),

(1) Sigismondo del conti da Foligno: *Le Storie de'suoi tempi*, del 1475 al 1510. Roma, 1883, II, pág. 299.

la reina hacía por sí misma la colecta: pasaba días enteros en la iglesia de San Pedro Mártir—que fue más adelante su sepultura y la de su hija Beatriz,—y exhortaba a las gentes a contribuir a los gastos de la guerra, en una época en que los géneros estaban caros, con palabras persuasivas y amenazas si era preciso; aceptaba, no solamente dones en dinero, sino en especie, el trabajo de las industrias, el trigo, el ganado; les mostraba a sus niños, los nietos de Alfonso el Magnánimo. «Son, decía ella, italianos, ciudadanos napolitanos; han vivido siempre entre vosotros; ¡los napolitanos no pueden dejarlos desterrar para caer después bajo la dominación de los franceses arrogantes!» (1). Los cronistas contemporáneos anotaron escenas conservadoras, casi increíbles, sobre el celo que desplegabá para llenar el tesoro de su marido y reorganizar el ejército, lo que consiguió (2). Se apreciará su espíritu práctico cuando se sepa que, cuando hubo que castigar al capitán de la fortaleza Castel-Nuovo por haber favorecido la evasión de un rebelde, la reina perdonó la vida al miserable; pero le hizo pagar un rescate formidable (3), con arreglo al principio jurídico de aquel tiempo: «Que el criminal viva con tal de que pague» (4).

Así fue como el rey y la reina lograron aumentar los recursos militares de su partido, de suerte que tuvieron bastantes soldados para defender por lo menos la Terra di Lavoro, y pudieron oponer una flota suficiente a la flota francesa, que corría bordadas sin objetivo por la bahía de Nápoles. En el mes de Setiembre llegaron de Milán nuevas tropas auxiliares; en

(1) Pontano (o. c.), págs. 46-47.

(2) Tristano Caracciolo: *De variatate fortuna*, pág. 70. Passero (o. c.), página 27. Muratori, *Annali XLVI*, pág. 46. Di Costanzo (o. c.), pág. 444. Vecchioni (o. c.), pág. 19.

(3) Nunziante vol. citado, pág. 506.

(4) Stefano Infessura: *Diario della città di Roma* (Muratori, *Scriptores II*, par. II, pág. 1.226.

Octubre, Jorge Castriota, llamado Skanderberg, príncipe de Albania, el que había ganado tantas victorias sobre los turcos, llegó en socorro de Fernando con 800 soldados albaneses, para demostrar su agradecimiento a la memoria del difunto rey de Nápoles. El rey, recobrando ánimo, empezó a reconquistar los territorios perdidos: en siete días, de Nápoles a Benavente, todo estaba en su poder.

A principios del año siguiente, Fernando logró pactar una inteligencia con uno de los señores rebelados, el conde de Sanseverino, con el que hizo su entrada solemne en Nápoles. Durante este tiempo, Piccinino franqueó la frontera de Apulia, y pudo continuar su marcha adelante, porque Alejandro Sforza, que mandaba el ejército real, no le opuso sino una débil resistencia. En estas circunstancias, Fernando se vió obligado a aceptar todas las condiciones que el Papa le imponía para proporcionarle nuevas tropas: hubo de prometer el matrimonio de su hija natural Doña María de Aragón—que era admirada por su belleza— con Antonio Piccolomini, sobrino del Papa; además, tuvo que dar a éste el principado de Amalfi y el título de gran justiciero, con la promesa de un feudo, que debía ser disponible más adelante. Después de este acuerdo, celebróse con gran pompa en Nápoles, el 23 de Mayo de 1461, la boda de los príncipes. El resto del año transcurrió sin batalla decisiva; pero los hechos de armas fueron en su conjunto favorables al rey; al efecto moral de los mismos se añadía el desencanto que los vasallos de los barones sublevados experimentaban al ver que sus señores les imponían mayores tributos que el rey.

Así Fernando pudo enviar sus tropas a los cuarteles de invierno, con la satisfacción de haber recuperado casi enteramente los Abruzos y la Calabria, y ser el dueño absoluto de la Terra di Lavoro. Había la esperanza de que el resultado de la batalla decisiva que se esperaba para primavera lo fuese favorable.

El invierno trajo un acontecimiento alegre a la familia real: la reina dió a luz, el 16 de Diciembre de 1461, a su sexto

y último hijo Francisco de Aragón (1), que fue más adelante marqués de Bisceglia y príncipe de Sant' Angelo, acompañó a Beatriz durante su viaje de boda, y murió a la edad de unos veinticuatro años.

Pero a la alegría sucedió una grave inquietud; Francisco Sforza cayó tan enfermo a principios del año 1462, que en Nápoles y en toda Italia se le dió por muerto. Fernando hubiera perdido su más firme apoyo precisamente en el momento decisivo, si tal cosa hubiera ocurrido. La curación del duque causó una alegría tanto mayor; organizáronse funciones religiosas y procesiones para festejar este acontecimiento, y toda la corte, todos los hijos del rey tomaron parte, a pesar de la lluvia (2). Después de largos retrasos que iban a alentar a los sublevados, el rey se puso por fin en marcha en el mes de Junio con su ejército, en dirección de la Apulia, para juntarse con las tropas del duque de Milán que estaban a las órdenes de su hermano, Alejandro Sforza. La batalla decisiva se dió el 18 de Agosto, en la vertiente Nordeste de los Apeninos, no lejos de Foggio, ante la plaza fuerte de Troia (situada cerca del río Cervaro), y la ardorosa lucha, que duró seis horas, terminó con una completa y brillante victoria de las tropas reales. El enemigo pudo a duras penas refugiarse en la ciudad, abandonando su campo a los vencedores; sus capitanes aprovecharon la noche para escaparse; Juan d'Anjou y Piccinino se embarcaron en Manfredonia (3), mientras que la ciudad se apresuraba á rendirse, y los barones, que no se habían unido con Juan de Anjou por un pensamiento político, sino solamente por un instinto de desobediencia a todo poder establecido, se rindieron al rey; de suerte que solamente permanecieron hostiles el conde de Campobasso y el duque de Sessa. La jornada de Troia «aniquiló las espe-

(1) Así dice Notar Giacomo (pág. 104), que indica el día (16 Dic.) y la hora del nacimiento; Fuscolillo, (o. c.) pág. 50, pone también en 1461 el nacimiento de Francisco.

(2) Nunciate (o. c.), *Arch. Stor. Nap.* XXII, págs. 49-64 y 204.

(3) Notar Giacomo (o. c.), pág. 104.

ranzas de Juan de Anjou y afianzó la corona en las sienes de Fernando» (1), por lo que éste no dejó de inmortalizar tres escenas de la jornada de los bajorrelieves de las puertas de bronce de la nueva fortaleza de Nápoles (2).

Antes de terminar por este año sus operaciones militares, concertó un tratado separado con su más furibundo enemigo, el duque de Tarento, tío de la reina, por mediación de su antiguo e íntimo amigo Diómedes Carafa y del legado pontificio; pero es probable que el duque continuase en secreto sus manejos contra el rey, y que solamente la enfermedad le impidiese luchar con más energía. La sublevación estalló de nuevo, aunque restringida a un territorio más limitado, cuando Juan de Anjou y Piccinino, que habían vuelto secretamente al país, alzaron la bandera de la rebelión; el pretendiente trató entonces de anudar relaciones con el duque de Sessa. Esta vez el rey fué con su ejército contra su cuñado; éste, en la batalla del 5 de Julio de 1463, sufrió pérdidas tan graves que no pudo volver a su capital sino con riesgo de su vida. Mientras tanto, Alejandro Sforza, que luchaba en los Abruzos contra Piccinino, pudo hacer un trato con el condotiero; le costó un poco caro, es verdad, porque, en virtud del convenio, Fernando tuvo que tomar al condotiero a sueldo por la suma de 90.000 monedas de oro al año.

Esta paz hizo reflexionar a los señores que continuaban siendo enemigos del rey; el mismo duque de Sessa, que todavía daba asilo a Juan de Anjou, consintió en tratar con el rey.

El cardenal Bartolommeo Roverella, arzobispo de Rávena, fue encargado, en calidad de legado pontificio, de negociar la paz entre los dos cuñados. Oriundo de una pobre familia de Ferrara, había recibido una excelente cultura y presta-

(1) Nunziato vol. cit., pág. 227.

(2) El relieve de la victoria de Troia fue atravesado por una bala de cañón, durante un sitio sostenido contra los franceses en 1496.

do ya servicios como legado muy a satisfacción del gran rey de Hungría Matías I. Según testimonio de sus contemporáneos, era uno de los miembros más meritorios y más respetables del colegio de cardenales. Desde el mes de Agosto, en el transcurso de estas negociaciones, se pensó, para llevar a los dos cuñados a un acuerdo definitivo, y para dar a la paz bases más sólidas, sellar con una boda el convenio diplomático. El tratado que aseguraba la libre retirada de Juan de Anjou, comprendió, pues, también la promesa del matrimonio. Elijióse como novio al hijo único del duque Juan Bautista, Marguzano (1), de edad de cuatro años, de quien el pretendiente Juan de Anjou había sido padrino al llegar a Sessa y al que había dado su nombre; el rey designó como novia a la princesa Beatriz, de seis años de edad. En vista de los estrechos lazos de parentesco que existían entre los dos prometidos, el legado pontificio solicitó de la Santa Sede la oportuna dispensa, y se decidió al mismo tiempo—cosa que en aquella época no era raro—que la joven prometida fuese a vivir, por cierto tiempo, a la casa del que un día había de ser su suegro, a fin de habituarse a su futura residencia, en la que, de otra parte, se encontraría en familia. Inútil es añadir que la verdadera causa del traslado de la niña Beatriz fue la desconfianza recíproca de las dos partes contratantes, deseoso el duque de tener un rehén en espera de la ejecución de las estipulaciones del tratado.

El 7 de Setiembre se celebró el matrimonio «per verba», en el campo establecido cerca de Torre di Francolisi, a mitad de camino, aproximadamente, de Capua y de Sessa; Beatriz fue llevada allí con numeroso acompañamiento, y conducida el mismo día a Sessa. «Juan de Anjou estaba todavía en la ciudad, y hubo de oír las aclamaciones con que era acogida

(1) El único documento relativo a este asunto es el relato de los embajadores de Milán al duque Francisco Sforza, con fecha del 28 de Agosto. «Exfelicibus castrós», etc. El original se encuentra en la Biblioteca Nacional de París, Archivo Visconteo Sforzesco (cod. 1589, fol. 1.98).

la niña, prenda de la paz; eran las mismas bocas que aclamaran en él, algunos años antes, al libertador del país» (1).

La prometida, niña aún, hizo su entrada en casa de la princesa Leonor, su tía, con un aparato digno de las excepcionales circunstancias; la familia principesca habitaba la fortaleza de Sessa, que estaba situada en las colinas cubiertas de viñas que dominan la bahía de Gaeta.

El libro de cuentas de la casa real (2) contiene interesantes detalles sobre los objetos de vestuario que se fabricaron para esta ocasión. Se pagó en un mes 324 ducados (3) por los trajes y diversos objetos que habían de servir para la princesita, para su fiel nodriza, Nardella, y para una esclava; el inventario comprendía vestidos de cola y mantos de brocado, de damasco carmesí, trajes de terciopelo rojo, de paño violeta, de damasco blanco y verde; cinturones de oro y plata, telas de algodón impregnadas de perfumes, sombreros de fieltro, guantes largos y de diferentes colores, zapatos de terciopelo; espejos, rosarios, escudos de armas hechos de ambar amarillo (4). A poco

(1) Nunziante (o. c. *Arch. Stor. Napol.* XVII, vol. III, pág. 272.)

(2) *Cedola della Tesoreria aragonesa*, manuscritos de varios cientos de volúmenes en los grandes Archivos de Nápoles; Nicolás Barone ha publicado una parte en los tomos de 1884 y 1885 del *Archivio Storico*.

(3) El ducado napolitano se dividía en 5 taris y 100 granos, y correspondía en dinero a 12 carlinos; en la época de Carlos V, seis ducados hacían una *uncia*. Estimase este ducado por su valor intrínseco en 4,25 francos; pero este cálculo se halla lejos de dar una idea exacta de su valor en el mercado, que corresponde a unos 19 o 20 francos. (V. Antonio Vergara: *Monete del Regno di Napoli*, Roma. 1715, págs. 71, 122, 123, 131.)

(4) *Cedola della Tesoreria aragonesa*, vol. 41, año 1464, folios 162, 163, 184, 187, 188, 189, 216, 248, 277, 490. La nodriza es llamada Nardella di Nola, pero casi estamos seguros de habérnoslas con la misma Nardella Parmesana, que, como veremos, acompañó a Beatriz a Hungría, y recibió bienes del rey Matías, en recompensa de los servicios que prestó, con su marido Sabatino Viola, en la educación de la princesita. Todavía era moda, á mediados del siglo xv, tener esclavos orientales.

de llegar Beatriz a Sessa, embarcaba el infortunado Juan de Anjou. No pensaba todavía dar un adiós definitivo al territorio napolitano; se retiró a la isla de Tochia, cuya fortaleza, declarada inexpugnable, había sido construída por el rey Alfonso, y puesta por él a disposición de Giovanni Torella. Aunque buen catalán, había tomado con su hermano el partido de los Anjou, y enarbolado el estandarte de las flores de lis, tanto en el fuerte de Ischia, como en el Castello dell'Ovo, próximo a Nápoles.

Sin embargo, Juan de Anjou no tardó en juzgar preferible el alejarse definitivamente del país, y Fernando juzgó llegado el momento de exigir de los «barones» rebelados que acudiesen a prestarle homenaje; para esto, como la peste hacía a la sazón estragos en Nápoles, los convocó en el Campo de Capua, en la primavera de 1464. Marzano, duque de Sessa, acudió también; el rey le recibió como a un pariente muy querido, le invitó a su mesa y entabló con él una larga conversación que no condujo a nada. El duque se volvió a Sessa, en donde recibió una nueva invitación del rey que le llamaba a Carinola, situada no lejos de allí, dándole a entender, según parece, que una negativa de su parte equivaldría a un acto de infidelidad. Su mujer, atormentada por malos presentimientos, quiso retenerle; pero el embajador milanés, Antonio de Trezzo, creyó poderle asegurar, en nombre de su amo, el duque de Sforza, que no le ocurriría ningún daño. Acudió, pues, al campo real, y asistió, al lado del soberano, a la revista militar que se celebró cerca de Torre di Francolisi, el 8 de Junio. Durante la revista, llegó un correo con una misiva para Fernando, que la leyó frunciendo el ceño. «Mala noticia—dijo;—los navíos de Juan han llegado; su ejército está acampado en Ischia.» Después, volviéndose hacia el duque, le preguntó si conocía el hecho. A pesar de las negativas del duque, le declaró que iba a verse obligado a llevarle a Nápoles por algunos días; aquella misma noche, Marzano fue cargado de cadenas y pasó la noche en la propia tienda del rey; trasladado al día siguiente a Castel

Nuovo, fue encarcelado. No debía salir vivo de la prisión (1).

El rey se apresuró a confiscar los castillos y los bienes de su cuñado, limitándose a dejar intacta la fortuna de la duquesa—hermana del rey,—a la que concedió una renta anual de tres mil ducados, y la cual, por orden de su hermano, fué a habitar en compañía de Beatriz el castillo de Aversa (2).

Sería difícil dar de este acto una explicación que le pudiera servir de excusa. El rey debía de tener motivos para dudar de la buena fe de su cuñado, aun después del matrimonio concertado; pero las circunstancias que precedieron y acompañaron a la prisión, sobre todo la falsa noticia de una vuelta ofensiva de Juan, dan la impresión clarísima de un plan premeditado, y nos dejan sospechar que la misma concesión de la mano de Beatriz no fue más que un medio de que el rey se sirvió para desvanecer la desconfianza de Marzano.

Cuando fue preso, el duque estalló en improperios contra Sforza, del que se juzgó engañado; pero el duque de Milán se apresuró a declarar que ignoraba los designios del rey, y los despachos de sus embajadores (3) están ahí para testimoniar la

(1) Felipe de Courières (*Les Memoires de Meseire P. de C.*, por Dionisio Godefray. París, 1649, VII, pág. 303) pretende que a su advenimiento al trono, Alfonso II hizo llevar a la isla de Isdria a los «barones» que fueron hechos prisioneros por su padre, y entre los que se encontraban los duques de Sessa y de Rossano (hay evidentemente aquí dos personas que son una sola), a los que hizo sufrir una muerte cruel. Esta versión se halla de acuerdo con la opinión de Paolo Reggio, cuando dice (*Della felicità, e della miseria*, Dialoghi sette, vico Equense, 1597, págs. 88-89) que Marino Marzano pereció en Castel Nuovo «con violenta morte.»

(2) Despachos de los embajadores de Milán. Biblioteca Nacional de París, sección citada antes, Cód. 1589, fol. 198; véase igualmente Notar Giacomo (o. c.), pág. 109. Pantano (o. c.), pág. 129. Angelo de Tummullio, *Notabilia temporum* (Corvisieri: *Fontiper la Storia d'Italia*. Roma, 1890), págs. 118, 119.

(3) Despachos de Antonio da Trezzo y de Otto de Carreto, de fecha 14, 16 y 29 de Junio de 1464. (Archivos del Estado, Milán. *Sezione Storica, Potenze Estere*, Napolis).

energía con que dió a entender a Fernando que su conducta exigía una justificación a los ojos del mundo; el Papa le dirigió censuras en el mismo sentido. Para disculparse a sus ojos, a los ojos de los «barones», aterrorizados con el ejemplo de Marzano, y sobre todo a los ojos de Piccinino, el rey no cesó de acumular pruebas sobre pruebas, a fin de demostrar la obligación en que se encontraba de castigar a su cuñado, culpable de traición después de la firma del tratado de paz (1).

Ciertas notas históricas, que son debidas tal vez a la inspiración de Fernando, dan cuenta de la conducta sospechosa del duque durante su estancia en el campo real; trató a lo que parece, de huir, y las cartas cambiadas entre él y Juan de Anjou, y que fueron cogidas, prueban su doblez. Fernando gustaba también de recordar, para excusar su conducta, que la toma de posesión de los feudos de su cuñado se hizo con asentimiento de la duquesa, que los siervos oprimidos esperaban con impaciencia cambiar de amo, y que al fallecimiento de la mujer de Marzano, recogió él a sus sobrinas en su propia familia y las casó. Fernando se alababa de haber sabido resistir a la idea de dar muerte a su adversario encarcelado; se llega hasta decir que en memoria de esta laudable resolución, fundó la orden del Armiño, con esta divisa: *Malo mori, quam fœdori* (2).

Parece, sin embargo, que este castigo no satisfizo aún el rencor de Fernando. Hizo encarcelar, poco después que a su padre, al hijo de Marino Marzano, Juan Bautista, prometido de Beatriz, sin duda para sustraerse a las reivindicaciones a las que hubiera podido dar lugar el matrimonio hecho *per verba*. Las notas de la época no ponen bastante en claro las circunstancias que acompañaron a este hecho; pero el hecho está fuera de duda, y cuesta trabajo imaginar una razón suficiente

(1) Carta de Sforza a Fernando y despacho del embajador Antonio da Trezzo. (París, Biblioteca Nacional. *Arch. Visc. Sforz.* Cód. 1.590, folio 217, 221.)

(2) Nunziante (*Arch. Stor. Nap.* XXIII), pág. 195, 201.—G. A. Summante (o. c.), págs. 449 y 450.

para justificar la encarcelación de un niño de cinco años. Sábase también que Juan Bautista Marzano no recobró la libertad, precozmente envejecido por el calabozo, sino después de la toma de Nápoles por el rey de Francia, Carlos VII, en 1495 (1).

Imagínase fácilmente la impresión que hubo de producir en el alma de Beatriz niña, después joven, la idea de que allí mismo, en donde su existencia transcurría entre el bienestar, el lujo y los placeres, sufría, a pesar de su inocencia, un cautiverio sin esperanza, en los sombríos calabozos subterráneos del palacio real, el que fue considerado por ella como el futuro compañero de su vida.

Ischia y el Castello dell'Ovo, los últimos refugios de los Anjou, se habían rendido por la misma época; Nápoles se iluminó en señal de alegría, y por las calles de la ciudad repercutieron gritos de victoria, mientras que, por su parte, la reina iba a todas las iglesias a orar en acción de gracias.

La reina Isabel—como si hubiera comprendido que había terminado su misión—murió poco después de concluída la rebelión contra su marido. Había caído gravemente enferma en el mes de Setiembre del año 1464, y su estado no dejaba muchas esperanzas (2); su enfermedad, que le hacía enflaquecer

(1) V. *Diario Napolitano* (Muratori, *Scriptores*, XXI), pág. 1.134. Tristano Caracciolo: *De variet. fort* (Muratori, *Scriptores*, XXII), pág. 72. Paolo Regio, loc. cit., Summonte III, pág. 349. La prueba de que el hijo de Marzano no fue encarcelado sino después de su padre, resulta del despacho de la embajada de Milán de 14 de Junio, así como de dos cartas manuscritas, conservadas en la Biblioteca Nacional de París (Cód. 1.590, folios 219 y 270), en las que el rey mismo, después de la prisión del duque, habla del hijo de éste como de su yerno, a quien desea dejar los bienes del rebelde vencido, mientras que los despachos posteriores del embajador (con fecha del 7 de Julio) muestran que el rey había ya dispuesto de los bienes ducales. Es poco probable, en cambio, que el joven Marzano no fuera encarcelado hasta los quince o veinte años de edad, como pretende F. de Comines (loc. cit.).

(2) Despacho del embajador Ant. da Trezzo, en el Arch. de Milán, Pot. Est. Nap.

extremadamente, empeoró, porque, por pudor, no quiso descubrir su mal delante de los médicos (1). Expiró el 30 de Marzo de 1765, en Nápoles, en los momentos en que su hijo mayor iba a casarse y cuando su hijo segundo, Federico, había ido a Roma y a Milán para traer la prometida de su hermano; murió a la edad de cuarenta y un años, tan religiosamente como había vivido, llorada por todo el mundo, porque—como dice Pontano—«todos, pero sobre todo los buenos, le deseaban una larga vida». Dícese que a su muerte se descubrieron un cilicio y unas disciplinas con que se mortificaba, en una cajita, en la que se creía encontrar alhajas. La enterraron con gran pompa en la iglesia napolitana de San Pedro Mártir, que ella había hecho restaurar durante sus últimos años por la suma de 8.000 piezas de oro, y en la que un pintor holandés ha inmortalizado a la piadosa reina, en un cuadro del altar de San Vicente Ferrer. La ha representado en oración en su capilla privada con sus hijas, Leonor y Beatriz (2). Cuando el desmoronamiento de la iglesia, las cenizas de la reina fueron trasladadas, en 1561, a una tumba que comparte con su tío, hermano de Alfonso I, Pedro de Aragón, muerto en el campo del honor (3).

Beatriz conservó piadosamente, durante toda su vida, la memoria de su madre, harto prematuramente desaparecida; la prueba de esto la tenemos en el hecho de que cuando quedó viuda, en Hungría, mandaba todavía decir misas semanales por el alma de su madre (4).

(1) Philippus Bergom (o. c.), pág. 156.—Tumemilillis (o. c.), páginas 127 y 128.

(2) Notar Giacomo (o. c.), págs. 110 y 111, y Guis. Cosenza (o. c.), Nap. Nob. IX, pág. 118.

(3) Summonte (o. c.), III, pág. 475. Fabriczy (o. c.), pág. 28 y Cosenza (o. c.), pág. 93.

(4) Archivos nacionales húngaros D. 19.999.—Orden de la reina viuda Beatriz, fechada en 13 de Abril de 1493; en Esztergom, por la que obliga a los Paulinos de Mármaros a decir misas expiatorias que los eximirán de su censo de sal.

La influencia de la reina sobre el desenvolvimiento del alma de la joven parece haberse manifestado en dos sentidos: una devoción muy grande, y una perseverancia apasionada y enérgica que Beatriz mostró siempre (como vamos a verlo), en la ejecución de sus buenas o malas acciones.

II

Tras unos años de infancia tan accidentados, Beatriz tenía apenas ocho cuando le faltó su madre. Solamente las circunstancias exteriores pueden permitirnos conjeturar cuáles son las personas que han ejercido una influencia sobre su desarrollo físico y moral. No ha tenido madrastra, porque el rey Fernando, que tenía cuarenta y dos años a la muerte de su primera mujer, no se volvió a casar hasta que sus dos hijas estuvieron casadas. Como el libro de cuentas de la casa real de esta época menciona siempre a Beatriz con sus otras hermanas, no tenemos motivo alguno para creer que permaneciese mucho tiempo en Aversa, en casa de su tía, que era la mujer del encarcelado duque de Sessa; por el contrario, todo parece probar que su padre consideraba nula, en virtud de los hechos, la promesa de matrimonio con el hijo del duque rebelado, y que tenía y educaba a su hija en la corte.

De esta educación y, en general, de los años de soltera de Beatriz, Bonfin (1) hace una pintura tan atractiva, que debemos considerarla, por lo menos, como una obra que caracteriza la vida cortesana y—aunque no esté fundada en datos di-

(1) Ant. Bonfin: *Symposion Trimeran*, de Pudicitia conjugali et Virginitate (Joan. Sambueno, Bacilo, 1572), páginas 394-397. Bonfin escribió este libro—como el mismo asunto lo indica—después de la reocupación de Otranto (1480) y en vida de Juan de Aragón (antes de 1485, por consiguiente), y así está fuera de duda que la obra se escribió en Italia, y que el ejemplar manuscrito—que se encuentra actualmente en la Biblioteca de la corte de Viena—lo ofreció a Beatriz, a la llegada de ésta.

rectos—como una pintura idealizada de la educación de las princesitas de entonces. «En aquel tiempo la vida parecía deliciosa—dice Beatriz en el diálogo que se le atribuye,—porque, fuera de los cuidados que daba a mi cuerpo, consagraba todo el tiempo a los estudios útiles. Me levantaba con la aurora, y consagraba la primera parte del día al servicio de Dios; durante mis frecuentes devociones no dejaba nunca que mi espíritu se distrajese, porque mi deseo no me llevaba nunca a otra parte. Sin perjuicio del cumplimiento de mis deberes para con Dios, recibía las lecciones de los maestros de varias ciencias en compañía de mis hermanos; la discusión que teníamos juntos después de la lección, desarrollaba también nuestra inteligencia. Después nos apresurábamos a saludar a nuestro buen padre, que se distraía con nuestra presencia y nuestra charla. Luego visitaba los talleres de tejidos y de tinte, bajo la seria y competente dirección de mi aya; pero a las nueve volvía con ardor al estudio, o bien me recreaba el cuerpo y el alma escuchando discursos sabios y religiosos. Esta ocupación era seguida de nuevos ejercicios de devoción y de la lectura de los libros sagrados, que me ocupaban la mayor parte del día; después de esto, un corto paseo bajo el pórtico o por el delicioso jardín, fresco y grato, en el que nuestro padre ha hecho poner en varios sitios imágenes de santidad, para que dirigiésemos en todas partes nuestro espíritu hacia Dios. Llegada la noche, el deber sagrado e incesante de la devoción nos llamaba de nuevo. Después de la cena, teníamos siempre una lectura moral y una conversación instructiva, y yo no necesitaba llamar al sueño: descendía él sobre mí sin que tuviese que esperarle, y así terminaba un día agradable con una noche apacible.»

Es verosímil que ni el mismo rey ejerciese en realidad una influencia personal y directa sobre la educación de sus hijos, y sobre todo, de sus hijas; aunque los años siguientes fueron más tranquilos, o por lo menos más pacíficos y menos críticos que los anteriores, las ocupaciones políticas de Fernando, su pasión por la vida militar, por la cría de caballos, por la caza,

le impedían consagrar mucho tiempo y atención a sus hijas muy jóvenes, verlas a menudo y ocuparse de ellas (1). Lo que queda de su correspondencia, prueba la frecuencia de sus viajes y cuánto tiempo pasaba en lugares a los que su familia no podía acompañarle (2); la vigilancia asidua de sus yeguas y sus picaderos, que se encontraban en trece puntos diferentes (3), exigía ella sola frecuentes viajes. Pero está fuera de duda que la personalidad enérgica de este rey, muy distinguido por varios conceptos, ejerció una influencia moral sobre todos los que le trataban, y particularmente sobre los miembros de su familia.

El exterior de Fernando, sobre todo en los años que siguieron, se parece poco al de Alfonso, que fue siempre muy noble; con el tiempo se hizo rechoncho; sus biógrafos dicen que era de estatura media, con gruesa cabeza, de una gran fuerza corporal, y especialmente hábil y experto en el manejo de las armas y en domar caballos (4). Los primeros años de su reinado prueban ya que reunía cualidades preciosas en un principio (5): su energía infatigable, su prontitud de decisión, su valor, su tenaz perseverancia y su perspicacia política le sacaron de las situaciones más desesperadas: Maquiavelo dice de él—y no sin razón—que se le tenía por el príncipe más sabio de su tiempo (6).

(1) «Ad pena ve have pralicha», dice de Beatriz Diómedes Carafa, respecto al padre de ésta, en una Memoria de la que más adelante daremos cuenta. (*Ben. Croce. Memoriale a Beatr. d'Aragonia*, Napoli, 1895, página 40.)

(2) Francesco Trinchera: *Codice Aragonese* (Napoli, 1866). Según testimonio del primer volumen, varias cartas de Fernando de los años 1467-68, están fechadas, incluso en los meses de invierno, en cinco o seis lugares por mes.

(3) Tommaso Percico: *Diómedes Carafa*, Napoli, 1899, pág. 230.

(4) Tristano Caracciolo: *De varfort*, pág. 75. Bastian Biancardi: *Le vite de' Re di Napoli*, Venecia, 1737, pág. 365.

(5) Camillo Porzio: *La Canginera de' Baroni*, (Racalla di più rino-mati scrittari, etc. V. Napoli, Fravier, 1769, pág. 2.

(6) Niccolo Machiavelli: *Discossi sopra Tito Livio*. Lib. II. Cap. XII.— Alf. v. Reneusent: *Lorenzo dei Medici, il Magnifico*, Leipzig, 1874. II. Página 293.

Supo rodearse de hombres eminentes y aprovechar sus consejos; Giovano Pontano, que fue su historiógrafo y, durante mucho tiempo, su primer ministro, era uno de los mejores escritores latinos y de los mayores sabios de su época; se comprenderá, pues, fácilmente por qué ciertas notas diplomáticas del rey de Nápoles sobresalían por la solidez del razonamiento tanto como por su estilo, en una época que perseguía en todo la perfección de la forma. Algunos historiadores alaban la generosidad, la beneficencia del rey, el interés que tomaba por los males del pueblo (1), y sabido es que el rey gastaba gustosamente para su biblioteca, para escritores, para obras de arte y hasta para empresas de comercio marítimo.

Pero todas sus buenas cualidades tenían una tendencia a degenerar en defectos: su gusto por la representación y sus liberalidades le llevaron a un despilfarro insensato; su talento de persuasión, sus maneras cautivantes, no sirvieron sino para engañar a los hombres (2). No enriqueció a sus partidarios sino para esquilmarles so color de préstamos o regalos, o bien para apoderarse de sus bienes, privándoles de su libertad, y hasta quitándoles la vida con cualquier pretexto (3).

Las guerras que sus enemigos o su fuerza de acción le obligaron a emprender, le acostumbraron a no conocer ni prudencia, ni miramientos, si siquiera honradez, cuando se trataba de procurarse *dinero*. Practicaba diariamente la venta de los empleos y de los beneficios eclesiásticos, y ponía a contribución a los particulares y a las comunidades religiosas con diferentes pretextos; centralizaba todo el comercio, como un monopolio, en manos de uno solo de sus ministros, Francesco

(1) Biancardi (o. cit.), pág. 357. Tom. Persico: *Diomede Carafa*, página 161.

(2) Pontanus: *De Sermone*, edición de Basilea del año 1538. II vol. Libro II, cap. 9, 234.

(3) Trist. Caracciolo (o. c.), págs. 87 y 89. Camillo Porzio (o. c.), páginas 108 y siguientes. Jacob Burckhardt: *Die Cultur der Renaissance in Italien*, Leipzig, 1896, primer vol., pág. 37, *Chronicon Venetum*. (Muratori, *Scriptores*, XXIV), pág. 15, y *Diario Terrarese* (ibid.), páginas 294 y 295.

Coppola, conde de Sarno; aprovechaba el alza de los precios de los cereales, produciendo una penuria artificial y, más adelante, prendió e hizo ejecutar a Coppola, que llevaba su parte en estos beneficios, con pretexto de que había estado comprendido en la conjuración de los «barones». Ciertamente es que no cometió el perjurio sino como represalias con varias de sus víctimas, pero en el perjurio se mostró superior a todos sus rivales; es casi inconcebible que después de tantos ejemplos espantosos cayeran todas sus víctimas en el lazo que les tendiera. Así, pues, con razón acusan de crueldad a Fernando (1) los historiadores más serios y más conscientes de Italia, y nosotros no podemos disculparle con pretexto de que las víctimas de su crueldad eran a veces mayores tiranos que él. Pero, de otra parte, no debemos dar entera fe a los relatos de algunos contemporáneos, según los cuales, hallaba él un placer perverso en la crueldad; según ellos, gozaba con el espanto que la muerte producía a sus prisioneros (2), los disecaba después de muertos, como animales, y los ponía en los salones de palacio (3); es muy difícil conciliar perversidades tan insanas con el carácter enérgico, el sentido práctico y el espíritu utilitario de Fernando.

El que tenga a caracteres como el del padre de Beatriz por incapaces del sentimiento de amistad y de la vida de familia, no conoce la rara atmósfera moral de Italia en la época del Renacimiento. La florescencia extraordinaria del arte, en el transcurso del Renacimiento italiano, se explica precisamente

(1) Summonte, ob. cit., III volumen, pág. 471. Franc. Jericciardini: *Istorie d' Italia*. (Firenze, Conti, 1818.) Primer vol. páginas 53, 54, 128 y 129. Pasqui Villari. *La vita di Gir. Savonarola* (I vol. 27 y 28). Igualmente: *Machiavelli e i suoi tempi*, I volumen. Introducción, páginas 82 y 83.

(2) Pontanus: *De Immanitate* (edición de Basilea de 1538, primer volumen), cap. IX, pág. 599.

(3) Jac. Burckhardt, (o. c.), primer vol., pág. 37, *Diarium Terrariense*, ab 1409-1502, anon uno auctore synchrono (Muratori, *Scriptores*, volumen XXIV), pág. 294.

por el hecho de que en todos los terrenos de la actividad y de la vida humanas, y sobre todo en la política, dominaba un espíritu, una tendencia verdaderamente artística (1). Alcanzar un fin político cualquiera hacía tanto más honor a su arte, a los ojos de los hombres de Estado del Renacimiento italiano, cuanto más difíciles de vencer eran los obstáculos, más aventurados los medios elegidos, y cuanta mayor superioridad pedía el resultado, no solamente en el hecho de prever y en la decisión, sino también en la astucia y en la inflexibilidad. De aquí procede que todas las otras consideraciones estén subordinadas al punto de vista, sólo valedero, del triunfo político: de aquí procede la falta absoluta del sentido moral, en lo referente a la política. Los políticos del Renacimiento italiano elegían medios nobles e innobles—según lo que la oportunidad los aconsejaba—con la misma tranquilidad de alma que el pintor elige colores oscuros o claros en su paleta, guiado únicamente por las exigencias del asunto y por el efecto artístico buscado. Manifestábase en los actos de aquéllos una especie de inconsciencia, y esa deplorable escisión entre la política y la moral no se les presentó a la vista, hasta que Maquiavelo resumió en forma de principios lo que sus modelos venían cometiendo desde hacía años y años con inaudita sangre fría.

Los lados malos del carácter de Fernando se hicieron más salientes cuando, en una edad avanzada, compartió el poder con su hijo Alfonso, duque de Calabria, y se sometió a su influencia; en los primeros años de su reinado sufrió un tanto la influencia benéfica de su mujer, y luego, durante algún tiempo, en razón de la juventud de Alfonso, no le dejó todavía gran autoridad. El duque de Calabria—hermano mayor de Beatriz—no parecía haber heredado sino lo malo de su padre, no sus capacidades políticas, su valor y su perseverancia. El

(1) Jac. Burckhardt (o. c.), vol. I, pág. 3 y 7. Symonds, (o. c.), (I., página 521.) Nic. Machiavelli llama a la estratagema, por la que César Borgia se apoderó de los capitanes mercenarios y los mató, un «bellissimo inganno».

pueblo le llamaba el «guercio», el bizco, a causa de un defecto de la vista; ese pueblo no le quiso nunca, ni aun cuando los poetas de la corte le pusieron por las nubes en sus elogios. Cometía sus maldades con cínica franqueza—al revés de su padre—y era mucho más libertino que Fernando. Más adelante, cuando hubo perturbado toda Italia, a causa de su pasión desenfrenada por la guerra, y suscitado la adversión de todos sus contemporáneos con sus perjuros y sus atrocidades (1), aparece verdaderamente como «el precursor de César Borgia (2)».

Más adelante notaremos en el carácter de Beatriz un rasgo que muestra seguramente su parentesco de alma con Alfonso, pero que no es un rasgo antipático. Los cronistas han notado que, durante sus enfermedades, Alfonso buscaba alivio en la recitación de los poetas, en las representaciones de los comediantes y en la farsa de los arlequines (3). Ahora bien; más adelante veremos que Beatriz, una vez reina, gustaba también de este género de distracciones, cuando se encontraba indispuesta. Probablemente, Federico, uno de sus hermanos, fue el que estimuló la afición de Alfonso por la poesía; sabemos que ese hermano trabó relaciones con el joven Lorenzo de Médicis a la edad de doce años, y que hizo copiar para él un volumen de versos, al que puso él mismo un prólogo; más adelante, Federico se mostró, incluso cuando fue rey, un amigo entusiasta de los poetas.

(1) Felipe de Commines (o. c.), págs. 303-305. Camilo Perzio le llama (*Congeima de' Baroni*, ed. cit.) «peron feroe», y le tiene por el causante de constantes guerras, fomentadas por su desenfrenada ambición. En cuanto a su vida, véase: *Effemeridi delle dosa fatte per il Duca di Calabria*, 1484-1491, di Joampiero Leostello (Gaetano Filangieri). *Documenti per la Storia, la arti e la industria della provincie napoletane*, Napoli, 1883, I vol.

(2) Jac. Busckhardt (o. c.), vol. I, pág. 92.

(3) Percopo (o. c.), pág. 43. Leostello: *Effemeridi* (vol. cit.), LXXXII y pág. 251.

Alfonso, el príncipe heredero, gustaba de darse aires de protector de las artes, y se decía alumno de Florencia (1). Guido Mazzoni, que se hizo escultor después de haber sido fabricante de caretas, y a quien Alfonso, cuando era todavía príncipe heredero, daba ya trabajo, ejecutó un grupo de estatuas, que—lloran a Cristo muerto—en la iglesia Monteliveto de Nápoles. Todavía se puede ver esta obra, cuyas figuras son probablemente retratos. Los dos hombres de edad, arrodillados en primer término—de los que uno es Nicodemos y el otro José de Arimatea,—son considerados generalmente como las estatuas de Giovanni Pontano, hombre de Estado y sabio escritor, y del poeta Sannazar, autor de elegías bucólicas y de sátiras. Vemos a un hermoso joven con largos cabellos, inclinado y rezando, al lado de Pontano; por el parecido pudiera ser Alfonso, que encargó esta obra, y que está representado más joven de lo que era cuando fue hecha. Si se hizo representar así en un grupo de estatuas de asunto religioso, fue más bien a causa de su predilección por los hermanos olivatanos—benedictinos blancos—y por su claustro, que en razón de un profundo sentimiento religioso que no demostró por completo sino al final de su vida (2).

No creemos engañarnos al atribuir, entre los miembros de la familia real, la mayor parte de influencia sobre el desarrollo del alma de Beatriz a su hermana mayor, Leonor. Ciertamente que ésta no tenía a la sazón sino quince años, pero la llevaba siete a Beatriz, con la que pasaba todo el tiempo, y aunque sea casi imposible averiguar los rasgos individuales de Leonor, entre los elogios convencionales de los cronistas contemporáneos, sabemos que se mostró más adelante—cuando fue duquesa de Ferrara—una mujer muy inteligente, discreta y

(1) Giul. Grimaldi: *Bernardo alla Corte d'Alfonso II d'Aragona* (Arch. Stor. Nap. XXV), pág. 220.

(2) Según F. de Commines (o. c.), Alfonso estuvo años sin confesar ni comulgar.

excelente madre; sabemos también, por la correspondencia muy seguida de las dos hermanas, que Beatriz demostraba a Leonor, no solamente una confianza y una afición sin límites, sino esa especie de respeto y de abnegación que sentimos por las personas cuya autoridad hemos ya reconocido desde niños. Cuando llegó a ser la poderosa reina de Hungría, puso en gran parte su influencia al servicio de los intereses de la familia de su hermana, y cuando, a la muerte de su marido, tuvo que sufrir la penosa situación a que la redujo su viudez, dirige a su hermana mayor, «como una hija a su madre», sus quejas y sus demandas (1).

La muerte de la reina de Nápoles, que fue una pérdida tan grande para su familia, no impidió al duque Federico, que tenía entonces trece años, continuar su viaje a Milán con un acompañamiento que no contaba menos de 600 jinetes. Entró en Florencia vestido de luto, así como sus acompañantes, a causa de aquella desgracia (2). Pero el luto no hubo de durar mucho tiempo; según testimonio del libro de cuentas de la casa real, se arregló un collar de oro de la reina, a los dos meses de su muerte, para uso de su hija Beatriz (3), y durante el verano y el otoño del mismo año se hacen diferentes vestidos, no solamente de color violado, sino verde, y otros colores; se hacen también trajes de brocado de oro y diademas de oro para las princesas Leonor y Beatriz (4).

No se aplazaron las bodas del príncipe heredero. La novia llegó el 14 de Setiembre en compañía de su futuro cuñado, Federico, de sus hermanos Felipe y Mario Sforza; acompañábase un brillante cortejo. El rey, rodeado de los principales señores de la corte, salió en persona al encuentro de ella, hasta

(1) Véanse las cartas dirigidas por Beatriz a la duquesa Leonor durante los años 1492-93 y conservadas en los Archivos del Estado de Módena.

(2) Renemort: *Sor, de Medici*, I, pág. 212.

(3) *Cedola della Tesorería Aragonesa*, vol. XLI, fol. 264.

(4) *Ibidem*: Vol. XLIII, fol. 146, 204, 330.

una milla en dirección de Aversa, y la princesa entró en medio del sonido de las trompetas, del ruido de los petardos, de la música y de las aclamaciones populares. En el transcurso de las solemnidades nupciales, que duraron quince días enteros, organizáronse torneos en que las damas compitieron con los caballeros, y en los que la victoria se atribuyó exclusivamente a las damas, por decisión personal del rey.

Entre la casa de Aragón y su fiel amigo Francisco Sforza se había ya formado el proyecto de una unión matrimonial en tiempos de Alfonso I: Alfonso, hijo mayor de Fernando, duque y más adelante rey de Calabria, había de casarse con Hipólita, hija de Sforza; y Leonor, la hija mayor de Fernando, con el hijo del duque de Milán, Mario Sforza. Las dos bodas se celebraron, pero solamente fue definitiva la que unió a Alonso con Hipólita; el matrimonio entre Mario Sforza y Leonor no se hizo sino de fórmula, probablemente a causa de su juventud; el matrimonio efectivo se aplazó y no se realizó nunca. Casi todas las ceremonias se celebraron en el salón del Castello Nuovo, transformado para esta ocasión en capilla. Los dos jóvenes Sforza dan cuenta detallada en una carta dirigida a su madre (1); mencionan la presencia de la princesa Beatriz —de edad de ocho años— que estaba arrodillada con su tía y con Hipólita, su futura cuñada, al lado derecho del altar, y que besó la mano del rey su padre.

La unión de la princesa milanese con el heredero presunto del trono pareció a los napolitanos un suceso tanto más importante, cuanto que el rey de Francia se había esforzado en disuadir al duque de sus propósitos, y en obtener la mano de su hija para Juan, hijo del pretendiente Renato de Anjou. Poco antes, otro príncipe había igualmente pretendido la mano de Hipólita; era Matías, rey de Hungría. Habiendo enviudado, e inspirado sin duda por la analogía entre la elevación a los honores de las dos poderosas dinastías militares, los Sforza y los

(1) En los Archivos de Milán, Sez. Pot. Sovrane Sforza Fil. María.

Hunyadi, pensó buscar su nueva mujer en la corte de Milán. Llevadas con el mayor secreto, las negociaciones fracasaron por las intrigas venecianas, y así, la que quiso por mujer, entró en la familia real, en la que, diez años después, iba a tomar esposa (1).

Hipólita hubo de desempeñar un gran papel en Nápoles, porque era la sola mujer en la familia real y procedente de una casa soberana, conocida por su distinción, su lujo y su gusto por las artes; Milán mantenía además relaciones muy seguidas—en el Norte de Italia—con los franceses y los alemanes, y la princesa aportaba sin duda nuevos elementos a la vida y las costumbres de la corte napolitana.

Se explicará fácilmente que el terremoto del siguiente año, que causó más terror que destrozos en los alrededores de Nápoles, fuera considerado como presagio de funestos acontecimientos, porque poco después, en Marzo de 1466, Francisco Sforza murió, a los sesenta y cuatro años; su muerte no era solamente un duelo para la futura reina de Nápoles, sino que fue también, por culpas de los sucesores del duque, el germen de las complicaciones que habían de acarrear la crisis de toda Italia, y, sobre todo, la del reino de Nápoles.

En el mes de Setiembre del mismo año, la corte de Nápoles tuvo un huésped ilustre. Pedro de Médicis, déspota de Florencia, envió allí a su hijo Lorenzo, de diez y ocho años, que se hizo tan célebre por fortificar las buenas disposiciones del rey de Nápoles para con los Médicis y robustecer la amistad que se había establecido el año anterior entre él y el príncipe Federico. El joven, inteligente y de maneras simpáticas, produjo excelente impresión en toda la corte, en donde sin duda conoció a Beatriz, que tenía nueve años, y a la que sirvió, algunos años después, de mediador en unas importantes circunstancias.

(1) Guillermo Frankuoi: *Le roi Mathias de Hungad* (en húngaro), paginas 156 y 157.

Según el libro de cuentas de la casa real, Beatriz empezó en 1465 sus estudios de gramática (1), cuando tenía ocho años; pero hasta dos años después, en la primavera de 1467, no encontramos el nombre de su preceptor, que permaneció con la joven hasta que tuvo diez y siete años; llamábase el abate Antonio de Sarcellis (2); se le nombra al principio «maestro di rettorica», y luego sencillamente «maestro della illustrissima donna Beatrice», y recibe un sueldo de 6 ducados mensuales. No tenemos detalles más circunstanciados respecto a la personalidad del abate Antonio; tenemos solamente por probable que era el provincial de la Orden de Carmelitas, a que pertenecía el convento de Carmina Maggiore de Nápoles (3).

Sobre la enseñanza que recibió Beatriz, aparte el carácter general de la educación de las mujeres del Renacimiento italiano, nos dan suficiente luz los títulos de los libros comprados para ella. Vemos que le dan desde la edad de diez años el *De Senectute* de Cicerón, escrito en pergamino (4). Por aquella época, el libro impreso era todavía una cosa rara; Beatriz no recibió el primero hasta la edad de diez y seis años; los manuscritos están hechos, en su mayor parte, por los copistas

(1) V. la nota de *Cedula d. Tes. Arag.*, fecha 30 de Marzo de 1465 sobre la compra de una gramática, de un escritorio y un cuaderno de estudio para Beatriz.

(2) En otras partes, «de Sarcello» ó «de Cercello», «de Cercellis» y «de Xerxellis.» (*Cedula d. Tes. Arag.*, vol. 45, fol. 464, vol. 46, fol. 174, 236, 243, vol. 47, fol. 278, 350, vol. 50, fol. 333, vol. 56, fol. 246, 340, vol. 63, fol. 198, vol. 66, fol. 158, 335, etc.) Es cierto que no es el mismo que Antonaccio da Sessa, a quien las *Cedole* mencionan siempre así — sin darle nunca el título de abate, — como preceptor del príncipe Francicco.

(3) Leemos en la pág. 326 del III volumen (*Estratti di Scheda Notarili*) de la obra de Filangieri, titulada *Monumenti para la Storia*, etc., que el provincial de la dicha Orden, en 1471, fue «P. M. Nicola de Arcellis»; teniendo en cuenta las variaciones continuas de la ortografía de los nombres propios en los documentos del siglo xv, pensamos que se trata aquí de Antonio de Sarcellis, es decir, del preceptor de Beatriz.

(4) *Cedula d. Tes. Arag.*, vol. 45, fol. 390.

del rey empleados en este trabajo (1), y si se considera que servían de manuales, se encontrará que son bastante caros (2), así como los cuadernos de estudios en pergamino de la princesita (3). Cicerón tuvo una parte muy amplia en los estudios de Beatriz; al lado del *De Senectute*, vemos *De Officiis* y *Epistolarum liber* entre los libros comprados por ella; hallamos naturalmente a Virgilio que tuvo importantísimo papel en todo el Renacimiento italiano en general, y en Nápoles en particular. La enseñanza comprendía, pues, especialmente las humanidades y se basaba sobre todo en las obras de los clásicos latinos; estaba, pues, conforme con los principios sobre la educación de las mujeres que el Renacimiento italiano aplicaba a la educación de las jóvenes de familias distinguidas; con arreglo a estos principios, había que elevar a las mujeres—por lo que concierne a la cultura intelectual—al nivel de sus maridos; de suerte, que no nos debe chocar que estuvieran algunas veces más adelantadas en el conocimiento de los clásicos antiguos y en el estilo latino, que los hombres de su tiempo, porque éstos se alejaban más pronto de los libros, por las necesidades de la educación militar (4).

Hablar con ingenio y mostrar un conocimiento todo lo completo posible de los autores clásicos, era lo que se consideraba como el ideal de la cultura femenina; ideal al que respondía Beatriz—como ya veremos,—según el testimonio de sus contemporáneos. Citábanse, sobre todo, con encomio las mujeres que eran capaces de pronunciar, llegado el caso, un dis-

(1) Vemos varias veces el nombre de Joan Marcho Lombardo, así como el de Sabatino de Nola; éste era, sin duda alguna, el marido de la nodriza de Beatriz, que fué más adelante a Hungría. (*Cedola*, vol. 50, fol. 231, y vol. 56, fol. 95.)

(2) Su precio varía entre 3 y 20 ducados. (*Cedola*, loc. cit.)

(3) Su precio es de un ducado diez granos. (*Cedola*, vol. 53, fol. 186, y vol. 55, fol. 138.)

(4) Baldassare Castiglione: *Il libro del Cortegiano*. Milán, 1803, II, página 17.—J. Burckhardt (o. c.), II vol., págs. 122-127.

curso en latín clásico; así se nota que Hipólita Sforza, cuñada de Beatriz, en ocasión del Congreso de Mantua, dirigió—a los catorce años de edad—un hermoso discurso latino al Papa Pío II; un Cardenal presente dijo, a propósito de este discurso, que «ni una diosa hubiera podido hablar mejor» (1). En Florencia, en tiempo de Lorenzo, muchas mujeres eran conocidas como autoras de buenos poemas latinos y griegos. Sabemos que Beatriz brilló más adelante en Hungría, porque hablaba corrientemente el latín y hacía citas latinas (2); para ello, el conocimiento de la lengua latina, que debía a sus estudios de muchacha, adquirió una importancia práctica de primer orden, porque fue como reina a un país en donde, mientras que no hubiese aprendido el húngaro, no podía hablar sino en latín, incluso con su marido.

Beatriz pudo, pues, leer a Virgilio, cuya tumba legendaria guardaba Nápoles, y, al leerle, su imaginación juvenil pobló con las figuras más maravillosas y más simpáticas de la mitología, *dulcissima Partenope*, aquel mundo que se extendía ante sus ojos, engalanado con todos los encantos de la Naturaleza. En Castel Nuovo aunque este castillo se halle desprovisto de ornato y se parezca a un cuartel, encontramos todavía—del lado del mar—los huecos de los balcones, desde donde se

(1) Pastor (o. c.), II vol., pág. 43.

(2) Galeotti Martii, naresiensis: *De egregie sapienter jocosè dictis ac factis S. Regis Mathiae*, ad ind. Ducem Joanem ej. flinem (J. G. Schwandtner: *Scriptores Rerum hungaricarum*, Vindob, 1766, par. II, y varias ediciones húngaras). Cap. XXV. Bonfin (*Symposion Trimeron*, pág. 11), dice de Beatriz: «Danubinen bárbara verba redolentem latine loqui coegisti.» Peter Eschenloer's *Geschichten ser Stadt Breslau ced Denkwürdigkeiten seiner Zeit*, Breslau, 1828, II vol., pág. 342; Sie ist wol gelärt und in Latein sehr gespräche und behande.» Dubravius (*Historia Bohémica*, Frankfurt, 1687, pág. 805), pone de relieve «sermonis latini elegantia», de Beatriz. Jacob Fugger: *Spiegel der Ehren des Erzhauses Osterreich*, Nuremberg, 1668, pág. 831. Gerardus de Roo: *Annales Rerum belli domique ab Austriacis Habsburgicae gentis Prini, gestorum*, Veniponti, 1592, pág. 310.

goza de una vista encantadora sobre el Vesubio que se alza enfrente, sobre los contornos esfumados de la Península de Sorrento, del Pansípilo, de Capri, y sobre la mar azulada, por la que corren blancas velas; aquí tuvo Beatriz sus sueños de juventud. El bello Vesubio era entonces una montaña muy tranquila, porque aquellos años forman parte del período de cinco siglos durante el que el volcán estuvo en reposo; los napolitanos no conocían los estragos que causara antaño sino por los relatos de Séneca y Plinio, puesto que aún no se habían descubierto las ruinas de Pompeya y Herculano; sin embargo, frecuentes temblores de tierra turbaron en aquel tiempo ese paraíso terrestre.

Una de las novedades intelectuales del Renacimiento italiano es el sentido de la Naturaleza, el despertar del sentimiento de las bellezas naturales, que observamos ya en Petrarca y en Eneas Silvio, hasta en San Francisco de Asís. La literatura antigua ha influido también en esta renovación; lo demuestran los escritos de Pontano que, al describir Nápoles y sus alrededores, insiste sobre los lugares que los antiguos prefirieron y nombraron en sus mitos, como si el encanto aumentara por el hecho de que Lúculo, Cicerón, Plinio y Virgilio se hubiesen recreado en ellos (1). Pontano, como Sannazar, no puede cantar las bellezas de Nápoles, de Sorrento, de Bayes, de Camas, de Salerno, sino en la lengua y con el tono de las bucólicas y las églogas romanas. Y este sentido no se manifestaba solamente en la literatura, sino en la vida. La casa de Aragón es particularmente entendida en hacer agradables la habitación y la vida por el goce de la Naturaleza. Fernando sostiene magníficos jardines próximos a Castel Nuovo, y en la parte de la costa ocupada hoy por el palacio y los jardines reales; mora bastante a menudo en Puzzoles, toma baños en Bagnolo; de los lugares que frecuenta, Casale di Principe, Casale di Arnone, Nola, Calvi, Teano, Aversa, se encuentran en

(1) Pontanus: *Historice Neapolitance*, etc., págs. 147 y 148.

los lujuriantes bosques de los alrededores de Nápoles, de la «Campagna felice»; Astroni, y probablemente Tripergole—desaparecido luego,—estaban situados en los Campos Flegreos de la fábula (1), en un cráter apagado en medio de las frondosas montañas que dominan Puzzoles; Castel di Sangro está situado en el corazón de los Abruzos; Venafro, en el romántico valle del Valturmo. El joven Alfonso es aún más refinado en el arte de gozar de la Naturaleza y de lo que la rodea; cuando todavía es duque de Calabria, construye palacios uno tras otro, y los engrandece, dibuja y planta jardines de mirtos y limoneros, con fuentes y baños, pistas reservadas a los jinetes y los coches; cambia, según su humor, el lugar de las comidas; come a menudo al aire libre con su familia y su corte, sobre la hierba, junto al agua murmuradora, mientras que una conversación alegre anima y prolonga esta comida campesina (2). Todas estas circunstancias hubieron de desarrollar en Beatriz gustos que coincidieron felizmente con los de Matías, y que nos explican también las numerosas creaciones monumentales admiradas por todo el mundo que la pareja real hizo en Hungría.

Beatriz pudo ver frecuentemente en sus años de juventud, desde lo alto de amplias graderías, o desde el balcón de la sala de fiestas, a su padre o a su hermano pasar revista a las tropas; vió el centelleo de las corazas y de las alabardas; oyó el rumor del desfile y de la formación de las filas, y el toque de los clarines. Porque no pasó año sin ruido de armas. Ya, a causa de la vecina isla de Ischia, hay escaramuzas en el mar, contra los Torella (3), ya había que ayudar al Papa a aniquilar el poder de los Aguilars, que eran también enemigos de

(1) Nicola del Pezzo: *Siti reali é campi flegrei e gli Astrani*, Nap., Nobil. VI, págs. 119 y 149.

(2) Leostello: *Effemaridi*, etc.; páginas 173, 241, 259, 289, 323, 326, 343, 347. Sammonte (o. c.), III vol., pág. 502. Alfredo, v. Renemont. *Die Carafa von Maddaloni*, II, pág. 33.

(3) Passero (o. c.), pág. 28. Natar Giacomo (o. c.), pág. 112.

Nápoles; otras veces había que reivindicar del Papa la posesión del ducado de Sora (1); sostener a los Malatesta contra el poder pontificio, con ayuda de Venecia, de Milán y de Florencia, hasta que al fin, luchas más serias que éstas necesitaron la cooperación armada del reino de Nápoles, al que amenazaba cada vez más la extensión del poder de la media luna.

Las relaciones del rey Fernando con el Papa Pablo II—sucesor de Pío II—seguían siendo hostiles; aunque no se hubiesen declarado nunca una guerra abierta, el Papa veía, sin embargo, la mano del rey de Nápoles en todos los ataques dirigidos contra él, y daba libre curso a su exasperación (2). No se produjo un cambio sino por la necesidad urgente de defenderse contra el turco, y también a consecuencia del cambio ocurrido en el solio pontificio.

Durante el verano del año 1470, corrió la noticia de que las tropas de Mahomet II habían ocupado, por traición, Negroponto, la isla mayor del archipiélago griego, la antigua Eubea, defendida a la sazón por los venecianos. Era un triunfo ruidoso para la expansión del imperio otomano y un peligro muy serio para la Europa cristiana.

Desde la ocupación de Bizancio, el temor de los turcos era la pesadilla de la Europa central y meridional, y sobre todo, de Italia. Como la península apenina estaba expuesta a todas las agresiones del lado del mar, sentíase allí el peligro más amenazador e inminente que en otras partes, tanto más cuanto que los venecianos y los genoveses—que frecuentaban el Levante—tenían allí intereses más considerables que cualquiera otra ciudad, y eran los mejor informados sobre los acontecimientos de ese país; los refugiados de Bizancio que invadieron la Península, referían detalles tanto más espantosos cuanto que querían inspirar compasión sobre el horrible trato

(1) Pastor (o. c.), págs. 366 y 372. Muratori: *Annali*, págs. 72, 73 y 87.

(2) Notar Giacomo (o. c.), págs. 115-117 y 122. Passero (o. c.), páginas 297, 303, 380 y 381.

que los cristianos podrían esperar por parte de los turcos, gentes salvajes, fanáticas e implacables. Es, por lo tanto, muy comprensible que, bajo la influencia de estas alarmantes noticias, las potencias italianas se apresuraran a olvidar sus quejellas, y se mostraran dispuestas a aliarse para la defensa común.

Pero el Papa Pío II no pudo ver traducirse en hechos este acuerdo; murió repentinamente durante el verano de 1471, en plena fuerza, y el cardenal Francisco della Rovere ocupó el trono pontificio, con el nombre de Sixto IV. Era general de la Orden de San Francisco, y nadie hubiera pensado que su pontificado sería para Italia una época de guerras incesantes. Lo experimentado por su antecesor y las necesidades de la guerra contra los turcos le hicieron más blando con el rey de Nápoles. Este, al verse libre de otro de sus enemigos con la prematura muerte de Juan de Anjou, prometió complacientemente cuanto se exigía de él en nombre de la defensa de la cristiandad, y permitió además a una de sus hijas naturales casarse con el sobrino del Papa, Leonardo della Rovere, prefecto de Roma. A cambio de esto, el Papa renunció hasta el fin de la vida de Fernando a la suma que éste debía pagar en señal de vasallaje, y se contentó con un caballo blanco, ofrecido para simbolizar el reconocimiento del derecho (1). Para obligar aún más al rey, dió al hijo de Fernando, que tenía quince años, Juan de Aragón, que fue más adelante arzobispo de Esztergon (Hungria), y que era ya protonotario pontificio, la abadía de Monte Casiano y, un año después, el arzobispado de Salerno (2).

Así, pues, todo arreglado, los aliados marcharon a combatir contra los turcos. Nápoles había equipado 24 navíos, y Venecia y el Papa los restantes. La flota italiana salió para

(1) Muratori *Annali* (o. c.), pág. 107. Gregorovius: *Geschichte der St. Rom.* t. VII, pág. 232.

(2) Pastor. Vol. cit., pág. 412. Caputo (o. c.), págs. 66-67.

Rodas y ocupó el puerto de Satália; pero las disensiones sin cesar renacientes entre Venecia y Nápoles paralizaron su acción.

El fecundo tronco de la casa real dió nuevas ramas durante estos años; el heredero presunto tuvo una hija en 1470 y un hijo en 1472; la hija recibió en el bautismo el nombre de Isabel, que fue con el tiempo la infortunada esposa de Juan Galeas, duque legítimo de Milán.

Pero al mismo tiempo habían empezado los preparativos de un acontecimiento que interesa más de cerca a Beatriz: el matrimonio de su única hermana Leonor con el duque de Ferrara, estaba en camino de realizarse.

ALBERTO DE BERZEVICZY

(Continuará.)

LAS FLOTAS DE GUERRA EN 1912

Cada día se muestran las naciones civilizadas y ricas más ansiosas de acrecer su poder naval. Las leyes de Escuadra se suceden unas a otras sin interrupción, y siempre consignando en la última la construcción de mayor número de barcos por año que las anteriores. El Gobierno inglés, sobre todo, como interesadísimo, y más que ningun otro, en conservar intangible la supremacía naval del País, ha llegado a lo que ha dado en llamarse el «two fwo power standard», es decir, a ser más fuerte en el mar que las dos naciones que le siguen en orden de importancia naval, reunidas. La Gran Bretaña, sobre todo en los actuales tiempos de aguda crisis internacional, no necesita del acicate de la Liga Marítima, ni aun de la opinión pública, ni de la prensa marcadamente imperialista, para desarrollar programa tras programa naval que asegure la supremacía naval inglesa y, por ende, la paz. El pueblo y el Gobierno inglés abrigan algunas dudas sobre un extremo muy importante, que atañe a la integridad de su territorio nacional. Mientras hay hombres de Estado, entre ellos Balfour, que sostienen la imposibilidad de un desembarco efectuado por sorpresa, y en un plazo de tiempo cortísimo, Generales de la reputación de Lord Roberts, no creen imposible aquella operación militar y abogan por que el Ejército se organice, en forma tal, que, aun enviando fuera de la metrópoli las tropas

en la actualidad destinadas a las expediciones fuera de ella, quedaran en Inglaterra las de carácter regular suficientes para la defensa del suelo patrio. Lord Roberts defiende, aboga, en una palabra, por el servicio militar obligatorio, al que los ingleses son tan refractarios. Y de esta misma discordancia, respecto de la posibilidad de un desembarco, nace la creación del Ejército territorial, tan laboriosa, y de cuya eficacia hay tantas dudas. No ha faltado un político inglés de la altura de Lord Rosebery, que ha llamado la atención de sus compatriotas sobre los peligros a que se expone por sus inteligencias con Francia: si persiste en ella, habrá de prepararse a realizar todos los sacrificios precisos a fin de asegurar la integridad del territorio, aludiendo, sin duda, aunque sin nombrarlo explícitamente, al servicio militar obligatorio.

Alemania, sin descuidar las necesidades de su Ejército, antes bien, procurando siempre reforzarle en paz y en guerra, no descuida su marina militar, tratando de igualarla a la inglesa, aspiración difícil de realizar, mientras conserve su actual situación como una de las primeras potencias militares del continente (1). Este afán de las grandes, medianas y pequeñas potencias en aumentar su poder naval, parece como un reconocimiento expreso de la importancia del dominio del mar. Y, claro es, que en manera alguna cabe negarlo, y menos aún en la época actual, en la que los pueblos se hallan tan estrechamente unidos por los vínculos comerciales. Ahora puede ocurrir, y ocurrirá seguramente, que las naciones, con grande supremacía naval y vencedoras de otras en el mar, no consigan la victoria decisiva por el solo hecho de su fomento marítimo. Inglaterra, después de haber vencido a Francia y España en las aguas de Trafalgar, ¿logró, por ventura, alguna

(1) Alemania ha sido, desde hace algunos años, el acicate poderoso del extraordinario crecimiento de la marina inglesa. Sin las leyes de Escuadra de Alemania, es seguro que las de Inglaterra hubieran sido más modestas, a pesar de que hasta hace diez o doce años sus probables enemigos eran Francia y Rusia.

ventaja decisiva sobre los aliados, fuera de haber asegurado la inmunidad de su territorio? Ninguna otra consiguió: los ejércitos franceses siguieron imperturbables su marcha por el Imperio austriaco y, pocos días después de Trafalgar, venció Napoleón en Austerlitz a las tropas reunidas de Austria y Rusia.

Según el autor de un estudio de las guerras navales de la época napoleónica, inserto en el tomo IX de la *Cambridge Modern History*, titulado «Napoleón», la batalla de Trafalgar no despertó en Inglaterra el entusiasmo con que más adelante, y hasta ahora, ha sido celebrada: el pueblo inglés encontraba entonces que aquella victoria se pagaba demasiado cara con la muerte de su héroe favorito, Nelson. Esto no implica para que el mismo autor, al terminar su estudio, afirme enfáticamente que Napoleón fue vencido, de manera definitiva, en Trafalgar. ¡Buena manera de vencerle definitivamente entonces, cuando no había llegado aún a la cima de su poderío, alcanzada en 1807, con la paz de Tilsit! Y aún había de dar mucha guerra y causar grandes daños al comercio inglés con su famoso decreto del Bloqueo Continental, lanzado desde Berlín, a fines de 1806, luego de la humillación de la Monarquía prusiana. No, si Napoleón no hubiera tenido otro contratiempo en su historia militar que la derrota de Trafalgar, se hubiera conservado en el trono hasta su muerte, sin más contrariedad que la de no haber realizado su pensamiento de invadir y atacar a Inglaterra en su propio suelo. Y como esto constituía su preocupación constante en los últimos años de su reinado, había comenzado la reconstitución de su flota de guerra en los puertos militares franceses y en el de Amberes.

De dos potencias continentales, con marinas de guerra casi iguales, o aun cuando una de ellas sea excesivamente superior a la otra, siempre las acciones de guerra decisivas, las que determinen la victoria final, serán las libradas en tierra, las que pongan a merced del vencedor todos los recursos políticos y financieros del adversario. ¿De qué utilidad fue a la

Francia, su marina de guerra, durante la campaña de 1870? Sin poder atacar los puertos militares donde se habían refugiado los barcos de guerra alemanes, los marinos franceses fueron desembarcados para contribuir, de la manera tan gloriosa que lo hicieron, a la defensa del territorio nacional. Ahora bien; las grandes potencias de Europa, los Estados Unidos y el Japón y, en escala mucho menor, las de segundo y tercer orden, desarrollan sus marinas de guerra de manera tan extraordinaria, que parece comprometer los recursos financieros de los respectivos países. En estos momentos de tan honda inquietud, el mismo ministro de Hacienda de Inglaterra, Mr. Lloyd George, que hace unos meses, desde la Casa Municipal de Londres, durante el período álgido de la crisis franco-alemana, lanzó aquellas amenazadoras palabras contra la corte de Berlín, se lamenta, ante los hombres de negocios de la misma City, de los inmensos gastos ocasionados por los armamentos militares, que impiden realizar las grandes reformas de carácter social por el partido liberal meditados. Y no faltan tampoco voces en Alemania que se alzan en defensa de una política moderada en los armamentos navales, comprendiendo que mientras se mantenga un poder militar terrestre, como el sostenido por Alemania, será imposible conseguir la supremacía naval sobre Inglaterra.

Las potencias de primer orden son poseedoras de grandes colonias, muy alejadas de las metrópolis, y la defensa eficaz de estas colonias no se logra de manera efectiva sino con una marina de guerra poderosa. Toca actualmente Turquía las consecuencias de su imprevisión en este punto. Italia, prevalida de su indiscutible superioridad marítima, desembarcó sus fuerzas en Trípoli, protegidas por los buques de la escuadra. Turquía, que, de haber tenido un campo donde combatir en el continente, se hubiera medido de igual a igual con Italia, ve con dolor cómo, más o menos tarde, sus posesiones del Norte de Africa pasarán al dominio de Italia, y con el remordimiento aún de no haber enviado a Trípoli antes de la invasión las

fuerzas militares y las reservas de armas y municiones necesarias para su defensa.

No es posible negar la importancia del poder naval: en las naciones insulares, con grandes colonias, y en las que, como Inglaterra, dependen de los productos extranjeros para el sustento de sus habitantes, es de primordial importancia para impedir la invasión del territorio, para asegurar la vida, para proteger el comercio. Pero en las naciones continentales, con todos los medios de existencia dentro del suelo patrio, el poder naval no reviste tan excepcional importancia, y las cuestiones que a estas últimas naciones afecten, en sus diferencias con otra nación continental, se resolverán siempre por combates terrestres.

Extremando estos conceptos, el ministro de la Marina inglesa, Mr. Winston Churchill, en su famoso discurso de Glasgow, que coincidió precisamente con el viaje de Lord Haldan, su compañero de la Guerra, a Berlín, decía: que así como la flota militar era para Inglaterra la condición esencialísima de su existencia, como nación independiente, era, por el contrario, un lujo para Alemania. Opinión, sin duda, interesada, y que, en el fondo, manifiesta la obsesión inglesa por el creciente aumento del poder naval de Alemania.

No es difícil demostrar que a nuestro país conviene mantener una Escuadra en armonía con sus recursos financieros y sus necesidades marítimas. Ya, ciertamente, la Escuadra no tiene para España aquella capital importancia que tuviera desde principio del siglo xvi hasta el primer tercio del xix, y aun durante todo este último, mientras se conservaron Cuba y Filipinas; mas, a pesar de la pérdida de estas colonias, la configuración especial de nuestro país de tan dilatadas costas sobre dos mares importantísimos; la situación de las Islas Baleares y Canarias, los nuevos dominios adquiridos en la costa Norte de Marruecos, y, sobre todo, las contingencias de nuestras alianzas con determinadas potencias, aconsejan que España consagre su atención a crear un poder naval, modesto, sí, pero orga-

nizado con todos aquellos elementos que completen la eficiencia de una Escuadra. Importa continuar por el camino emprendido en 1908, rectificando los errores anteriormente cometidos y construyendo barcos que, en el momento de ser lanzados al agua, no resulten inferiores a los que construyan las demás potencias de Europa. Debiera cumplimentarse lo que previno la Real orden de adjudicación de los tres acorazados de la Constructora naval, implantando en el país la fabricación de todo el armamento ofensivo y defensivo, cañones y corazas, de la totalidad de las máquinas propulsoras, de cuantos elementos, en fin, componen un acorazado. Por esta falta de cumplimiento de lo prevenido en aquella Real orden, va a llegar quizá el caso de emprenderse la construcción de una nueva serie de acorazados, y las cosas seguirán como en la primera, y todo el importe de cañones, corazas y maquinaria irá a enriquecer a industriales y obreros extranjeros, contribuyendo al empobrecimiento del país, no sólo en su parte material, sino también por lo que afecta a la educación técnica de los ingenieros y operarios españoles. Estimamos que nuestra Escuadra de combate debe componerse, por lo menos, de dos divisiones homogéneas de buques de línea; una de ellas la que ahora se construya, y otra de *Super-Dreadnought*, formada por cuatro o cinco buques de línea, con la dotación de cruceros, torpederos y submarinos, que se estime adecuada.

La característica esencial de las flotas de guerra en 1912, es la continuación del plan iniciado por Inglaterra en 1905 y en 1906, de adoptar un nuevo orden de ideas en el armamento de los buques de combate. Antes de la aparición del «Dreadnought», los acorazados de línea tenían como armamento: 4 cañones de 30,5 cm. y longitud de 40 calibres, 12 de 15 centímetros, con longitud de 45 calibres, y 18 de 7,6 cm. Tal, el *Príncipe de Gales*, de la Marina inglesa, que fue botado al agua en 1902. Se inició un cambio en el sentido de aumentar la artillería gruesa con el tipo del acorazado *Rey Eduardo VII*, botado al agua en 1903; el armamento de este acorazado, lo

mismo que el de sus iguales *Dominion*, *Commonwealth*, *Hindustan*, *Zealandia*, *Britania*, *Hibernia* y *Africa*, se compone de 4 cañones de 30,5 de longitud de 40 calibres; 4 de 23,4, longitud de 47; 10 de 15, longitud 45; 14 de 7,6 y 16 de 4,7. Se da otro paso más adelante en este sentido, y los acorazados *Lord Nelson* y *Agamenon*, botados al agua en 1906, llevan un armamento de 4 cañones de 30,5 cm.; 10 de 23,4, con longitud de ánima, respectivamente, de 45 y 50 calibres, y, por último, 24 cañones de 7,6, con longitud de 50 calibres. Eran estos dos buques verdaderamente poderosos, pero se acentuó más la tendencia a la uniformidad del armamento en los acorazados, y, tras del tipo *Lord Nelson* vino el *Dreadnought*, con supresión del calibre de 23,4 cm. y sustitución por el de 30,5. Este último buque, que ha señalado una nueva era en la construcción naval, tiene como armamento 10 cañones de 30,5 cm., como única arma de combate contra los buques de línea, y 24 piezas de 7,6, con longitud de 50 calibres, para defenderse de los torpederos y destroyers.

Su desplazamiento sube, como es natural, para soportar esta artillería, lo mismo que su máquina de 24.700 caballos, que le imprime un andar de 21,5 millas, con un radio de acción de 5.800 a 11 de velocidad. La disposición de las torres es tal, que permite al buque disparar andanadas, a babor y estribor, de 8 cañones de 30,5 cm. Todas las potencias se apresuraron a copiar este buque de combate, y no se habló, durante un cierto tiempo, sino de Dreadnoughts. Pero ya los mismos ingleses no se satisficieron con este tipo, que parecía el summum de la potencia en un buque de línea, y concibieron el tipo del Super-Dreadnought, extremando la nota en el aumento del calibre. Por de pronto, aun conservando los mismos 10 cañones de 30,5 cm. en los tipos de buques *Vanguard* y *Neptune*, se aumenta el calibre de la artillería destinada a batir los torpederos, pasando a ser de 10,2, en vez de 7,6, y también el desplazamiento, la potencia de la máquina y la velocidad, que llega a 21,8 millas. La disposición de las torres,

en el tipo Neptune, es tal que, además de permitir andanadas a babor y estribor, de la totalidad de las 10 piezas de 30,5 cm., se puede hacer un fuego, en retirada, con 8 piezas de este calibre, y en caza con 6. Entretanto que se lanzaban estos nuevos tipos, se llevaban, con el mayor sigilo, pruebas encaminadas a asegurarse de la posibilidad de construir, en excelentes condiciones, piezas de 34 cm. de calibre y, logrado felizmente el ensayo, se lanzó al mar el *Super-Dreadnought* «Orion», con un armamento de 10 cañones de 34,3 cm., y longitud de 45 calibres de ánima, desplazamiento de 23.000 toneladas y energía de la máquina de 27.000 caballos, que le habían de permitir una velocidad de 21 millas; la artillería para batir los torpederos es de 16 piezas de 10,2 cm. y longitud de 50 calibres, agrupados los cañones de grueso calibre en cinco torres colocadas todas ellas en la parte media del buque.

Alemania, como ya hemos dicho antes, generalizándolo a todas las potencias marítimas, siguió los pasos de Inglaterra, por lo que respecta al aumento de las piezas de grueso calibre, pero sin abandonar por entero las de mediano. También es de observar que Alemania, en el armamento de sus acorazados, no había llegado al calibre de 30,5 cm., contentándose con el de 28; y así, en los primeros buques del tipo *Dreadnought* que construyó en sus astilleros, los llamados *Posen*, *Nassau*, *Rheinland*, *Westfalen*, que son del 1908, están armados con 12 cañones de 28 cm. y longitud de 45 calibres, 12 de 15 cm. e igual longitud de ánima y 16 de 8,8 cm. La disposición de las torres es tal, que no se puede hacer fuego, a babor y estribor, con más de 8 piezas de 28 cm. y 6 de 15. Siguiendo este camino, Alemania bota al agua, en 1909, el acorazado *Helgoland*, con 12 de 30,5 cm., 14 de 15 cm. y 14 de 8,8, y longitud de ánima, respectivamente, de 50, 45 y 50 calibres. Hace fuego a babor y estribor con 8 piezas de 30,5 cm. y 7 de 15 cm.; en caza dispone de 6 cañones de 30,5 y 4 de 15, y en retirada, de igual número de piezas. Su desplazamiento es de 22.800 toneladas; la energía de sus máquinas, 28.000 caballos,

y la velocidad, de 20,5 a 22,8 millas. Es natural que el Almirantazgo alemán tuviese noticias de que los futuros acorazados de línea ingleses habían de montar cañones de 34 cm.; mas a pesar de esto, los buques alemanes no pasan del de 30,5, si bien con 50 calibres de longitud de ánima. A pesar de todo, la energía, en la boca, de ambos cañones, difiere; siendo la del de Krupp, de 30,5 cm. y 50 calibres, 17.510 tonelámetros; y la del de 34 cm. y 45 calibres, inglés, de 19.568. En este punto de la Artillería, la Marina norteamericana ha dado un paso más adelante que la inglesa, armando sus nuevos acorazados con 10 cañones de 35,6 cm. y 10 de 12,7, con longitudes de ánima, respectivamente, de 45 y 50 calibres. Para tener semejante artillería y poder imprimir al barco una velocidad de 21 millas, ha sido preciso acudir a un desplazamiento de 27.400 toneladas, y una energía, en la máquina, de 32.000 caballos.

Otra disposición que merece consignarse es la distribución de la artillería en las torres; hasta ahora se colocaban en una dos cañones gemelos; en los tipos modernísimos se ponen dos o tres piezas en cada torre; hay acorazados con dos o tres cañones por torre, como sucede con el *Conde de Cavour*, que tiene su artillería de 30,5 cm. distribuída en cinco torres; tres de tres cañones y dos de dos. El *Dante Alighieri*, de la misma nación, lleva sus doce piezas de 30,5 cm., distribuídas en cuatro torres de a tres. Otro tanto sucede al *Viribus Unitis* austriaco, y al *Petropawlowsk*, ruso. No terminaremos cuanto venimos diciendo sobre los acorazados, sin apuntar algo sobre los nuevos que se construyen en el Arsenal de El Ferrol. Los barcos *España*, *Alfonso XIII* y *Jaime I* estarán armados con 8 cañones de 30,5 cm., 20 de 10,2, con longitud unos y otros, de 50 calibres. Pueden hacer fuego a babor y estribor los 8 cañones de 30,5 cm. y la mitad de los de 10,2. En caza y en retirada tienen la misma intensidad de fuegos: la que le proporcionen 6 cañones de 30,5 y 4 de 10,2 y, al efecto de poder lograr este resultado, no van los 8 cañones de 30,5 cm. distri-

buidos de dos en dos en cuatro torres, con éstas colocadas en la línea media del buque. El desplazamiento de estos acorazados es de 15.700 toneladas; la energía de sus máquinas, no de esfuerzos alternativos, sino turbinas Parsons, es de 15.500 caballos, que le imprimen una velocidad de 19,5 millas. La capacidad de sus carboneras les permite llevar una cantidad de 2.000 toneladas, con un radio de acción de 7.500 millas.

Y, para acabar su descripción, diremos que sus dimensiones son 132 metros de eslora, 24 de manga y 7,8 de puntal. Su coraza, de acero cementado y templado por el método Krupp, tiene de espesor 254 mm. en la torre del Comandante; en la línea de flotaciones variable de 230 a 75; en la protección de la artillería pesada de 250 a 200; en la de la artillería media de 75 mm. La numerosa artillería media de este tipo de acorazado, que alcanza la cifra de 20 cañones de 10,2 cm. está dispuesta en una casamata central con 4 ms. de altura de fuego sobre la línea de flotación, y para-cascos y traveses de 15 milímetros de espesor. El blindaje horizontal que cubre la casamata tiene un espesor de 15 mm., y otra cubierta interior de 25 mm.

La construcción de los buques comenzó en las fechas que a continuación se indican: el *España* en Diciembre de 1909; el *Alfonso XIII* en Febrero de 1910, y el *Jaime I* en 1912. Las de conclusión de los tres serán como sigue: el *España* en 1913; el *Alfonso XIII* en 1914, y la de *Jaime I* no es aún conocida.

Como se vé, por esta ligerísima descripción de los futuros acorazados españoles, se observa que pertenecen al tipo «Dreadnought», por la uniformidad de su armamento de combate contra acorazados, pero que son inferiores a este «Dreadnought» en el número de cañones de 30,5 y en la velocidad. No se comprende cómo al contratarse con la casa Vickers, mejor dicho, con la Sociedad Constructora Naval Española en 1908, no se precisó otro tipo más poderoso de barco, con los 10 cañones de 30,5 y longitud de 50 calibres, y con mayor velo-

cidad de marcha: un tipo, por ejemplo, como el *Neptuno*, inglés, que con 20.200 toneladas de desplazamiento, está armado con 10 piezas de 30,5 y 50 calibres, y tiene un andar de 21,8 millas. De esta clase de barco se debía tener ya idea por la casa contratante, y quizá por el ministro de Marina español.

Sin tomar en cuenta el conjunto de las dos armas de combate de los buques de guerra, el cañón y el torpedo, podría aparecer caprichoso el aumento de calibre en las piezas de combate de los acorazados, sobre todo después del fracaso de los cañones de 80 toneladas que un día llevaron los acorazados ingleses, y los de 100 que montaron el *Duilio* y el *Dandolo* de la marina italiana. Pero no sin razón se ha acudido a esta medida. Los progresos realizados en el lanzamiento de torpedos, y en su organización y en el aumento de carga explosiva, de que más adelante nos ocuparemos, han hecho esta arma terrible a distancias de 5.000 y 6.000, y, si se realizan las esperanzas de los modernos inventores, hasta 7.000, 8.000 y 9.000 metros. De aquí la necesidad de comenzar los combates navales a largas distancias. Y al iniciarlos, si se quiere que los proyectiles perforen las corazas de las torres de los acorazados, o sus blindajes en la línea de flotación, precisa que las granadas de ruptura conserven a esas distancias la suficiente energía para verificar la perforación. La potencia de una pieza adquiere su máximo valor a igualdad de condiciones de carga, cuando la longitud de su ánima llega a 50 calibres. Esto no es realmente exacto; claro es que con semejante longitud no se ha obtenido el máximo rendimiento de la carga; pero las ventajas que se derivan de un mayor alargamiento son tan pequeñas, que no merecen la pena de traspasar este límite, considerado hoy por hoy como superior. De otra parte, ofrecen también las largas cañas de las piezas campo abonado para que se desarrollen vibraciones que, si no ponen en peligro el cañón, por lo menos perjudican a su puntería. Al armar las marinas extranjeras sus novísimos *Super-Dreadnoughts* con cañones de 34, y la de los Estados Unidos con el calibre de 35,6

centímetros, se ha querido tener, a las distancias lejanas de combate, energía suficiente para perforar placas Krupp de 30 centímetros. Y si a esto se une que la capacidad interior de los proyectiles perforantes y semiperforantes de los calibres 34 y 35 cm. permiten llevar una cantidad de poderosísimo explosivo, muy superior a la de los 30,5 cm., se concibe desde luego todo el daño que estas nuevas piezas son susceptibles de causar. En la última gran batalla naval de Tsu-shima, la escuadra rusa quedó vencida, y algunos barcos se fueron a pique, sin que una sola coraza fuera atravesada: a pesar de esto, las tendencias de las marinas militares van por el camino que dejamos indicado, sin tomar en cuenta las lecciones de la guerra ruso-japonesa.

La cuestión importantísima de la artillería de grueso calibre, aparte lo que se refiere a la construcción, como es la fusión, forja y tratamiento calorífico de las grandes masas de acero que forman los tubos interiores y manguitos de los gruesos cañones, es la vida de éstos. Se considera en la actualidad, que las piezas de 30,5 cm. y 50 calibres de longitud de ánima, tienen una vida de 150 disparos, en condiciones excelentes de precisión. La presión máxima se supone de 3.100 kilogramos por centímetro cuadrado. Mas, al pasar del calibre de 30,5 al de 34,3, la longitud del ánima se ha quedado en 45 calibres, y la presión máxima se ha reducido a 2.950 kilogramos. En estas condiciones se asigna a estas piezas una vida también de 150 disparos. Es preocupación constante de los constructores de artillería la cuestión de las erosiones en el ánima de las piezas, que no hay modo eficaz de combatir, toda vez que no se conoce ningún metal, ni aleación metálica con punto de fusión muy elevado sobre el del acero al carbono, tal como hoy se usa, o de una aleación ternaria o cuaternaria con los metales conocidos: cromo, níquel o vanadio. De no haber sido por el fenómeno de las erosiones, ya se hubieran proyectado piezas más poderosas, en un 30 o 40 por 100, que las actuales; mas, como es natural, este poder sólo había de lograrse a expensas de un

aumento de presión, y el aumento de presión lleva, como consecuencia, una elevación de la temperatura en el ánima, con destrucción más rápida del rayado.

La distribución de la artillería gruesa a bordo de los acorazados tiene una importancia grandísima. Desde luego que, tomando como idea fundamental la de que esta artillería había de estar protegida con el *summum* de protección; que había de ocupar una posición dominante y capaz de disponer de un sector de fuegos de la mayor amplitud posible, se colocó la artillería gruesa en torres blindadas, a barbata, en algún tiempo y acasamatadas, más tarde, y aparejadas de dos en dos, como el único medio de realizar las condiciones exigidas. De la colocación de estas torres depende que se obtenga el máximo rendimiento de la artillería; es decir, que se pueda utilizar el mayor número posible de piezas a babor y estribor, a proa y a popa, o, lo que es lo mismo, en caza o en retirada. Cuando los acorazados llevaban como armamento único de grueso calibre las cuatro piezas de 30,5 cm., la distribución estaba indicada: una torre a proa y otra a popa, disponiéndose del fuego de las cuatro piezas, a babor o a estribor, según se llevase el combate. Mas cuando se trata de ocho piezas de 30,5 cm. de calibre, por lo menos, la cuestión varía mucho. Desde luego, sea cualquiera la disposición general que se adopte, se conservan siempre las torres de proa y popa. En cuanto a las demás, pueden colocarse de varias maneras. A los costados, simétricamente, sin que las torres tiren por encima las unas de las otras. A este tipo de distribución pertenecen los acorazados españoles en construcción, que llevan las cuatro torres dispuestas de la manera siguiente: una a proa, otra a popa, la tercera a babor, la cuarta a estribor, de manera que hagan fuego, sin perturbar en lo más mínimo, las de proa y popa. Llevan también esta clase de distribución los acorazados japoneses modernos con doce cañones de 30,5 cm. La colocación de las seis torres es como sigue: una a proa, otra a popa, dos a babor y dos a estribor. Los acorazados ingleses, con torres laterales, de los

tipos *Dreadnoughts* y *St. Vincent*, llevan las cinco en la siguiente disposición: una a proa, dos a popa, con fuegos al mismo nivel, una a babor y otra a estribor. Con la distribución de una parte de la artillería gruesa en torres laterales, se utilizan mejor: en primer término, un determinado desplazamiento, y, además, se obtiene mayor ventaja de los fuegos de la artillería a babor y estribor, lo cual puede ser de importancia cuando se trate de combatir a un adversario superior. Así, los nuevos acorazados españoles podrán hacer fuego a babor y estribor con la totalidad de sus ocho cañones de 30,5 cm., mientras que los japoneses, con 12 piezas, sólo podrán hacer fuego con 8 a babor y estribor, y los ingleses, con 10, sólo podrán hacer fuego también con 8. El tiro, en caza y en retirada, podrá efectuarse, en los acorazados españoles, con seis cañones de 30,5 centímetros y en los japoneses e ingleses con otros seis.

Claro es que en los buques donde no se puede emplear toda la artillería a babor o a estribor a la vez, se dispone de una cierta reserva de fuego; mas esto, en determinadas ocasiones, más bien tiene los caracteres de inconveniente que de ventaja. Las torres laterales tienen en su contra la de llevar los pañoles de municiones inmediatos a los costados de los barcos. Otra disposición de las torres es la de colocarlas todas sobre la línea media del barco, y alguna de ellas tirando por sobre la anterior. A este tipo de distribución pertenecen algunos buques de los Estados Unidos y los ingleses de la clase *Orión*. Este acorazado, botado al agua en 1910, y el más formidable de los *Super-Dreadnoughts*, por su armamento de diez cañones de 34,3 cm. y tres tubos lanza-torpedos de 53 cm. de diámetro, lleva sus cinco torres con corazas de 30,5 cm., dispuestos dos a proa, dos a popa y una en la parte central; las segundas de proa y popa están más elevadas que las primeras. Con esta disposición, los diez cañones pueden hacer fuego todos a la vez, a babor o a estribor, según se requiera; en cambio, sólo pueden hacer fuego, en caza o en retirada, cuatro cañones. Exige más grande desplazamiento, derivado de la mayor longitud,

para colocar las cinco torres en la línea media. Las elevadas presentan mayor blanco a los fuegos enemigos. Hay otra disposición por la que la artillería se sitúa de tal modo, que a proa o popa vayan dos torres dominando la una a la otra: en la parte opuesta una sola o dos, según el número de cañones, y una, además, en cada costado. Obedecen a esta disposición los buques ingleses de la clase *Neptuno*, y los argentinos del tipo *Rivadavia* o *Moreno*. El *Neptuno*, que monta diez cañones de 30,5 cm., los lleva distribuidos en cinco torres, en la forma siguiente: dos a popa, una a proa y una a cada costado. De este modo, el buque hace fuego a babor o a estribor con las diez piezas, en caza con seis y en retirada con ocho. El *Rivadavia* tiene sus 12 cañones de 30,5 cm. colocados como sigue: cuatro en dos torres a popa, otros cuatro en dos a proa, y los restantes cuatro en dos, una a babor y otra a estribor. De esta suerte hace fuego a babor y a estribor con la totalidad de sus doce piezas de 30,5 cm., en caza con ocho y en retirada con otras ocho. Este tipo de barco es realmente poderoso: su armamento de artillería gruesa tan numeroso, el intermedio consistente en doce piezas de 15 cm., el ligero con 16 de 10 cm., la energía de su máquina de 39.590 caballos; la capacidad de sus carboneras, susceptibles de llevar 4.000 toneladas de combustible, han necesitado un desplazamiento de 30.200 toneladas. En esta forma de distribuir la artillería acabada de indicar, el desplazamiento de los buques no requiere ser tan elevado como lo sería si la totalidad se situara sobre línea media del buque; pero sí es mayor que cuando se distribuyan con igualdad entre los costados, o se colocan más en éstos que a proa y popa. Por último, hay una modernísima disposición de colocar la artillería en torres de tres piezas cada una: colocación semejante ha sido adoptada por los novísimos barcos de la marina italiana, austriaca y rusa. Comenzó la primera con el *Dante Alighieri*, botado al agua en 1910: lleva doce cañones de 30,5 cm., en cuatro torres de tres piezas cada una, y situadas en la parte central y al mismo nivel; hace fuego, por lo tanto, con los doce

cañones a babor o a estribor, con toda su artillería; en cambio, cuando sea preciso batirse en caza o en retirada, la deficiencia salta a la vista: solo con tres piezas es susceptible de hacer fuego en una o en otra dirección. Sin duda, por esta circunstancia, en el nuevo tipo *Conde de Cavour* y sus congéneres el *Giulio Cesare* y el *Leonardo da Vinci*, están armados con 13 cañones de 30,5 cm., colocados en cinco torres, todas en la línea media del buque y en la forma siguiente: a proa y a popa dos torres, una con tres cañones, la más a proa y la más a popa, y la segunda con dos, de fuegos elevados sobre los de la primera; en la parte central una de tres. De manera que, pudiendo hacer fuego a babor o estribor con las 13 piezas, dispone de cinco en caza y en retirada, un aumento de dos en estas direcciones sobre el tipo *Dante Alighieri*. En la marina austriaca, el *Viribus Unitis* lleva 12 cañones de 30,5 cm. en cuatro torres, dos a proa y dos a popa; la más al centro situada con fuegos dominantes. Las andanadas a babor y estribor son, por lo tanto, con doce piezas, y en caza y en retirada se puede disponer de la mitad de los cañones. Los acorazados rusos del tipo *Poltava*, armados con 12 cañones de 30,5 cm., reciben esta artillería en cuatro torres de a tres piezas, colocadas en la línea media y con fuegos al mismo nivel. Hará, pues, fuego a babor y estribor con las doce piezas; pero en caza y en retirada sólo puede servirse de tres. No se puede negar que, con la disposición de la artillería pesada en torres de tres piezas, hay importante economía de espacio y quizá, también, de algún peso del buque.

La consideración de la incomodidad del humo pesa mucho más que en las torres de dobles piezas. Un inconveniente de la colocación de tres cañones en cada torre es el cúmulo de los juegos de armas o servicios de combate y el aumento de blanco de cada torre, y particularmente de dos grupos de torres con disposición de fuegos superiores. La introducción definitiva de las torres de tres piezas dependerá de vencer las dificultades del fuego.

Si ahora queremos estudiar los efectos, progresos e influencia de la artillería pesada y del torpedo en la manera de llevar el combate en los últimos once años, podemos valer nos de los datos reunidos por *Nauticus* en el tomo de 1911. Partamos de 1900, y supongamos el combate de uno de los más poderosos acorazados de la flota inglesa contra otro barco enteramente igual. En esta época, la zona del mayor alejamiento del combate estaba a la distancia de 6.500 metros, y se podía considerar terminada a unos 5.250, a la que las granadas perforantes de 30,5 cm. atravesaban una placa de acero de 152 mm., que protegía la artillería media. La segunda zona de combate comprendía desde los 5.250 metros a los 2.700, a cuya distancia las placas de acero de 318 mm., protección principal de la máquina, eran atravesadas; a 3.000 metros lo eran igualmente las planchas de 305 mm. de la torre del comandante. En la tercera zona, a la distancia de 1.700 metros, las granadas perforantes de 15 cm. atravesaban 152 mm. de acero, protección de la artillería media de los buques. La acción del torpedo no excedía de unos 800 metros. En 1905, el límite de la primera zona de combate se extiende hasta los 7.500 metros y termina a 5.200, en que los grandes perforantes de 30,5 cm. atraviesan las placas de 178 mm., protección de la artillería media. En la segunda zona, comprendida entre 5.200 y 4.000 metros, a 4.400 los proyectiles de 30,5 cm. atraviesan 305 mm., espesor de las torres de mando, y a 4.000 la misma granada perfora las placas protectoras de las máquinas, y a esta misma distancia los proyectiles de 23,4 cm. atraviesan 230 mm. de acero. En la tercera zona, y a 3.000 metros, estos mismos proyectiles atraviesan 254 mm. de acero, protección de la artillería gruesa. A 1.500 metros, las granadas de 24 perforan 318 milímetros, o sea la protección de la máquina, y a esta misma distancia las de 15 cm. atraviesan 178 mm. de acero, protección de la artillería media. El alcance del torpedo llega hasta 1.000 metros. Si se da un paso más hasta 1908, se observa que en una lucha de dos barcos iguales, del tipo de *Lord*

Nelson, la primera zona de combate empieza a 9.000 metros y termina a 7.500, a cuya distancia las granadas de 30,5 cm. perforan 178 mm. de acero, protección de la artillería media. De 3.000 a 7.500 metros se extiende la segunda zona de combate; dentro de ella, a 5.500 metros, los proyectiles de 30,5 cm. perforan 305 mm., protección de la artillería pesada y torre del comandante; a 4.000 metros, las granadas de 23,4 cm. atraviesan 178 mm., protección de la artillería media; a 3.000 metros, las de 30,5 cm. perforan 391 mm., protección de la máquina principal. Dentro de la tercera zona de combate, que comienza a esta distancia, a 2.000 metros el proyectil de 23,4 centímetros atraviesa 305 mm. de acero, protección de la artillería pesada y torre del comandante. La acción del torpedo se extiende hasta 2.000 metros. En 1909, si los dos barcos que se toman como adversarios son del tipo *Dreadnought*, se ve que el límite superior de la primera zona de combate sigue siendo el de 9.000 metros, y el inferior el de 6.000, distancia a que las granadas de 30,5 cm. atraviesan 279 mm., protección de la artillería pesada y de la torre del comandante. Claro es que, como el tipo *Dreadnought* no lleva artillería media, no hay para qué hablar de este dato. En la segunda zona, de 6.000 a 3.500 metros, este límite inferior está determinado por la acción del torpedo, que en un año sube de 2.000 a 3.500 metros. En la tercera zona, y a 2.000 metros de distancia, los proyectiles de 30,5 cm. atraviesan 412 mm., protección principal de la máquina. En 1912, tratándose de un combate entre el barco americano *Wyoming* contra el inglés *Neptuno*, el primero armado con 12 cañones de 30,5 cm. como artillería pesada, y el segundo con 10 del mismo calibre y la misma longitud de ánima, se ve que el límite de la primera zona de combate se ha alejado ya hasta hasta los 10.000 metros, y su límite inferior está en los 7.000 metros, distancia a la cual los cañones de 30,5 cm. atraviesan 305 mm. de acero Krupp, protección de la artillería pesada y de la torre del comandante. La segunda zona, que abraza sólo una extensión de unos 500 metros,

está limitada en su parte inferior 6.500 metros, por el alcance del torpedo, que da un paso gigantesco, en tres años, de 3.000 metros en su radio de acción. En la tercera zona de combate, y a 4.000 metros, las granadas perforantes de 30,5 cm. atraviesan 387 mm., protección de las máquinas principales. Si se desea adelantar un paso más y saber lo que sera el combate entre buques armados con los nuevos cañones de 35,6 y de 34,3 cm., el americano *Texas*, con los primeros, y el inglés *Orion*, con los segundos, veremos que el límite superior de la primera zona de combate sigue en los 10.000 metros, y el inferior en 8.000, a cuya distancia la granada del cañón de 35,6 perfora 305 mm. de coraza, protección de la artillería pesada y torre del comandante. En el límite inferior de la segunda zona, a 6.500 metros, sigue sin traspasar la acción del torpedo. En la tercera, a 2.500 metros, el proyectil de 35,6 cm. perfora 4,38 mm. de acero, protección de las máquinas principales.

Ahora, después de conocidos los límites de las tres zonas de combate y los efectos de la artillería pesada y media dentro de estas zonas, lo mismo que la acción del torpedo, expondremos a continuación también, según el mismo *Náuticus*, el número de blancos que se pueden obtener en cada zona y en la batalla de una división de ocho acorazados contra otros ocho iguales o muy semejantes.

Año de 1900. Los buques combatientes son del tipo inglés *Formidable*. Cada división de ocho acorazados puede hacer fuego a babor o estribor, según sea preciso, con 32 cañones de 30,5 cm. y 48 de 15,2, con velocidades de fuego, para cada calibre, de 1 y 6 disparos por minuto, respectivamente. Eficacia en la primera zona de combate, comprendida entre 5.250 y 6.500 metros. La división podrá efectuar 32 disparos por 1' con los cañones de 30,5, y dada la práctica adquirida por tripulaciones instruídas, se puede suponer un número de blancos de 10 por 100, o 3,2 por 1'. Y teniendo en cuenta que la superficie vulnerable, en la totalidad de la lateral que presenta el barco, como blanco, para los cañones de 30,5, es de 0,8, la efi-

cacia de estas piezas por 1' será $0,8 \times 3,2 = 2,56$. Los 48 cañones de 15 harán 240 disparos y un 5 por 100 de blancos, o sean 12 por 1'. Y como la superficie vulnerable es de 0,6, su eficacia será $0,6 \times 12 = 7,2$. En la segunda zona de combate, comprendida entre 2.700 y 5.250 metros, el tanto por 100 de blancos de los cañones de 30,5 cm. sube a 15, y por 1' a 48. La eficacia la obtendremos, como antes, multiplicando $0,8 \times 4,8 = 3,84$. En las piezas de 15 cm. el número de blancos es de 10 por 100; de consiguiente, en cada minuto harán 24, y su eficacia será $0,7 \times 24 = 16,8$. En la tercera zona, el por 100 de blancos para las de 30,5 cm. es de 20; de manera que en 1, los ocho buques harán $0,20 \times 32 = 6,4$, y la eficacia será $1' \times 6,4 = 6,4$. En los de 15 cm. el por 100 es de 15: los ocho buques harán $240 \times 0,15 = 36$, y la eficacia será de $0,8 \times 36 = 28,8$.

Si de 1900 pasamos a 1905, y se supone el combate de ocho buques de tipo inglés *Eduardo VII*, contra otros tantos de su misma clase, se llevaría el fuego de la artillería en la forma siguiente: los ocho barcos dispondrían de 32 cañones de 30,5 cm., 16 de 23,4 y 40 de 15, con velocidades de fuego, respectivamente, de 1,5, 3 y 5 disparos por 1'. En la primera zona de combate de este tipo de buques, entre 7.500 y 5.200 ms., el tanto por ciento de blancos con los de 30,5 cm. es de 10; de manera que de los 48 disparos por 1', serán blancos 4,8, y como en estos barcos la superficie vulnerable es de 0,5, la eficacia de este fuego será $0,5 \times 4,8 = 2,4$. Los cañones de 23,4 cm. harán en 1' 48 disparos, y como el por 100 de blancos es de 8, los 48 darán $0,08 \times 48 = 3,84$. La eficacia, con la misma superficie vulnerable de 0,5, será de $0,5 \times 3,84 = 1,92$. Los de 15 cm. efectuarán 200 disparos por 1' y como el por 100 de blancos es de 5, el número de ellos será de 10. La superficie vulnerable es de 0,36, y su eficacia, por lo tanto, de $0,36 \times 10 = 3,6$. En la segunda zona, entre 4.000 y 5.200 ms, el por 100 de blancos con los cañones de 30,5 es de 15; el total por 1' es de 7,2, y la eficacia de $0,58 \times 7,2 = 4,2$. En los de 23,4, los

mismos datos, respectivamente, son de 13, 6, 24 y 4,2. Y en los de 15 cm. el por 100 de blancos 10, el número por 1,20, y la eficacia $0,5 \times 20 = 10$. En la tercera zona, el por 100 de blancos de los cañones de 30,5 cm. es de 20; de consiguiente, por 1' harán 9,6, y la eficacia será de $1 \times 9,6 = 9,6$. Los de 23,4 harán 8,64 blancos por 1' supuesto un por 100 de 18. Su eficacia resultará de $0,71 \times 8,64 = 6,13$. En los de 15 cm., el por 100 de blancos será de 15 y, por tanto, en 1' se obtendrán 30, y la eficacia $0,58 \times 30 = 17,4$.

Pasando a 1908 y considerando los acorazados del tipo *Lord Nelson*, contra los de su misma clase, ocho buques montarán 32 piezas de 30,5 cm. y 40 de 23,4. La primera zona de combate está comprendida entre las distancias de 9.000 y 7.500 ms. La velocidad del fuego de los cañones de 30,5 ha subido ya, y es de dos disparos por minuto. La de los de 23,4 es de tres disparos. De manera que las piezas de 30,5 cm. harán 64 disparos por 1', y las 40 de 23,4, 120. En la primera zona, el por 100 de blancos de los de 30,5 cm. es de 10; por 1', harán, pues, $0,10 \times 64 = 6,4$; la eficacia será de $0,58 \times 6,4 = 3,7$. En los de 23,4, las cifras respectivas serán 8, 9,6 y $0,44 \times 9,6 = 4,2$. La segunda zona abarca la distancia de 3.000 a 7.500 metros. En los cañones de 30,5 cm., el por 100 de blancos es de 15; de consiguiente, por 1', se efectuarán 9,6, y la eficacia $0,8 \times 9,6 = 7,7$. Para los de 23,4, las cifras respectivas serán 13, 15,6 y $0,8 \times 15,6 = 12,5$. En la tercera zona, que llega hasta los 3.500 ms., el por 100 de blancos de las piezas de 30,5 cm. es de 20, y por un minuto, 12,8. Su eficacia alcanzará la cifra de $1 \times 12,8 = 12,8$. Para las de 23,4, las cifras correspondientes serán 18, 21,6 y $21,6 \times 0,9 = 19,4$.

En 1909, una división de ocho *Dreadnoughts*, combatiendo con igual número de enemigos, dispondrá de 64 cañones de 30,5 cm. La velocidad de fuego sigue siendo de dos disparos por 1', de manera que los 64 cañones efectuarán 128 disparos por 1'. La primera zona de combate abraza desde 9.000 a 6.000 ms. El tanto por 100 de blancos, a esta distancia, es de 10;

de manera que de los 128 disparos por 1', serán blancos $0,10 \times 128 = 12,8$. La eficacia $0,67 \times 12,8 = 8,6$. En la segunda zona, entre las distancias de 3.500 a 6.000 ms., el por 100 de blancos es de 15, y el número por 1' resultará de $128 \times 0,15 = 19,2$. La eficacia alcanzará la cifra de $0,9 \times 19,2 = 17,3$. En la tercera zona, hasta los 3.500 ms., el por 100 de blancos es de 20; el número total por 1' será $128 \times 0,20 = 25,6$, y la eficacia $1 \times 25,6 = 25,6$.

En 1912, en el combate de ocho acorazados del tipo *Wyoming*, contra otros ocho del tipo *Neptuno*, cada división dispone de 96 cañones de 30,5 cm. y 80 de 12,7, para disparar por andanadas. La velocidad de fuego de los primeros ha crecido, y es de 2,4 tiros por 1'; de manera que los 96 cañones harán $96 \times 2,4 = 230$ disparos por 1'. La de los de 12,7 es de cinco tiros por 1'; los 80 harán, pues, 400 por 1'. Realmente, esta última velocidad de fuego parece escasísima; pero no debe ser equivocación del *Náuticus*, porque insiste en ella muchas veces. En la primera zona de combate, que comprende desde 10.000 a 7.000 ms., el número de blancos por 100 de los cañones de 30,5 cm. es de 10; de modo que por 1' sumarán $230 \times 0,10 = 23$; la eficacia de $0,68 \times 23 = 15,6$. Como la acción de las piezas de 12,7 cm. no es sensible en esta zona, no hay para qué tomarla en cuenta. En la segunda zona que va de 7.000 a 6.500 ms., el por 100 de blancos de los cañones de 30,5 cm. es de 15, y por 1' $230 \times 15 = 34,5$; la eficacia $0,9 \times 34,5 = 31,1$. Para los de 12,7 cm., en esta zona, las cifras respectivas serán 8, $0,8 \times 400 = 32$, y la eficacia $0,6 \times 32 = 19,2$. En la tercera zona, el por 100 de blancos de los de 30,5 es de 20, y el total por 1', $0,20 \times 230 = 46$; su eficacia $1 \times 46 = 46$. Para los de 12,7, las cifras respectivas serán 13, $0,13 \times 400 = 52$, y la eficacia $0,68 \times 52 = 30,2$.

Si, por último, se estudia el combate del tipo inglés *Orión* contra el americano *Texas*, el primero armado con 10 cañones de 34,3 cm. y el segundo con otros 10 de 35,6, se pueden considerar estas piezas como iguales en sus efectos balísticos. Una

división de acorazados de estos tipos dispone de 80 piezas de 35,6 y de otras tantas de 12,7 cm. en sus andanadas. Los cañones de 35,6 hacen 1,5 disparos por minuto, y los de 12,7 cinco. En la primera zona, comprendida entre 10.000 y 8.000 ms., el por 100 de blancos en los cañones de 35,6 es de 10; de manera que los 120 disparos por 1', harán $0,10 \times 120 = 12$. La eficacia será $0,64 \times 12 = 7,68$. En la segunda zona, entre 6.500 y 8.000 ms., el por 100 de blancos es de 15; el número por 1', de 18, y la eficacia de $0,81 \times 18 = 14,58$. Para los cañones de 12,7, el por 100 de blanco es de 8; el total, por 1', $0,8 \times 480 = 32$; la eficacia $0,5 \times 32 = 16$. En la tercera zona, el por 100 de blancos de los cañones de 35,6 es de 20: el total por 1', $0,20 \times 120 = 24$, y la eficacia $1 \times 24 = 24$. Para los de 12,7 cm., el por 100 de blancos es de 13 y, de consiguiente, por 1, $1,13 \times 400 = 52$; la eficacia $0,58 \times 52 = 30,2$.

Si queremos ver cómo en este período de trece años ha crecido la eficacia de la artillería pesada en las diversas zonas de combate, podemos formarnos una rápida idea tomando como unidad la que os ofrece en el año 1900 el tipo *Formidable*, y considerando las zonas 2.^a y 3.^a. En la zona 2.^a, tomando como unidad la del tipo *Formidable*, en 1900; la del acorazado *Rey Eduardo VII*, en 1905, estará representada por 1 también; la del *Lord Nelson*, en 1908, por 1,9; la del *Dreadnought*, en 1909, por 4,3; la del *Wyoming* contra *Neptuno* en 1912, por 7,8, y, finalmente, la del *Texas* contra *Orión* en el 1913, por 3,6. En esta 2.^a zona se supone la acción de la artillería dirigida contra la torre de mando y la protección de la artillería pesada. La variación de la eficacia, en la zona 3.^a, es como sigue: Siendo 1 la del tipo *Formidable*, en 1900, es 1,5 la del *Rey Eduardo VII*, en 1905; 2, la del *Lord Nelson*, en 1908; 4 la del *Dreadnought*, en 1909; 7,2 la del *Wyoming* contra *Neptuno*, en 1912, y, finalmente, 3,8 la del *Texas* contra el *Orión*, en 1913. En esta zona la acción de la artillería es efectiva contra las protecciones de la torre de mando, de la artillería pesada y la de las máquinas principales. Desde luego observamos cuán rá-

vido ha sido el aumento de la eficacia, que sólo tiene una caída brusca en el último tipo de los barcos, y que reconoce como causa la disminución de disparos de los cañones de 35,6 cm. por 1', que es sólo de 1,5, mientras que es de 2,4 la velocidad de fuego de los últimos cañones de 30,5 cm.

Bien sencillo es de calcular el peso de los proyectiles que hacen blanco en cada zona, y para cada uno de los diversos tipos de buques elegidos, así como el de las granadas eficaces; pero nos parece más interesante señalar el de los explosivos que llevan en su interior estos mismos proyectiles. Consideraremos cada zona de combate separadamente. En la primera zona los de eficacia del tipo *Formidable*, en el año 1900, llevan 116 kilogramos; los del *Rey Eduardo VII*, en 1905, 124; los del *Lord Nelson*, en 1908, 191; los del *Dreadnought*, en 1909, 318; los del *Wyoming* contra el *Neptuno*, en 1912, 280, y, finalmente, los del *Texas* contra el *Orión*, en 1913, 222. En la zona segunda, los proyectiles de eficacia del *Formidable* contienen 192 kilogramos; los del *Rey Eduardo VII*, 240; los del *Lord Nelson*, 447; los del *Dreadnought*, 328; los del *Wyoming* contra el *Neptuno*, 559, y, por último, los del *Texas*, contra el *Orión*, 422. En la tercera zona, las cifras son como sigue: para el tipo *Formidable*, 208; para el *Rey Eduardo VII*, 314; para el *Lord Nelson*, 495; para el *Dreadnought*, 486; para el *Wyoming* contra el *Neptuno*, 828, y, finalmente, para el *Texas* contra el *Orión*, 696. La razón de este crecimiento es la ya anteriormente dada, así como el decrecimiento en el caso del *Texas* contra el *Orión*, a pesar del mayor número de kilogramos de explosivos que llevan los proyectiles perforantes de 35,6 cm. comparado con el de los de 30,5 cm.

Fueron los ingleses los primeros en suprimir la artillería media de los acorazados: el *Dreadnought* pasa de los cañones de 30,5 a los de 7,6, y este movimiento fue seguido por otras naciones, aunque no de una manera tan completa. Lo cierto es que esta artillería media había contribuido, en gran manera, al triunfo de los japoneses en Tsu-shima, y no había razón

sería para suprimirla radicalmente. Ciertamente que en la primera zona de combate, en las luchas a grandes distancias, hoy más necesarias que nunca, por motivo de los progresos enormes en la eficacia del torpedo, los efectos de esta artillería media son casi nulos; mas en la segunda y tercera zonas puede jugar un excelente papel. Tiene en los buques de combate su empleo natural en el tiro contra los pequeños cruceros y fuertes de costa, en cuyo ataque, si no se emplease la artillería media, habría de utilizarse la gruesa. Se puede asegurar que una artillería media es hoy tan necesaria como antes, y lo será, quizá, mañana más que hoy, para combatir a los torpederos de día y a grandes distancias, porque se asegura que esto será posible. Japoneses y alemanes arman sus buques con una importante artillería media, y Francia los acorazados del tipo *Juan Bart* con una numerosa batería de piezas de 14 cm., y Rusia artilla los suyos de último tipo con 12 cañones de 15 cm.; pero los ingleses no parecen aún muy decididos a volver a las ideas reinantes antes de la aparición del *Dreadnought*. Hay rumores, sin embargo, de que en los nuevos acorazados, cuya construcción se inicie en este año, al lado de 10 cañones de 34,3 cm. irán 10 de 15 cm. Era ya evidente que la decisión en favor de una artillería media había aumentado últimamente en los círculos marítimos ingleses. Sobre todo, se estimaba en esos círculos que en las operaciones navales del mar del Norte, a causa de la frecuencia de los tiempos brumosos, no se podría utilizar debidamente la artillería pesada. También conviene apuntar que los acorazados argentinos, chilenos y brasileños, que se construyen en los astilleros privados ingleses, llevan numeroso armamento secundario de 15 cm.

La artillería ligera pierde mucho de su importancia si no está colocada de manera que tenga un campo visual extenso. No ha sido siempre posible realizar esto en los modernos acorazados: unas veces, por necesidades ineludibles de las superestructuras; otras, por las perturbaciones recíprocas de los cañones, no se ha logrado esta cualidad primordial, y en Ingla-

terra y en Italia se trató de vencer la dificultad, colocando la artillería ligera sobre las torres. Pero no se ha tardado en abandonar esta forzada solución, y nuevamente se emplaza la artillería ligera en las superestructuras de los puentes, delante. Los 24 cañones de 7,6 cm. del *Dreadnought* van distribuidos: dos sobre cada una de las cubiertas de las cinco torres, otros 10 repartidos simétricamente a babor y a estribor, en posición dominante en el espacio situado entre la torre retrasada de popa, las de babor y estribor y la de proa, y finalmente otros cuatro a popa. Después se pensó que la colocación de la artillería ligera obtendría mejores efectos si se la distribuía simétricamente sobre toda la longitud del buque, de manera que se puedan conservar algunos en el combate de día. De otra parte, la experiencia de la guerra ruso-japonesa ha hecho ver que no conviene situar esta artillería cerca de la torre del comandante, por lo que incomoda a éste el humo de los disparos.

En el segundo artículo nos ocuparemos de las restantes armas ofensivas y defensivas de los acorazados, así como de otros elementos de las flotas de guerra.

LEANDRO CUBILLO

LA AMÉRICA MODERNA

El intercambio cultural de los Estados Unidos con la América latina. La diversidad de idioma en el intercambio. Dificultades relativas. Los medios prácticos para fomentar el intercambio entre España y la América española. La iniciativa privada y la Liga Cervantina. El salvador del idioma español en Puerto Rico. Cultura norteamericana y cultura europea. La cultura moderna en España.—La verdadera patria de Cristóbal Colón. Polémica de eruditos. ¿Gallego ó genovés?

La influencia de los Estados Unidos en la América latina había sido hasta ahora predominantemente económica y política; sus artículos de comercio y sus notas diplomáticas, sobre todo estas últimas, habían penetrado hasta las entrañas de la antigua América española, y en la actualidad ha acentuado esta penetración de tal manera, que intenta el monopolio político y económico de la América Central, mediante la apertura del canal de Panamá. Pero los americanos del Norte saben bien que por esta clase de presiones no se llega a ejercer una influencia decisiva o que pueda penetrar en el mundo moral de los países latino-americanos. Faltaba este complemento, y a conseguirlo se han lanzado los norteamericanos.

La fundación Carnegie para la paz internacional, acaba de anunciar que se activan fructuosamente las gestiones encaminadas a establecer un canje de intelectuales y hombres de ciencia entre los Estados Unidos y los países latino-americanos.

El doctor Nicolás Murray Butler, presidente de la Universidad de Columbia, de Nueva York, ha escrito últimamente una carta relativa a este intercambio de hombres eminentes.

Me es grato poder anunciar, dice el doctor Murray Butler, que los depositarios de la Fundación Carnegie para la Paz Internacional, en su reunión anual celebrada el 14 de Diciembre de 1911, votaron la asignación de 20.000 pesos con el fin de efectuar un canje de intelectuales y hombres de ciencia latinoamericanos con eruditos y hombres de ciencia norteamericanos, durante el año académico 1912-13.

Se proyecta elegir dos intelectuales de las principales Universidades latinoamericanas, y traerlos a los Estados Unidos durante el próximo año académico, debiendo cada uno compartir su tiempo entre las Universidades americanas. Se ha indicado que uno de ellos podría dividir su tiempo entre la Universidad de Texas, establecida en la ciudad de San Agustín en el Estado de Texas, y la Universidad de Chicago, establecida en la ciudad de este nombre en el Estado de Illinois; y el otro dividiría su año entre la Universidad de Nebraska en Lincoln, y la Universidad de Georgia en Athens.

Se proyecta, además, que los universitarios norteamericanos visiten a los establecimientos docentes latinoamericanos. Teniendo en cuenta la extensión y clase de viaje, cada uno de los intelectuales y hombres de ciencia percibirá un sueldo de 5.000 pesos oro.

Los Estados Unidos, pues, no se limitan a fomentar el intercambio de hombres de carrera, sino también el de los universitarios, comenzando por organizar espléndidamente el intercambio de norteamericanos y de latinoamericanos.

La trascendencia de tal empresa para los países que han de realizar el intercambio, no puede desconocerse; España no se librará de las consecuencias que tal labor cultural acarreará.

Ciertamente que la diversidad de idioma entre los norteamericanos y los latinoamericanos es, en cierto modo, un obs-

táculo, pero muy relativo. La frontera filológica, tratándose de intelectuales, constituye una limitación de escaso valor; no puede llamarse intelectual nadie con un cierto fundamento, si no conoce el francés, inglés, alemán e italiano. Los importadores, los difundidores de la cultura, salvan fácilmente la muralla del idioma. No hay que hacerse ilusiones respecto de las dificultades de este orden y la defensa que ellas significan para la influencia latineuropea; los Estados Unidos podrán dejar sentir su influencia en la América latina, a despecho de la diversidad de idioma. Los intelectuales serán los encargados de transmitir a los planos inferiores de la cultura de su país lo que de los Estados Unidos importen, o lo que los representantes de Norte América les lleven. Claro está que tratándose de una masa emigratoria, por ejemplo, la unidad o afinidad de idioma es una gran ventaja; los emigrantes españoles que van a la Argentina, por ejemplo, estarán en mejor situación que los alemanes—siendo emigrantes de la misma calidad,—pues las condiciones de adaptación en aquéllos están más favorecidas, por la igualdad de idioma, que en éstos. Pero en el caso que estudiamos no se trata de un fenómeno de masa, sino de grupo y de calidad. Notoria es la influencia de la cultura francesa en España, y la reducción del conocimiento de la lengua francesa entre la masa popular.

En España se han dado los primeros pasos para el intercambio cultural con los países iberoamericanos. El profesor Altamira, que inició seriamente el intercambio, ha dicho en su libro *Mi viaje a América*, algo que merece ser recordado, con referencia al valor de los primeros esfuerzos llevados a cabo: «Todo lo que en el presente libro se dice y se muestra, no es más que iniciativa y síntoma. Proseguido, significará algo; abandonado, quedará infructuoso... Si todos los que se hallan en condiciones de colaborar en esta obra—Estado, profesores, juventud, «indianos», prensa, etc., etc.—cumplen la parte de deber que en esto les corresponde, y lo cumplen con entusiasmo, con pureza de intención, con voluntad

persistente, España podrá hacer en América lo que de consuno le dictan y le imponen su historia, su sangre y su civilización troncal. En otro caso, perdida la ocasión presente, despidámonos de América; y, sobre todo, no disfracemos nuestra apatía y nuestra frialdad ante el problema, con retóricas de banquete que nadie tiene en cuenta y nada edifican.» Se trata, pues, de un doble aspecto, actualmente, de la relación iberoamericana: la prosecución, por una parte, de la labor ya efectuada, y la realización de una mayor intensidad ante la concurrencia que plantea el intercambio cultural, próximo a desenvolverse con fuerza inusitada, entre los Estados Unidos y la América latina. Altamira indica los medios prácticos para establecer y mantener las relaciones espirituales con los pueblos hispanoamericanos, recordando las disposiciones ministeriales que ofrecen puestos (pensionados o no) a los estudiantes y a los investigadores hispanoamericanos; expone la necesidad de que se hagan los mismos ofrecimientos en los centros docentes a que se refieren el Real decreto de 27 de Mayo de 1910 (Instituto Nacional de Ciencias Físicas y Naturales) y la Real orden de 8 de Junio del mismo año (Asociación de Laboratorios), dándoles ventajas especiales a las personas referidas, sino en la absoluta gratuidad, en la rebaja de los derechos de inscripción o en preferencias singulares que en otros órdenes se han establecido, como, por ejemplo, en los Estados Unidos e Inglaterra, por la sola razón de la «unidad de idioma».

La difusión de la literatura española en todas sus manifestaciones, es otro de los medios indicados para esta empresa. Los eruditos pueden conocer bien las fuentes; pero el gran público no tiene la formación científica de estos rebuscadores. Precisa, pues, informar al gran público, por medio de bien formados catálogos de libros nacionales y de las versiones castellanas de libros extranjeros; catálogos que, bien confeccionados y distribuidos gratuitamente, presentados con *arte*, como lo hacen, por ejemplo, los editores alemanes, que en las

artes del libro son insuperables, llevarían las noticias precisas a todos los que, hablando y pensando la lengua española en América, pueden formar parte de esa gran esfera de conciencia colectiva animada por el alma de la raza. Todo esto, unido a reformas en las comunicaciones para favorecer el correo entre España y la América ibera, podrían constituir la base de un gran desenvolvimiento.

Los emigrantes españoles, que aumentan en proporción no escasa la población de algunos países americanos, constituyen un excelente medio de comunicación y de actuación. El profesor Altamira, testigo presencial de la vida de tales emigrantes, afirma que su buena disposición y el afán de coadyuvar a las relaciones hispano-americanas no necesita sino ser dirigidos, alentados y excitados con sugestión de ideas prácticas.

Producirá sus efectos una gestión sostenida (apoyada o iniciada por una circular oficial de nuestro Gobierno) con los centros españoles de la Argentina, Uruguay, Chile, Perú, etc., etc., y con las personalidades más salientes de aquellas colonias, para que aumenten el número de las Escuelas de emigrantes o perfeccionen las ya existentes, así como para que den en América preferencia, en las colocaciones de la industria y el comercio, a los emigrantes que presenten certificado de estudios en las escuelas citadas; como ya se hace dentro del ámbito nacional, en no pocos países, con los graduados de algunas Escuelas de Artes y Oficios...

El profesor Altamira hacía bien en recordar la necesidad de tener siempre las manos puestas sobre la obra que él inició. A pesar del tiempo transcurrido desde la publicación de su libro, yo quiero demostrar que no he olvidado, como buen español, su patriótico apercebimiento.

Como todo no hay que pedirlo al esfuerzo oficial, porque fuera de su esfera hay una región en donde energías libres se forman y se desenvuelven, precisa que los españoles, en el orden privado, den el ejemplo y se esfuercen por cumplir la misión de retener y ganar por completo la América española para

la cultura española. La reciente creación de la Liga Cervantina, debida principalmente a los esfuerzos de Baldomero Vila, constituye un hecho promisorio de grandes esperanzas y no lejanas realidades. Con el nombre de Cervantes por enseña, se dispone esta asociación a desenvolver una labor de difusión cultural hispano-americana, por medio del intercambio en sus distintas manifestaciones, que redundará en gran provecho de los hispano-americanos y de los españoles.

Claro está que esta Liga Cervantina se ha constituido sobre una base emocional, como todos los primeros intentos de esta clase. Yo confío, y me propongo desenvolver en esta asociación, iniciativas que tengan efectos más inmediatos que las explosiones de sentimentalismo. Creo fundadamente que los productores argentinos, por ejemplo, recibirían con gran entusiasmo a los representantes de la Liga, que a la vez que les hablasen de Cervantes y de todo lo cultural que bajo ese nombre late, les expusiesen el plan de un intercambio económico, de un tratado de comercio, hablando propiamente que se trajese en mayores ventas de productos de ganadería argentina en España. Por este estilo se podría trazar el cuadro completo de más relaciones, que no solamente consistieran en alardes literarios, sino también en mutuos beneficios materiales. No excluye el idealismo de las relaciones hispano-americanas el cuidado de los intereses materiales, ni éstos son incompatibles con aquél; antes al contrario, deben constituir su complemento,

En la Liga Cervantina dedicó un merecido recuerdo el profesor Altamira a un grande, grandísimo patriota español, llamado D. Manuel Fernández Junco. Su obra cae de lleno en el asunto que tratamos en estas notas. Fue la siguiente:

Cuando los norteamericanos se apoderaron de Puerto Rico, fijaron el plazo perentorio de tres meses para que se presentase un plan completo de primera enseñanza con los correspondientes libros españoles, so pena de sustituir en las escuelas la enseñanza española por la enseñanza exclusivamente inglesa. En

ese plazo angustioso, ese gran español llamado Fernández Junco, solo, él solo, redactó los libros, los imprimió y salvó el idioma español en la fiel Borinquen. El norteamericano no pudo jamás desterrar el idioma español de Puerto Rico. Un escritor joven, reciamente español, Luis Antón, describe así el momento emocional más intenso que se puede imaginar durante el plazo fatídico:

«Después, conquistada la tierra, fue preciso conquistar el corazón y el cerebro. En Puerto Rico, España era tan sólo el pasado. Mas forzaba que ni el pasado fuera. Urgía desarraigar la semilla española, remover las entrañas del terruño, extirpar esto que para el triunfador significaba planta venenosa y proterva. Urgía, urgía que no se hablase más el castellano en aquel palpitante cacho de la leyenda nacional.

Y vino la orden, recta, fulminante. La enseñanza del idioma español era deficiente. Los arrapiezos crecían en la incultura. Faltaban libros, maestros. El inglés sustituiría al viejo idioma esclarecido que supervive a la hecatombe ibera, como aún existen los mantos prestigiosos, divinas obras de arte que nos hablan de antiguas dinastías acabadas, y que son, al través de los tiempos idos, la ejecutoria de arruinadas grandezas.

Sin embargo, la orden no tuvo un clamor despótico y marcial. No fue un reto cesáreo. Tuvo, ya que nuestro siglo es civilizado al parecer, una hipocresía muy civilizada. El idioma español sería sustituido por el inglés si en el plazo de tres meses no se presentaba ante las autoridades vencedoras un completo y definitivo plan de enseñanza, libros, cuanto significa y sintetiza la palabra maestro.

¡Oh, la garra del éxito había sido piadosa! El triunfador no clamaba. El triunfador conquistaba razonablemente, de una manera suave, lógica, espiritual. El vencedor quería instruir bien á la niñez portorriqueña. Si España se daba por vencida, los Estados Unidos, providentes, ofrecerían su amparo.

¿Habéis columbrado ya la estratagema? ¿Es posible pensar, ejecutar, presentar en tres meses una obra definitiva de ense-

ñanza? ¿Y es posible hacerlo cuando el juzgador es una de las partes en litigio?

Durante aquellos tres meses, el idioma español estuvo agonizando. El plazo breve, cicatero, huía, se acababa. En las escuelas acaso ya decoaban los niños en inglés...

¡No! De improviso, un hombre se había llegado ante la fuerza, y le había dicho:

—Traigo lo que pides, vencedor. Traigo la cultura española.

Leyó después... El dictador se había quedado atónito. Luego, vencido, dejó caer sus manos:

—Sea—dijo.—Puedes enseñar tu idioma, puedes continuar la obra de tus mayores. Renuncio a poseer el corazón y el cerebro de estas viejas tierras castellanas.

Y aquel hombre, lleno de alegría, irrumpió en las escuelas, abrazó a la niñez, mojó las cabecitas inocentes con el patricio llanto de sus ojos, impregnó en sentido ibero su amor a lo ibero, el cándido corazón de los niños... Y aun hoy, y también mañana, gracias a ese maestro, héroe ignorado y augusto, las pobres lengüecitas infantiles hablan español, cantan y exaltan lo español en aquella vieja isla que fue nuestra.»

¡Padre Cervantes! Manuel Fernández Junco ha sido tu mejor hijo. Tus voces castizas vivirán eternamente bajo el cielo de los trópicos en la infeliz Puerto Rico, en la inolvidable Borinquen.

La cultura norteamericana no tiene la penetración avasalladora de la cultura europea; aquélla es un reflejo de ésta; no son todavía los Estados Unidos laboratorio de cultura nacional, característica, como lo es Alemania, por ejemplo. Los Estados hispano-americanos han tomado de la rama inglesa de Norte América muchas leyes políticas y administrativas; los grandes capitales les tomaron de Inglaterra, principalmente, y la cultura, en su sentido general, de España y de Francia. El tipo de las Universidades norteamericanas, no es el tipo napoleónico ni el alemán; la formación del carácter y la prepa-

ración social, constituyen la finalidad docente norteamericana; no la formación científica, como en Centro Europa se persigue. Por esta razón, la concurrencia cultural de los Estados Unidos en la América latina, no es tan temible como en otro caso resultaría si las condiciones científicas de los concurrentes estuviesen a la altura de las condiciones económicas.

Un *gentleman* no es concurrente tan temible como un investigador, un *Forscher*, como dicen los alemanes; el tipo inglés del *tutor* y del *fellow* difiere bastante de aquel en valor científico. Yo creo que la influencia germánica actual en los estudiosos españoles, en Filosofía y Ciencias del Estado, sobre todo, superior a la que se ejerce sobre franceses y alemanes, se irá acentuando cada vez más y determinará la formación de un núcleo de cultura moderna en España, capacitada ventajosamente—además de la facilidad de comunicaciones por el idioma igual—para realizar una gran labor de difusión cultural en la América latina.

Nunca se acentuará bastante la trascendencia de lo que queda dicho; la necesidad de que los intelectuales españoles desplieguen sus esfuerzos en el intercambio cultural con la Hispano-América.

Si el torrente de fuerzas norteamericanas invade la América latina, y ésta, sin refuerzos de la savia originaria, se deja transformar, ¿qué quedará a los latino-europeos de América? ¿Qué a los españoles? Sólo un vago sentimiento de ruborosas añoranzas, un recuerdo en el que se mezclan nostalgias y acusaciones de la propia conciencia, ante la contemplación de una inmensidad perdida.

Cuando por primera vez pisé el suelo de Flandes y fui recorriendo sus industriosas ciudades, encontré en aquellos lugares que tenían un halo de poesía, de misterio y de tragedia, la huella firme, el vestigio de la mano española. Rubor y nostálgicos sentimientos se despertaban en mí cada vez que mi guía, señalando un lugar, decía: «Del tiempo de los españoles.» Todos aquellos vestigios eran los restos de cauces por

donde había discurrido, pródiga, la savia española, estérilmente derramada como miriadas de esporos que arrebató el viento de lo eterno, y no llegaron a besar la tierra con sus raíces. Quedó la página histórica, la creación legendaria, todo lo que puede ser recuento del pasado, pero que no añade ni un solo átomo a la realidad presente.

Después de todo, el vestigio español en Flandes significaba un contacto que no podía menos de ser pasajero, una desviación histórica de España; pero en América hay una piedra angular, tallada en el bloque español, cuya pérdida completa equivaldría a la destrucción del templo simbólico de las creaciones de la raza.

*
* *

Nuestros lectores habrán tenido noticia de las investigaciones de algunos eruditos, que sostienen una nueva versión sobre la nacionalidad de Cristóbal Colón. Según estos eruditos, Cristóbal Colón fue gallego, no genovés. El Dr. Celso García de la Riega, Profesor de Historia en el Instituto de Pontevedra, ha difundido esta nueva versión con gran calor, y de él se ha contaminado el Dr. Constantino de Horta y Pardo, el cual ha publicado recientemente en New-York un folleto, muy sugestivo, con afirmaciones hechas en varios idiomas, para llevar a conocimiento del gran público la sorprendente noticia del origen gallego del descubridor de América.

A todo esto contesta el Sr. Montemar en una Revista dominicana (*Ateneo*), con esta serie de razonamientos, que transcribo por constituir un material estimable, una contribución admisible para el estudio de la cuestión relativa al origen de Cristóbal Colón.

¿Cuál es en definitiva (ateniéndose uno a lo publicado) el fundamento de las afirmaciones del señor la Riega?—Que ha descubierto en los archivos gallegos la existencia de 1428 a 1528, de 13 Colones, 2 Colombos y 5 Fontanarosas, que vivieron en

Pontevedra y sus inmediaciones. ¿Y eso qué prueba?—Que en Galicia, como en algunos puntos de Francia, como en muchos de Italia, habitaban familias que tenían el apellido Colombo o Columbo; pero de ningún modo que Colón descienda de una de esas familias. Si eso fuera aceptable, habría que convenir en el absurdo de que Colón había nacido en diez o más ciudades, de diez o más familias diferentes.—Mr. Henry Harrisse, en su obra *Cristophe Colomb.*, etc., tomo II, páginas 541-556, enumera 87 Colombos en Génova, 7 en Quarto y Quinto, 10 en Moconesi, 8 en San Martin de Ircis, 14 en San Perdarena, 14 en Rapallo; 16 en Cogoleto, 6 en Segno y 36 en varias otras localidades de Italia (Barbaglio, Pareto, Saona, etc.), sin contar un gran número de Colombos ligures, que ha omitido expresamente. ¿Y probaría eso que en cada una de esas ciudades había nacido Colón? Lo estrictamente indispensable, lo obligatorio, es probar con documentos convincentes que Cristóbal Colón y sus hermanos descienden de tal o cual Columbo de una localidad cualquiera. La simple enunciación de que en algún punto había Colones y Fontanarosas, sólo prueba que en ese lugar había Colones y Fontanarosas.

Que la carabela en que iba Colón cuando descubrió la América se llamaba la *Gallega*. De los cronistas antiguos, sólo Oviedo dice eso, y a Oviedo no se le puede tener mucha confianza en ninguna de las cosas que dice de los primeros tiempos de la conquista: comete infinidad de errores. Colón no dice el nombre del buque en que iba. Las Casas lo llama simplemente la *Capitana*, y después los historiadores han seguido a Fernando Colón, que lo llamó *Santa María*. Pero, aun aceptando que la carabela capitana se llamase la *Gallega*, ¿qué probaría eso?—O que fue construída en Galicia, o que a su dueño le dió la gana de nombrarla la *Gallega*. ¿Pero cómo de eso va a deducirse que Colón fuese de Galicia?

«Que Colón le puso *Gallega* a una isla que descubrió en el segundo viaje» (de Horta, página 23). Ni el Dr. Chanca, que describió ese viaje; ni las Casas, que al hablar de él en su *His-*

toria de las Indias, se guió por los papeles de Colón; ni nadie de ese tiempo, hablan de esa isla antillana.

Que a otra isla le puso *San Salvador*, «por la parroquia de *San Salvador del Poyo*, donde probablemente fue desprendido del claustro materno y recibió las aguas del bautismo» (de Horta, página 23). Es cierto que Colón, a la primera isla que descubrió, y sólo a esa, le dió el nombre de «San Salvador»; pero fue, como dice él a Luis de Santángel, en carta de 15 de Febrero de 1493, en conmemoración a su Alta Majestad: «A la primera (tierra) que yo fallé puse por nombre *San Salvador*, á conmemoración de su Alta Majestad, el cual maravillosamente todo esto ha dado: los indios la llaman Guanahaní.» (Navarrete: *Colección de viajes*, etc., tomo I, página 314). Por lo visto, Colón, que descubrió la isla y le puso por nombre, no supo por qué lo hizo.

Que «en el tercer viaje, al primer promontorio de tierra que divisa le da el raro nombre de *La Galea*, y el nombre de Galea se da en Pontevedra a una plaza o espacio comprendido entre varios edificios cerca del muelle o del fondeadero llamado de *la Fuente*» (de Horta, página 24). ¿Y no será más bien porque el tal promontorio *de la Trinidad* se le pareció a una galera, que en ese tiempo y mucho antes se llamaba *galea*? (Navarrete: *Colección de viajes*, etc., tomo I, página 554 y siguientes.) Por una causa igual llamó Colón a un islote de la costa de Santo Domingo *Alto Velo*, porque se le pareció a una vela hinchada por el viento.

Es exacto que Colón era inclinado a poner a los lugares que descubría nombres religiosos o de la familia reinante, aunque en ocasiones puso nombres que no tienen explicación razonable. No obstante, puede sospecharse que el nombre de *Puerto de Santo*, dado a un puerto de la isla de Cuba (el de Baracoa), y el de *San Miguel*, dado al cabo que después se llamó Cabo Tiburón, en Santo Domingo, son recuerdos de las islas portuguesas de *Puerto Santo* y de *San Miguel*. en la primera de las cuales se dice que vivió un tiempo Colón, y a la

segunda la visitaría quizás infinidad de veces. Don Bartolomé no era así. El puso a la ciudad que debía llamarse «Nueva Isabela», en la orilla izquierda del río Ozama, el nombre de Santo Domingo, por su padre *Dominico*, y a la isla Adanamai, de los indígenas, la dominó Saona, en recuerdo de Saona de Italia, en donde había vivido mucho tiempo su familia y él mismo. Y hasta parece que la Providencia, o como quiera llamarle, quiso también unir íntimamente la personalidad de Colón con la tierra americana que más amó y pondero. República *Dominicana*, derivación de *Dominico*, nombre de su padre, se llama la nación que surgió en la tierra de su amor, y hasta la bandera que cubre su tumba lleva la cruz redentora, que tan inclinado era él a plantar en todas las regiones que descubría.

Que es frase galiciana empleada por Colón: «*el sol tenía espeto*», al describir el desembarco en un día ardiente o caluroso de los trópicos, en que el sol penetra en el cuerpo, como si fuera un hierro enrojecido» (de Horta, página 26). Pero *espeto*, en castellano antiguo, es *asador*, y la frase de Colón es perfectamente castellana, significando que los rayos del sol penetraban en el cuerpo como si fueran asadores enrojecidos.

Pero sería cosa larga seguir aclarando las *pretendidas* coincidencias de hechos de Colón con cosas de Galicia. Me limito solamente a decir que *Maicí*, palabra indígena cubana, derivada tal vez de *mats*, y que quieren hacer gallega, la trae las Casas como cubana (*Historia de las Indias*, tomo V, página 244), cuando dice: «Y el otro ramo, que es el que hace el cabo que nombró el Almirante cabo de San Nicolás, se mira con la punta o cabo oriental de la isla de Cuba, la cual creo que se llamaba, en tiempo, la punta de *Maycí* o de Bayatiquirí, en lenguaje de los indios.» Pero olvidábame que el señor la Riega sabe más de las cosas antiguas de estas islas que Colón, y que las Casas, Oviedo y demás cronistas de Indias.

En la página 26 de su folleto dice el señor de Horta: «Según Colón, su hermana Blanca había muerto; Juan desapareció,

quedando solos Cristóbal y D. Bartolomé, pues Diego se unió a ellos después que tuvo noticias del descubrimiento.» Por mucho tiempo no supieron los historiadores que Colón tenía una hermana que se llamaba Blanchineta y un hermano que se llamaba Giovanni Pellegrino.

Cristóbal Colón, en la «Institución del Mayorazgo», hecha el 22 de Febrero de 1498 ante Martín Rodríguez, aprobada por los Reyes Católicos en 28 de Setiembre de 1501 (Navarrete: *Colección de viajes*, tomo I, Introducción, página 145), y que fue aceptada como auténtica y válida por el Consejo de Indias, dice en una parte (tomo XI, página 254): «*Siendo yo nacido en Génova, y más después: que de ella (Génova) salí y en ella nascí* (página 258), Navarrete, obra citada, tomo II, páginas 251 y 258). Para negar la verdad de esas afirmaciones hechas en un documento tan importante, se necesitan pruebas contundentes, que no se han presentado. Para Colón le era igual decir que había nacido en Quinto, en Saona, en Sori, en Pontevedra... como dijo, expresando la verdad, que había nacido en Génova. Al contrario, mientras más obscuro fuera el sitio en que vino a la vida, más gloria le daban sus grandes obras, pues había partido de más bajo. Y no se diga, como han afirmado los rieguistas, con poco sentido común, que «*si Colón se atribuyó la nacionalidad genovesa o italiana, fue también para beneficiarse, AL COMIENZO DE SU CARRERA, del prestigio que tenían los navegantes genoveses y PORTUGUESES.* Colón dijo que era genovés, en 1498, cuando ya hacía seis años que había descubierto la América, y era almirante, virrey de las Indias y su gobernador. ¿Qué beneficios le iba a producir esa afirmación? En realidad, estaba él entonces, no en el *comienzo de su carrera*, sino en el comienzo de sus desgracias.

Colón, en la Institucion del Mayorazgo, entre otras cosas beneficiosas que se refieren a Génova, dispone y manda (página [260): «Que al dicho D. Diego o a quien poseyere el dicho mayorazgo, que procure y trabaje siempre por la *honra y bien, y acrecentamiento de la ciudad de Génova, y ponga todas sus*

fuerzas e bienes en defender y aumentar el bien e honra de la República della, no yendo contra el servicio de la Iglesia de Dios, y alto Estado del Rey o de la Reina, nuestros Señores, e de sus sucesores.»

Bartolomé Colón, hermano del Descubridor, expresó también que era genovés. En un mapamundi que presentó al rey de Inglaterra, Enrique VII, iban unos versos suyos, en latín, en que decía: «Pro authore seu pictore | Gennua cui patria est, nomen cui Bartholomeus | Columbus, de terra rubea: opus edidit istud | Londonüs: anno domini millesimo quatercentesimo octiesque uno | Atque insuper anno octavo: decimaque die, mensis Februari», que las Casas, de quien tomó esto, traduce así: (*Historia de las Indias*, tomo I, páginas 225 226.) «El autor de aquella pintura dice ser de *patria genovés*, y que tiene por nombre *Bartolomé Colón*, de Tierra rubia; hizo la obra en Londres, año de 1488, a 10 del mes de Febrero.»—Bartolomé, pues, como Cristóbal, afirma que es genovés, no gallego.

VICENTE GAY,

Profesor en la Universidad de Valladolid.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO: CUESTIONES POLÍTICO-SOCIALES: La patria y la moral nueva.= LITERATURA: La enfermedad en la inspiración literaria.= CRÍTICA RELIGIOSA: El Índice.= FILOSOFÍA DE LA HISTORIA: Las teorías del conde de Gobineau.= COSTUMBRES: Las transformaciones de la publicidad.= IMPRESIONES Y NOTAS: El matrimonio en la India.—La originalidad de Carlos Peguy. —La *Gioconda* y el *San Juan* de Vinci.

CUESTIONES POLÍTICO-SOCIALES

LA PATRIA Y LA MORAL NUEVA.—Según José Wilbois, en *La Revue Hebdomadaire*, los esfuerzos de nuestros contemporáneos para renovar la moral no han sido vanos, y a despecho de la oposición de los tradicionalistas y de los revolucionarios, varias escuelas están a punto de concertarse para esa gran renovación. Los evolucionistas, por una parte, que de la dirección de Herbert Spencer han pasado a la de Bergson, para afirmar que hay en la humanidad un impulso creador, y los sociólogos, por otra, adeptos unos de Durkheim y de Bruhl, y continuadores otros de Tourville y de Demolins, que no quieren aceptar regla ninguna de conducta que no tenga por base la observación científica, coinciden en no pocos puntos y vienen a fundir sus tendencias en una moral nueva que podría llamarse de la adaptación y del progreso, en la que podrá reconocerse una moral del superhombre, sin el individualismo nietzscheano y una moral de la solidaridad sin la superstición

del hecho ni la divinización de la sociedad presente. Como ejemplo de esta nueva moral, Wilbois nos enseña cómo entiende los deberes para con la patria.

La palabra *patria* tiene dos sentidos: económicamente, las agrupaciones sociales se bastan a sí mismas o no se bastan. Así, Francia o Rusia, la India o la China, forman, o podrían formar por lo menos, mundos casi cerrados; pero una provincia especializada en el cultivo de la viña o en la industria del lino, necesita recibir de otras cereales, por lo menos. Claro es que las regiones autónomas tienen el derecho de ser egoístas, es decir, de desarrollarse sin cuidarse de sus vecinas; mientras que los países que necesitan para vivir del concurso de otros, tienen para con ellos deberes permanentes; los sistemas cerrados coinciden generalmente con nuestros grandes Estados, y el país así definido constituye una patria económica. Pero hay otro punto de vista psicológico o evolucionista: la patria es también la corriente que, gracias a sus instituciones, nos transmite todo lo que forma la riqueza de nuestra alma: nuestra literatura, nuestras doctrinas morales, nuestras ilusiones sociales, la conversación, el dibujo de nuestros jardines, la silueta de nuestras colinas, el modo de estar, de vestir, la sopa, el vino, los calendarios, muebles, telas, porcelanas; según la frase de un dramaturgo, la patria son platos pintados; esa patria es la que se detiene cuando cesa la misma lengua, porque la lengua es la que comunica esta herencia sutil; esa es la patria histórica.

Las patrias económicas y las patrias históricas no han sido siempre tan vastas como hoy, pero siempre han coincidido, *grosso modo*, las fronteras de una con las de la otra. En la Edad Media, se sabía que uno era normando; pero no se hubiera comprendido lo que quería decir francés; y es porque la Normandía era a la vez una unidad material y moral; la división del trabajo no había especializado todavía las regiones, y cada una podía prescindir de sus vecinos, teniendo cada cual su derecho, sus medidas, sus costumbres, sus trajes, sus canciones

y sus *patois*. Más tarde, las provincias fueron saliendo de su aislamiento, las pequeñas patrias históricas fueron fundiéndose en la gran unidad de la patria económica, y así surgieron las actuales nacionalidades: Francia, España, Italia, etc. Así, «los deberes que la patria económica reclamaba han sido sostenidos por los sentimientos que la patria histórica sugería».

La patria económica quiere vivir, tiene las exigencias de una empresa industrial, e impone a sus hijos una abnegación de empleados; les reclama el impuesto de dinero y de sangre, porque tiene que sostener los caminos que utilizan y el ejército que los defiende; les pide que respeten su constitución, sus leyes y hasta su gobierno, aunque no compartan sus opiniones, porque los ministros son gerentes, y en todo negocio hace falta la disciplina; les piden que sostengan en asociaciones privadas todas las iniciativas médicas, caritativas, militares, educativas, que pueden contribuir a la prosperidad nacional, y se lo piden con mayor empeño cuando se trata de funcionarios directos, porque, a despecho de las críticas más fundadas, se necesita un funcionarismo, y el funcionarismo será bueno si hubiera buenos funcionarios. Tales son, para con la patria económica, los deberes más esenciales. Sólo insistiremos algo sobre el más discutible de todos: el deber militar.

Se ha pretendido que el Ejército es un mueble viejo, y es verdad que hay en él mucho de anticuado. El Ejército moderno, sin embargo, deriva principalmente del maquinismo y de la división del trabajo. Todos los países tienen que proteger sus productos rodeándose de aduanas, y como la tasa aduanera es un golpe de fuerza, sólo puede mantenerse por la fuerza; aduana o vida económica, es sinónimo de Ejército; por eso el desarme, por deseable que sea, es incompatible con el industrialismo, siendo un crimen el predicarlo, por lo menos en su país.

Todos los deberes descritos para con la patria económica, los dos impuestos, el respeto a las leyes, la adhesión al Gobierno, etc., suelen ser duros y se cumplen, por lo mismo, sin en-

tusiasmo; y es que a la patria económica sólo nos liga la reciprocidad de servicios materiales; y es también, como consecuencia de este enlace, que nuestras relaciones con la patria económica, dependen de nuestro papel social. Entonces interviene la patria histórica, verdadera persona cuya alma está hecha de la de Sagunto y Numancia, Viriato y el Cid, San Fernando y los Reyes Católicos, Cortés y Pizarro, Bailén y Zaragoza, Prim y Menéndez Pelayo, todos los grandes y todos los humildes, todas las grandezas y todas las glorias de la Historia y de la leyenda que se adoran y se veneran en todos los corazones, y a cuyo recuerdo el aire natal hace revivir los más generosos impulsos. La patria aduanera nos exigirá una convergencia de movimientos que la patria moral nos da haciéndonos vibrar al unísono; aquélla busca las jerarquías modernas, ésta explota los instintos de la horda, y la unión de estas dos fuerzas sociales es la que en otro tiempo hacía tan terribles y tan dulces los deberes de cada cual para con su país.

La revolución de los transportes lo ha cambiado todo desde hace medio siglo. Los límites de las patrias aduaneras se han ensanchado extraordinariamente. Por autónoma que Francia sea en su economía esencial, es tributaria, y lo será cada vez más de otros países, para objetos estrictamente necesarios a la vida. El extranjero, cuyos productos consume Francia, es algo francés en el momento y en la medida en que consume productos franceses y expide los suyos. Las fronteras psicológicas, en cambio, apenas varían; «las patrias aduaneras y las patrias históricas no crecen con la misma velocidad». Y esa es la crisis: puesto que tenemos dos patrias, ¿cuál se debe preferir cuando hay desacuerdo entre nuestros deberes para con ellas? Y he ahí planteada la cuestión del internacionalismo.

Esta cuestión tiene dos aspectos diferentes, según que se trate de clases directoras o de clases obreras, y no hablemos de los aldeanos que, retenidos junto a sus campanarios por la atracción de los campos, apenas conocen estos problemas. En cuanto al internacionalismo de las clases directoras, es expli-

cable por tratarse de hombres de negocios que tienen clientes y proveedores en otras partes del mundo, o de intelectuales que conocen varias lenguas y literaturas y que forman lo que pudiera llamarse la aristocracia europea; para los unos, donde está la ganancia está la patria; para los otros, los prejuicios y los odios a los enemigos hereditarios, los ha hecho desaparecer la educación y el trato. Aparte de esto, la vida moderna nos impone deberes para con la patria económica que a veces se enlazan con el internacionalismo mismo. No hay nacionalismo que mande no comprar nada a los ingleses. Las clases directoras, económicamente, están sometidas a dos preceptos: practicar un internacionalismo que va más allá de las fronteras políticas actuales, y un nacionalismo que se encierra en las fronteras comerciales próximas; su deber se encierra en esta fórmula: «Servir a la patria económica de hoy, preparando la patria económica de mañana». Para con la patria histórica, los deberes no son menos imperiosos, sin hablar de sentimientos espontáneos, porque esos no bastan. En el conocimiento de los demás pueblos se debe encontrar la fuerza para querer más al prójimo; por comparación se conocerán sus recursos, sus ilusiones, sus flaquezas, y, por consiguiente, su porvenir; vuelve uno del extranjero más patriota, no porque el extranjero nos parezca inferior, sino porque nuestra visión ensanchada nos permite exámenes de conciencia más equitativos; en lugar de tener por su nación un entusiasmo verbal, se tiene «un amor científico que completa el amor instintivo».

En cuanto al internacionalismo de los obreros, es muy conocido: desean a todo trance la supresión del ejército, no tanto por su función de defensor de las fronteras, como por la de policía, que les combate o les reemplaza en tiempos de huelga; este internacionalismo es sólo un episodio de la lucha de clases. Veamos cuáles son sus deberes para con la patria. El deber militar no sólo no les es difícil, sino que el taller y el sindicato les prepara para ello, enseñándole tres grandes cualidades del soldado: la disciplina, el sacrificio por un sér colec-

tivo y el amor al riesgo. El antimilitarismo del obrero no se parece en nada al de ciertos burgueses, que aclaman la bandera y se hacen redimir del servicio. El obrero posee la preparación moral que da el regimiento, y le basta acabarla en el cuartel para ser un servidor completo de su patria aduanera; pero es preciso que tampoco la ataque fuera del cuartel, y la huelga es, con frecuencia, un ataque inconsciente a la patria. Si todos los mineros de un país se declaran en huelga, los metalúrgicos tienen que comprar su carbón al extranjero, y los huelguistas son culpables de traición económica en provecho de los países vecinos. ¿Cómo eludir esta traición sin renunciar al derecho de huelga? Acudiendo a la unión internacional de los trabajadores y repartiendo las pérdidas resultantes de la huelga entre las regiones rivales; las luchas de clases no deben nunca comprometer al país; y el mejor modo de poner la patria por encima de ellas, es llevarlas fuera de la patria; «el verdadero nacionalismo económico coincide aquí con el internacionalismo sindicalista». Hasta económicamente, pues, el obrero debe ser patriota; y debe serlo, mucho más todavía, psicológicamente. El hombre, como ser social, no es verdaderamente hombre sino en su cuadro, es decir, arraigado en su país; cuanto más profundamente se viva el regionalismo, más profundamente se sentirá el humanitarismo.

En resumen, añade José Vilbois: en las clases obreras, como en las directoras, el internacionalismo debe ceder al nacionalismo; porque el internacionalismo es una actitud simplemente económica, que no deriva sino de relaciones sociales estáticas, y el nacionalismo es una marcha evolucionista que deriva del dinamismo de la vida completa.

LITERATURA

LA ENFERMEDAD EN LA INSPIRACIÓN LITERARIA.—El doctor Pablo Voivenel ha estudiado concienzudamente el papel que en la inspiración literaria desempeñan las enfermedades, con-

densando el fruto de sus observaciones en un artículo que publica el *Mercure de France*, y que no tiene desperdicio.

El poeta posee una disposición de espíritu característica, que depende de un funcionamiento particular de su cerebro. Para hablar o escribir, con la prosa de Jourdain o con los versos de Corneille, hay que hacer funcionar ciertas partes de la corteza cerebral que se llaman los centros del lenguaje. Las leyes fisiológicas, idénticas para todos nuestros órganos, lo mismo rigen los músculos que el cerebro. Ahora bien; la fuerza producida por un músculo está en relación directa con el desarrollo de ese músculo, y con su excitación; del mismo modo, el rendimiento de los centros cerebrales del lenguaje es proporcional al desarrollo y a la excitación de esos centros. Gracias a esa excitación, un sujeto normal y hasta hiponormal muscular, puede igualar, en un momento dado, la fuerza de un atleta cuando una crisis de violencia epiléptica hace pasar a los músculos de un enfermo una cantidad anormal de influjo nervioso que le da pasajeramente un vigor hercúleo. Así mismo, la excitación anormal de un centro de lenguaje normal o hiponormal puede hacer que se dispare una serie de ritmos y asonancias que formen rimas; el epiléptico se hace Hércules y el loco se hace poeta.

Voivenel los clasifica en tres grupos: 1.º El atleta excepcional, el que desde su nacimiento posee músculos notables; es el poeta nato con centros de lenguaje poderosos. El rendimiento es fácil y continuo; el cerebro funciona poéticamente sin sacudidas y sin desgaste; la obra es grande y el obrero robusto: es un Víctor Hugo, un Goethe, un Carducci, un Zorrilla, un Molière, un Racine, un Ruskin, un Calderón, hombres que viven largo tiempo y cuya corteza cerebral les permite coger sin molestia ideas y palabras, lo que no impide que la cosecha sea desigual, según la excitación cerebral, que se llama inspiración, sea más o menos fuerte. 2.º El hombre bien dotado, el buen mozo, que sin ser un atleta, es capaz, con educación lógica y excitaciones físicas o psíquicas, de ejecutar proezas atlé-

ticas; es el poeta que no llega al genio sino por instantes, bajo la influencia de sentimientos extremos o de excitantes adecuados. La labor es importante, pero irregular, y el obrero, agotado por los accesos del lirismo, muere relativamente joven: son Musset, Maupassant, Edgar Poe, Hoffmann, Baudelaire, Verlaine, Gerardo de Nerval, el maravilloso Alberto Samain, Espronceda, Larra, los prodigiosos Gonzalo de Castro y Gabriel y Galán. 3.º El epiléptico hecho atleta por accidente, bajo la influencia de una crisis; el loco cuyo cerebro modificado bruscamente por la enfermedad, puede cubrirse de claridad como un tizón se cubre de chispas al desmoronarse.

En las tres clases se necesita, para que se disparen los centros del lenguaje, una excitación que se llama inspiración. Los hombres de genio la necesitan como los demás, y a veces la buscan por medios extraños: Schiller, antes de componer sus poesías, metía sus pies en hielo y respiraba el olor de manzanas podridas que tenía en un cajón; Bossuet se encerraba en una habitación fría y se envolvía la cabeza en lienzos calientes; Montesquieu golpeaba convulsivamente el suelo con los pies; Ampère se paseaba agitándose violentamente; Bourdaloue no escribía sus más hermosos sermones sino después de haber tocado algunos instantes el violín; y Buffón no acertaba a redactar una página de su famosa *Historia Natural*, sin estar vestido de punta en blanco. Todo esto es evidentemente original; pero no puede estimarse como signo de neurosis. El orgullo enfermizo de Hugo, la depresión melancólica de Goethe adolescente, el misticismo doloroso de Racine envejecido, la desarmonía sensitiva de Pascal, no bastan para rebajar esos escritores, ni menos para elevarnos hasta ellos. Si presentan en su espíritu a veces una grieta, Goethe sobre todo, la presentan como una granada entreabierta, porque bajo la abundancia de sus pensamientos, su cerebro se raja ligeramente.

En el segundo grupo, la grieta no es ya la consecuencia de la extrema riqueza; es como una causa de claridad, porque por ella penetra el sol. La neurosis, es decir, la exquisita sen-

sibilidad del sistema nervioso en el poeta, hace que las excitaciones sean más marcadas; parece que ese soberbio joyel del hombre, formado por el lenguaje poético, no puede adquirirse sino a costa de crueles sacrificios. Esta sensibilidad dolorosa es aquí la razón del genio literario, y los más grandes poetas son frecuentemente los más desgraciados o los más enfermos:

Los más desesperados son los cantos más bellos
y algunos sé inmortales, que son puros sollozos.

Esta excitación nerviosa, que se llama inspiración y que los antiguos atribuían a una divinidad—*est Deus in nobis, agitante calescimus illo*,—puede desarrollarse en los poetas del segundo grupo: 1.º, por excitantes psíquicos, como el dolor, la rebelión, el entusiasmo; 2.º, por excitantes artificiales, como el alcohol, el haschisch, el opio y el éter; 3.º, por enfermedades, como las neurosis y las psicosis, la parálisis general y la tuberculosis.

El entusiasmo ha elevado a Barbier por encima de su mentalidad ordinaria, y ha permitido a ese burgués lanzar al mundo sus *Yambos* inmortales; al entusiasmo debe su gloria Rouget de Lisle que, fuera de su *Marsellesa*, no ha escrito más que versos tan sosos que dan compasión; la rebelión ha inspirado obras de hermoso arranque a los desclasificados de la política, del periodismo y de las letras, como Delescluze, Pyat, Vermorel, y sobre todo Vallés, cuyas páginas pasan sobre nosotros como un huracán; el dolor ha permitido a Pascal llegar a lo sublime, y ha esculpido para la posteridad los más hermosos versos de Leopardi; la depresión moral, la melancolía, han hecho brotar una serie de flores lánguidas, atractivas por su misma morbidez, con el encanto del recuerdo que tienen las flores marchitas olvidadas en un libro de enamorados; tal es la causa de la celebridad de Arvers con su famoso soneto; el disgusto de vivir, el desencanto que se apodera de nosotros sin razón visible, en realidad, porque nuestro orga-

nismo está agotado, es la musa inspiradora de Verlaine, de Verhaeren y de Mallarmé, el autor de ese magnífico verso que *para Voivenel* es el más hermoso de la lengua francesa, por su fuerza de evocación de desaliento físico e intelectual:

La chair est triste, hélas! et j'ai lu tous les livres! (1).

En cuanto a los excitantes artificiales, han sido ampliamente empleados por los escritores: «El hombre ha querido crear el Paraíso por la Farmacia»—decía Baudelaire.—El alcohol fue buscado o sufrido por Hoffmann, Edgar Poe y Alfredo de Musset; el opio, por Coleridge y Tomás de Quincey; el haschisch, por Teófilo Gautier y Baudelaire; el éter por Maupassant y Juan Larrain. Todos estos venenos crean en torno del poeta una vida extraña en que reinan las ilusiones y las alucinaciones; así es como Musset presenta el fenómeno de la autoscopia externa, que consiste en ver ante sí su propia imagen, siendo la expresión de su visión *La Noche de Diciembre*.

Los dos tipos más caracterizados de alcohólicos, o más bien de dipsómanos, son Edgar Poe y Hoffman; han descrito sus estados morbosos, y la belleza acongojante de sus libros resulta de sus neurosis; los cuentos de Hoffmann no son tan impresionantes sino porque los ha vivido en sus accesos de alcoholismo. La señora de Stael, Wilberforce, Coleridge, Baudelaire y, sobre todo, Tomás de Quincey, reemplazaron el alcohol por el opio, y debieron a este veneno horas paradisiacas, que pagaron muy caras. Al fin de su vida, Quincey veía «las flores de los bosques y de los campos con rostros humanos», y oía «los gritos de los huracanes y de sus víctimas llevadas furiosamente a través de sus sueños». Toda la existencia de Coleridge ha sido una larga derrota de la voluntad, en lucha con las circunstancias, y Baudelaire, hecho trizas por las pasiones, fue desdeñado por una horrible negra, Juana Duval, a la que dedicó, sin embargo, sus versos más trágicos de odio y amor.

(1) «¡La carne ¡ay! está triste, y he leído todos los libros!»

Los escritores pueden, pues, sacar lo que se llama inspiración de excitantes psíquicos y de excitantes artificiales. Gracias a la ley que mezcla la alegría con el dolor, la enfermedad misma puede modificar o aumentar la inspiración poética, lo que constituye una última lección de filosofía: de nuestra debilidad brota nuestra gloria, como del hierro enrojecido bajo el martillo del forjador saltan estrellas. Así la epilepsia de Dostoyewsky y de Flaubert puso sus nervios en desnudo, aumentando los sufrimientos y ennobleciendo la obra de aquél, y exagerando de tal modo las sensaciones de éste, que al describir el envenenamiento de la señora Bovary, tuvo el gusto del veneno en la boca y estuvo a punto de vomitar; así el ligero delirio de persecución de que fue atacado Juan Jacobo Rousseau, y las numerosas anomalías de su sistema nervioso, dan a sus ideas esa ardiente convicción que las hace resplandecer sobre toda una literatura; por eso Glatigny, Verlaine, y hoy Gorki, fueron impulsivos sacudidos por sus impresiones como un trapo por el viento.

La vida de Augusto Comte, de Schumann, de Hugo Wolff, de Gerardo de Nerval—que murieron locos los cuatro—fue entrecortada por períodos de agitación febril, durante los cuales sus producciones artísticas tuvieron particular esplendor. Goethe, a quien se considera como el genio sano por excelencia, fue de extremada nerviosidad; estudios recientes, hechos por Mæbius, Hahn y Seiling, sobre su psicopatología, muestran con sorpresa que Goethe nació asfíxico por la torpeza de una partera; que manifestó signos de melancolía, injertos en un estado de inestabilidad de humor provocado por excesos intelectuales complicados con abusos de Baco y de Venus; que mostró en su familia un carácter cambiante y exaltado; que fue supersticioso y místico, tuvo visiones, y presentó, como Musset y Maupassant, el fenómeno de la autoscopia.

Las obsesiones, las fobias y el misticismo de Tolstoi nos explican su extraña grandeza; presa de la locura de la duda, se pregunta constantemente por qué vive y de qué sirve la exis-

tencia; su misticismo le hace encontrar una solución en el Evangelio que comenta y transforma. Si se empeña en pasar por original, es en realidad porque le es imposible ser de otro modo. Su inestabilidad mental es inaudita: en presencia de las tres hijas del doctor Berce, se enamora de la mayor; pasa en seguida a enamorarse de la segunda, y acaba por chiflarse por la tercera. A los ocho años tuvo empeño en flotar en el aire; no vaciló: abrió la ventana y cayó de una altura de cinco metros; por fortuna, el dios de los aviadores tuvo compasión de él.

Otro gran escritor contemporáneo, Gabriel d'Annunzio, es un desequilibrado de la sensación, y a este desequilibrio debe su estilo fulgurante. Es un sensual de extraordinaria perversidad; uno de esos hombres que aman, por ejemplo, la voz de contralto, porque esa voz está como invertida, y en ese amor existe una especie del sadismo inconsciente que posee Teófilo Gautier. Una palabra, una mirada, le hacen estremecer; la voz insinuante de la duquesa Elena le da «casi la sensación de una caricia carnal», y sus miradas tienen, para él un encanto demasiado afrodisíaco. En su quinta de recreo tiene un gabinete de trabajo espacioso, cuyas puertas, ventanas y paredes están guarnecidas de espesas colgaduras de damasco rojo, y en el centro un brasero despide bocanadas de incienso. En el admirable (!) soneto que compuso sobre una erótica de Grieg, se encuentra bien retratado este enamorado místico: «Quiero un amor doloroso, lento, tan lento como una lenta muerte, y sin fin, y quiero que sin tregua nuestras almas se emparejen en un tormento secreto; y que un mar esté cerca de nuestras puertas solitario, y llorando en su silencio profundo. Quiero que la torre sea tan alta, que en la noche serena parezca tocar la gran estrella del Polo. Quiero un lecho de púrpura, y encontrar en aquella sombra y yaciendo sobre el seno, como en el fondo de un sepulcro, el infinito.»

Estos hombres, «forzados de sus sensaciones», como lo fueron también Byron y Carlyle, son egoístas inauditos: para Annunzio, la mujer no vale sino en cuanto sirve para su glo-

ria; sus amores, elegidos entre sus admiradoras aristócratas y las actrices de fama, han sido amores de arribista sin más culto que el de sí mismo, el del superhombre en el mal sentido de Nietzsche.

Maupassant es también deudor a su enfermedad mental de ciertas bellezas de sus obras. Según sus amigos, fue desde joven un toro triste, invadido por la desesperación, de la que no logró librarse con la cocaína, la morfina, el haschisch y hasta el éter. En cuentos y novelas se halla la descripción de sus penosas alucinaciones, por estar escritas, como dice Lemaitre, con la sangre de su alma.

Hasta la tuberculosis misma ha sido causa de belleza intelectual, tentando no pocas veces a los escritores: la Margarita Gautier, de Alejandro Dumas; la Mimí, de Mürger; la señora Beaumont, de las *Memorias de ultratumba*, son hermanas de *La joven tísica*, de Millevoie; Balzac ha puesto tuberculosos en *El médico de aldea* y en *La mujer de treinta años*; y también encontramos tísicos en *Las Vírgenes fuertes*, de Marcelo Prévost; en *Crimen y castigo* y *El idiota*, de Dostoyewsky; en *El aguilucho*, de Rostand; en *La grana* y *La llama*, de Couvreur; y en *La llama*, de Pablo Margueritte. El tuberculoso es frecuentemente muy inteligente, soñador, voluptuoso e inclinado a ciertos excesos; luego se hace sentimental, y en sus cartas habla frecuentemente de «primavera radiante», de «rosas de Mayo», de «margaritas deshojadas». Poco antes de su muerte, Próspero Merimée, escribiendo desde Cannes a Lenormant, se enternece con el azul del Mediterráneo, las fresas de los bosques y los jardines floridos. En el sanatorio, las intrigas amorosas son inevitables, como puede verse en *Los abrasados*, de Miguel Corday. Todos los tuberculosos célebres, Mozart, Millevoie, Schiller, Mauricio de Guerin, Schubert, Chopin, Laforgue, Novalis, Glatigny, Merimée, Rachel, María Baschkirtseff, Lepage, Tchekow, Hugo Rebell, Alberto Samain, han presentado en cierto grado lo que Camilo Mauclair ha llamado «la enfermedad del infinito», cuya decoración ha pintado el tísico Wateau,

una vez por todas, en el *Embarque a Citerea*. «La ingenuidad metafísica de Novalis, la ternura calenturienta de Chopin, la sonrisa a veces trágica de Laforgue, la belleza idealista de Mozart, la pasión pastoral de Schubert, todo eso está situado, dice Mauclair, en el país que Wateau ha extraído de la Naturaleza, y en el fondo del cual, con emoción indecible, se oye el murmullo de la invitación al viaje. La enfermedad pulmonar que poetiza al hombre del pueblo y le modela el rostro, poniendo en sus mejillas delicada y frágil mezcla de rosa y de blancura lial, sublimiza en cierto modo al poeta.

En cuanto a la tercera clase de escritores, a esos que no son poetas sino por accidente, semejantes al epiléptico cuya crisis multiplica las fuerzas en un momento dado, el dón poético aparece aquí como sobre un cerebro que se va a hundir. La última miseria va precedida de la suprema belleza que el Dios compasivo otorga a las cosas que acaban. Antes de ser destruída, la célula nerviosa es excitada, y el individuo cuyo espíritu va a desmoronarse, brilla cierto tiempo. El cerebro quema en algunas semanas el combustible que debía quemar en muchos años. Boivenel ha observado en la clínica de enfermedades mentales con el profesor Remond, a un empleado vulgar, de la sociedad de tranvías, sin instrucción, y que apenas sabía leer y escribir; durante su estancia en la clínica, se ha pasado todo el tiempo escribiendo prosa, verso, cartas, cifras, asuntos imaginarios; todo le venía bien para emborronar cuartillas; en medio de sus divagaciones incoherentes, resplandecían a veces versos tan armoniosos como los cuatro siguientes:

Dans le vieux pays d'Amérique
Je sais un calvaire tragique
Au pied duquel inconsolée
Ma pauvre femme désolée...

Las producciones artísticas nacidas en los manicomios, no son raras, y hay asilos que tienen periódicos redactados por dementes.

De todo lo expuesto resulta que del gran poeta al loco, pasando por el escritor de talento, todas las transiciones existen, y ya lo dice el refrán: «De músicos, poetas y locos,—todos tenemos un poco».

CRITICA RELIGIOSA

EL ÍNDICE.—En los tiempos en que funcionaba la Inquisición, era fácil suprimir por medios coercitivos las críticas y hasta los críticos; hoy no es tan fácil suprimir un libro desagradable como lo suprimió Bossuet al conseguir del Consejo del rey la quema de los 1.300 ejemplares de la *Historia crítica del Antiguo Testamento*. Cuando se trata de un eclesiástico, la Iglesia todavía puede aplastarlo con sus censuras e indirectamente sitiario por hambre; pero tratándose de un laico, la cosa varía; en todo caso, el libro queda y hay que contar con él. Como última *ratio*, la Iglesia ha recurrido al medio del Índice. La autoridad, como dice *** en la *Revue Bleue*, se dirige a sus subordinados y les habla como cierto personaje de Molière: «Yo no puedo hacerle mudo, y todo lo que puedo hacer en vuestro servicio es ponerlos sordos si queréis.» Claro es que no quieren, y como ya no estamos en los tiempos en que Paulo IV revocaba todos los permisos relativos al Índice, mientras Felipe II decretaba la pena de muerte contra todo vendedor, comprador o simplemente lector de una obra condenada, no hay que asustarse demasiado.

Se dirá, quizá, que la vigilancia es necesaria y que no se puede abandonar la fe de los simples a todas las empresas, siendo el derecho de toda sociedad intelectual o religiosa el señalar las obras que no responden a sus doctrinas o a su espíritu. Es verdad, y en teoría hay que reconocer que tienen razón los que así piensan. La desgracia es que en la práctica tal teoría es casi inaplicable, dada la multitud de obras malas o peligrosas que se publican diariamente. Por otra parte, si la

autoridad religiosa tiene el derecho, y a veces el deber de advertirnos contra los libros peligrosos, no hay razón para ejercitar ese derecho por medios que descalifican y desalientan a los trabajadores sin dejarles posibilidad de explicación ni de defensa.

El Índice no distingue entre obras y obras; lo mismo pega contra los ateos y paganos, heresiarcas y cismáticos, que contra los que suscitan dudas sobre tal o cual punto de nuestras creencias, o aquellos a quienes sólo se les ha escapado un error o un lapsus. El Índice es como un Infierno en que no hay más que un solo círculo, en el que entra todo el Purgatorio y hasta una parte del Paraíso; lo mismo aplasta a Calvino que a Galileo, a Lutero que a Lasserre, al barón Holbach que a Pablo Viollet, a Renán que a Loisy, al marqués de Sade que a Fogazzaro, a Spinoza que a Laberthonnière; y como está expuesto uno en el Índice, no sólo por un libro, sino por un capítulo, por una página, por una frase y hasta por una palabra, es estupendo que pueda haber en el mundo una sola obra no incluida en el Índice.

Supongamos un autor, caso que se ha presentado frecuentemente, que consagra toda su vida a este pensamiento: «La fe desaparece, la religión pierde su popularidad; se miran las creencias católicas como pueriles fantasías de falsos místicos, sueños inefables o devotas explotaciones; voy a tratar de remontar esta corriente, mostrando que entre la Iglesia y la sociedad moderna es fácil la armonía.» Nuestro autor acomete y acaba tan magno trabajo, mucho más útil que el de compilar exclamaciones piadosas o coleccionar vidas de santos inverosímiles, y se pasa diez años recogiendo materiales, estudiando documentos y confrontando textos; se gasta 12.000 francos, todo lo que tiene, para publicar su obra en tres volúmenes, obteniendo el *imprimatur* del obispo competente; pero entre aquella enorme cantidad de afirmaciones y argumentos se le escapa un error involuntario que el teólogo examinador no ha notado (una falta de imprenta basta). ¿Qué ha ocurrido mu-

chas veces? Sin ninguna advertencia, aquel escritor católico, sumiso, entusiasta, que no desea más que el bien y la salvación de las almas, sacrificando su labor, su vida y su fortuna, es condenado sin apelación, sin ser oído, sin que le digan siquiera las expresiones, o las lagunas o el error en que haya incurrido; y a causa de una línea tendrán que desaparecer páginas admirables y excelentes demostraciones, perseguidas como blasfemias a los ojos de los fieles; y el pobre autor, ignorante del motivo de su condena, tendrá que retirar su obra del comercio y de toda biblioteca, alejándola de la vista de toda clase de lectores. Jesús, sin embargo, se ha dignado enseñar a sus discípulos cómo deben reprimirse los escándalos (Mateo XVIII, 15; Luc. XVII, 3): «Si tu hermano pecare contra ti, vé y redargúyele entre ti y él solo; si te oyere, has ganado a tu hermano; mas si no oyere, toma contigo uno o dos, para que en boca de dos o tres testigos conste toda palabra. Y si no les oyere, dilo a la Iglesia; y si no oyere a la Iglesia, tenle por étnico y por publicano.» Así obra la gran caridad del Salvador, la que busca la oveja extraviada, para que no se pierda definitivamente.

Por falta de estas precauciones vemos frecuentemente condenadas obras vigorosas y originales, mientras que folletitos insignificantes, bañados en agua de rosa, oliendo a beatería de mala ley, ostentan en sus cubiertas laudatorios *imprimatur*. Y no contentos con condenar las obras peligrosas o que quieren señalarse como tales, se condenan también en bloque todas las obras de un autor, se las condena aun antes de que hayan aparecido. ¿No es odioso condenar así a los hombres al suicidio intelectual y descalificar escritos que ni siquiera han aparecido? Añádase a eso que el tribunal condenador no ofrece, por sí mismo, ninguna garantía: en la fecha en que *** escribió el artículo que extractamos (10 de Enero de 1909) no había, para juzgar los miles de libros, heterodoxos o no, publicados en Francia, más que dos consultores franceses, religiosos, naturalmente. ¿Qué competencia pueden ofrecer esos dos hombres, llama-

dos a juzgarlo todo, desde la filosofía hasta la filología, ciencias, artes y literatura, y que, además, son personajes ocupadísimos en otras cosas, puesto que uno, el P. Pío de Langogne, capuchino, es dignidad de su Orden, y el otro, el P. Dehon, es superior general de la suya?]

La comparación de los libros condenados y los indemnes produce justificadísima impresión de asombro y estupefacción. Muchos consideran el catálogo del Índice como colección de los peores libros; es un error profundo, pues hay libros que figuran en el Índice simplemente como inoportunos. Así la Congregación ha prohibido rigurosamente las obras que sostienen la igualdad de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, las que tratan de la verdadera forma del capuchón de San Francisco, y hasta el libro de un sabio religioso en favor del culto del Sagrado Corazón. La condenación del libro de M. P. Bureau, el eminente profesor del Instituto católico de París, *La Crisis moral de los tiempos nuevos*, es uno de los hechos más lamentables de este modo de hablar. El libro estaba ya en su séptima edición, cuando notaron que contenía numerosas y demasiado duras verdades. El Consejo de obispos, protectores del Instituto, decidió que se examinara la obra; Bureau se declaró dispuesto a hacer en ella todas las correcciones que la autoridad religiosa creyera necesarias; designados dos censores, se pusieron a estudiarla, cuando un día, sin aviso previo, con sorpresa del autor y del episcopado, la Congregación romana del Índice inscribió el libro en el catálogo de los prohibidos.

Este caso recuerda el de Saint-Georges Mivart, condenado por el Índice, con promesa formal de que, pasados cinco años, le harían saber los motivos de su condena; pasado este plazo, no le dieron a conocer nada; ante semejante deslealtad, Saint-Georges Mivart dejó la Iglesia y murió poco después sin volver a ella. La condena de Andisio, a quien se hacía responsable de los errores que había expuesto para refutarlos, y la de Rosmini, son también dignas de ser recordadas.

Desde la reciente reorganización de las congregaciones romanas, el Índice tiene, sobre sus atribuciones para condenar los libros denunciados, la misión de buscar los escritos que deben proscribirse sin esperar la denuncia. Ahora bien; las estadísticas de la librería estiman en varios cientos de millar el número de volúmenes que se publican anualmente en el mundo. Si la Congregación cumpliera este deber, su tarea sería inmensa, y el Santo Oficio requeriría un ejército, un verdadero ejército de lectores; sus oficinas serían el mayor ministerio del mundo, y el palacio del Vaticano no bastaría para alojar la producción libresca de una década.

El Índice no puede, pues, tener sino una eficacia relativa. Las pocas obras denunciadas a la Congregación no son nada al lado de los cientos de miles que circulan sin conmovérsela, y menos aún al lado de la prodigiosa publicidad de la prensa periódica. ¿No es pueril estigmatizar media docena de libros que se presumen peligrosos, cuando puede verse su análisis y su doctrina en toda clase de revistas y periódicos? Estamos en un tiempo en que el diluvio de papel impreso sumerge al mundo. Querer captar y clasificar al azar de indicaciones suspicaces algunas gotas de este océano, es tan vano como ridículo, cuando no es absolutamente peligroso, pues el éxito trae la denuncia, y ésta, casi fatalmente, la condena. ¿Quién puede jactarse de escribir un libro sin una frase errónea, aventurada o inoportuna? El mejor medio de tener paz para un católico, sería no escribir nada, achicar su alma, suspender su pensamiento, como arpa inútil, de los sauces del camino; pero esa paz es el *in pace*, la muerte de toda franqueza, de toda inteligencia, de toda cultura, de todo progreso.

En una sociedad en que los fieles, sometidos a la autoridad de la Iglesia, formarían la inmensa mayoría, y donde sólo aparecieran, a raros intervalos, las obras peligrosas para la fe y las costumbres, una sentencia que cogiera el mal en sus comienzos, quizá pudiera contener su desarrollo; pero ni estamos, desgraciadamente, en esta sociedad, ni el procedimiento está

acreditado como seguro. La literatura impía o licenciosa en el siglo XVIII, la de Voltaire, Rousseau o Diderot, acabó, a pesar de todas las censuras, por hacer estallar la Revolución; la *Vida de Jesús*, de Renán, agobiada desde su aparición por toda clase de condenas, ha visto crecer su éxito hasta el punto de que no se cuentan ya sus ediciones. Hoy se lee todo, se discute todo y se critica todo; los decretos prohibitivos irritan porque condenan sin aclarar nada. ¿Quién se atrevería a decir que las condenas del abate Loisy, de Fogazzaro, del P. Laberthonnière o de Leroy han engendrado la paz? Lo que han hecho es trastornar muchas almas y aumentar la turbación y el desaliento.

Para probar que el dogmatismo católico es hostil a la libre investigación, basta abrir el catálogo del Índice y ver en él, no sólo las condenas contra Copérnico, Kepler, Foscarini, Galileo, etc., sino las de los más ilustres representantes del genio moderno: Montaigne, Descartes, Pascal, Montesquieu, Malebranche, etc., de modo que ha podido decirse que la ciencia y la filosofía son para el católico lo que la belleza de una mujer para los frailes de la Edad Media: el Índice los espera en el camino que conduce a esa belleza peligrosa y los impide acercarse a ella.

FILOSOFIA DE LA HISTORIA

LAS TEORÍAS DEL CONDE DE GOBINEAU.—Durante su vida, Arturo de Gobineau fue el más desconocido de los filósofos, el más ignorado de los historiadores: era un literato de afición, maniático tranquilo, a quien su fortuna y los ocios de una carrera poco absorbente permiten hacer imprimir, de cuando en cuando, volúmenes amazacotados, que hasta sus mejores amigos no se atreven a hojear. Apenas muerto, se hizo célebre, y hoy el gobinismo hace furor. Ya en vida, los pocos hombres eminentes que se habían interesado por sus ideas, sin haber

leído sus libros, se llamaban el conde Prokesch, el príncipe de Bismarck y Ricardo Wagner, tres alemanes. No tardó en fundarse una Sociedad consagrada al estudio y a la difusión de sus obras, la *Gobineau-Verein*, presidida por el profesor Schemann; Kretze escribió su biografía, y Nietzsche sufrió bastante su influencia; más tarde, Francia lo descubrió a su vez, y Ernesto Seillère, en su *Filosofía del imperialismo*, no vacila en afirmar que el conjunto de doctrinas que llevan ese nombre tiene a Gobineau por inventor; Boisjolin y Vacher de Lapouge, demócrata y humanitario uno, y aryanista y antisemita otro, se declaran sus discípulos; el antropólogo Ammon amplía, con nuevos descubrimientos, la tesis de la desigualdad de las razas humanas; Monod, escribe su biografía; Roberto Dreyfus, en su *Vida y profecías del conde de Gobineau*, le consagra un estudio imparcial y penetrante, y todas las Revistas le dedican artículos más o menos profundos: su fama, consagrada así en Alemania y Francia, pasa a las demás naciones, y en la *Nuova Antología* y en la *Nineteenth Century*, Decio Cortesi y Arturo S. Herbert resumen sus doctrinas que O. de B. resume a su vez en la *Revue Hebdomadaire*.

¿Cómo explicar que tantas naciones, después de haber llegado al apogeo de su prosperidad y de su gloria, se hayan debilitado y disuelto, sin casi dejar huellas? Aquí es la civilización pelásgica, que floreció en Micenas y en Creta, mil quinientos años antes de Jesucristo, siglos antes de la invasión de los helenos; allá la civilización sumeria que se desarrolló en Mesopotamia hace miles de años, antes de la llegada de los asirios y de la fundación de Nínive y de Babilonia; y tantas y tantas otras. Muchos historiadores filósofos han querido darse cuenta de estos florecimientos y estos hundimientos, ya por el excesivo desarrollo del lujo y de los vicios, ya por la decadencia de las creencias religiosas o su exacerbación hasta el fanatismo, ya por desastres militares, malos gobiernos o rivalidades de naciones más enérgicas. Gobineau demuestra que ninguna de esas explicaciones vale nada; que muchas nacio-

nes, víctimas de uno o varios de esos males, no han sufrido apenas por ellos, y que otras, en cambio, se han desmoronado bruscamente, sin haber presentado ninguno de los síntomas de degeneración cuya lista han formado los sociólogos y los historiadores. Cien años antes de la Era cristiana, Roma conocía ya el exceso del lujo y todos los vicios de las civilizaciones decadentes, y, sin embargo, ha proseguido la conquista del mundo, conservando, durante cinco siglos, su hegemonía; el Imperio bizantino se ha sostenido, durante más de mil años, a despecho de las más terribles invasiones de los godos, de los eslavos, de los persas, de los árabes, de los mongoles y de los turcos; ha conocido períodos gloriosos en tiempo de Justiniano, en tiempo de Mauricio y de Heraclio, de Nicéforo Focas y del gran Basilio II; y, sin embargo, desde su nacimiento, parecía amenazado a la vez por todas las causas de ruina antes enumeradas; si el escepticismo religioso bastara para explicar la decadencia de los pueblos, ¿cómo comprender que la incrédula Roma haya conquistado y conservado tan largo tiempo el imperio del mundo, y lo haya perdido precisamente cuando el Cristianismo acababa de regenerarla, en la edad de oro de los PP. de la Iglesia y de los oradores sagrados? ¿Cómo explicar que Inglaterra haya pasado al primer rango de las naciones, precisamente en el siglo XVIII, cuando atravesaba un período de escepticismo y de indiferentismo, del que John Wesley, primero, y luego Usey y Neuman iban a hacerla salir? Y si es la intolerancia y el fanatismo los que empujan al abismo a los imperios, ¿hay razón para citar a España, en ese caso, como lo hacen Taine y Pablo de Saint-Victor? El período de la historia española en que la intolerancia llega a su apogeo; el período que ha visto la proscripción de los judíos, el destierro de los moriscos y el suplicio de las nueve décimas partes de las víctimas de la Inquisición, es precisamente la época en que España ha conquistado la mitad de Europa y América, ha ejercido indiscutible hegemonía y ha visto florecer sus mayores poetas y sus más grandes artistas: Hurtado de Mendoza,

Garcilaso, Ercilla, Tirso de Molina, Cervantes, Lope, Calderón, Alarcón, Zurbarán, Ribera, Velázquez, Murillo, etc. ¿No sería también temerario afirmar que Francia, en tiempo de la revocación del edicto de Nantes y de la dispersión de los solitarios de Port Royal, había llegado al último grado de la decadencia y de la decrepitud? El siglo de Luis XIV, a pesar de lo que hoy enseñan muchos manuales, es una de las más altas cimas de la historia de Francia.

Según Gobineau, la etnografía es la única que puede enseñarnos la verdadera filosofía de la historia. Un gran pueblo es un pueblo que pertenece por completo a una raza superior, y que se preserva celosamente de toda mezcla, un pueblo de sangre pura, en una palabra. La mutización; ese es el enemigo. Gobineau divide la humanidad en tres razas primordiales: blanca, amarilla y negra. Para él la raza blanca habría habitado originariamente el Asia Central; la negra, el Africa y el Asia Meridional, y la amarilla, América, opinión que le es completamente particular. Luego vino el período de las grandes migraciones: los amarillos, atravesando a pie enjuto los témpanos del golfo de Behring, se derramaron por Asia, y algunos pasaron al Sur de Europa. Los blancos invadieron Europa y el Asia Meridional, chocando en estas regiones con pueblos de raza negra que vencieron, y con los que se condujeron de diversos modos: en la India, los aryas conquistadores supieron preservar la pureza de su sangre, constituyendo una casta cerrada que reinó sobre las poblaciones negras y mestizas; los antiguos persas, al rechazar las tribus indígenas, se mantuvieron también mucho tiempo como nación blanca de sangre casi pura; pero al S. O. otros blancos, menos rigoristas que los aryas y los iranios, se cruzaron algo con los negros aborígenes, y de estos cruzamientos nació la raza semita, en que domina el elemento blanco.

La raza blanca es infinitamente superior a las otras dos: sólo ella posee el genio creador, el espíritu de invención; sólo ella puede desarrollarse y progresar indefinidamente; sólo ella tiene

el espíritu metafísico, el sentimiento del honor, el entusiasmo por las nobles causas. Los amarillos son prudentes, tenaces, previsores y no faltos de sentido práctico; pero su alma es vulgar y baja, y su espíritu es incapaz de elevarse más allá de la observación inmediata y del más grosero empirismo; entregados a sí mismos, serían incapaces de alzarse a la altura de una civilización; todo lo que han podido hacer de grande y hermoso los chinos y los japoneses lo deben a cruzamientos de sus antepasados con pueblos de raza blanca. El negro, en fin, estúpido, grosero, inconstante y violento, pertenece a una raza completamente inferior; tiene pasiones más vivas y apetitos más imperiosos que el amarillo; su imaginación es mucho más viva, y junta con su extrema impresionabilidad, le da instintos artísticos más acentuados que los de la raza mongólica.

Por superiores que sean los blancos, sus cruzamientos con estas razas inferiores (con tal que el elemento blanco continúe predominando en alto grado), pueden crear o desarrollar en ellos ciertas cualidades: la sangre negra exalta su imaginación, desarrolla sus gustos artísticos y perfecciona algunos de sus sentidos; la sangre amarilla les da más paciencia, más tenacidad y el sentimiento de la disciplina, de que suelen carecer los blancos de raza pura.

Siendo la raza blanca superior a las demás, y la raza negra inferior, las naciones formadas por pueblos de raza puramente blanca serán evidentemente más enérgicas, más inteligentes y más nobles que aquellas en que la sangre blanca ha sido fuertemente adulterada; éstas serán superiores a su vez, a las naciones constituídas únicamente por la raza amarilla o por mezclas de amarillos y negros; y las naciones de raza puramente negra seguirán siempre en el grado ínfimo de la escala.

Pero una vez que las naciones se han constituido y han empezado a representar su papel en el escenario del mundo, su existencia se encuentra regulada por una ley nueva que se puede llamar la ley de constancia o de fidelidad a los orígenes:

blanca, amarilla, negra o mestiza, el punto esencial para una nación debidamente constituida es permanecer conforme a su tipo original y no cruzarse a ningún precio con pueblos de raza diferente. Las leyes y la constitución que se ha dado, la actitud que ha adoptado frente a los demás pueblos, el género de civilización que se desarrolla y florece en su seno, los fines a que tiende, el sentido general de su evolución histórica, todo es forzosamente conforme a su origen étnico, a sus herencias, todo está condicionado por ellas. Una nación no puede conservar su equilibrio y su buena salud, sino cuando la misma sangre continúa corriendo por sus venas; en cuanto recibe un aflujo de sangre extranjera que modifique sus proporciones étnicas, fatalmente cae en la anarquía; sus leyes, sus costumbres no la convienen ya, sus aspiraciones son las mismas y reniega de sus tradiciones nacionales; el armazón que la había hasta entonces mantenido, cruge por todas partes y se descompone; necesita buscar a tientas en medio de disturbios y peligros, un nuevo estado social y político que corresponda a su nuevo temperamento.

Roma atravesó esta crisis terrible durante el último siglo de la República. Era una nación de raza blanca algo matizada de amarillo; a consecuencia de sus grandes conquistas recibió enorme aflujo de sangre negra o semita: esclavos, libertos, soldados, artesanos venidos de Asia y Africa afluyeron a aquella Italia que al mismo tiempo se veía abandonada por gran número de sus hijos, desparramados por todo el mundo conocido; la vieja raza italiota, blanca o poco mongolizada, enérgica, tenaz, sobria, disciplinada, práctica y poco amiga de las artes, desapareció y fue reemplazada por una nación mestiza en que el elemento negro se afirmaba fuertemente; nación ardiente, inconstante, impresionable, sensual, incapaz de gobernar a los otros ni de gobernarse a sí misma. Las naciones escogidas son, en general, poco numerosas: como los helenos y los romanos, son pequeñas tribus belicosas que conquistan vastos países y esclavizan a sus habitantes, felices cuando tie-

nen el valor de prohibirse todo cruce con las razas vencidas, como lo hicieron los aryas y los persas, después los espartanos en Laconia y hoy los ingleses en sus numerosas colonias. Las familias conquistadoras que se han preservado de toda alianza, forman naturalmente una oligarquía que gobierna la masa de los indígenas y de los mestizos, como ha sucedido en Méjico hasta estos últimos tiempos bajo la dictadura de Porfirio Díaz, y esto, según Gobineau, constituye un estado social excelente; pues la caída de las aristocracias y la instauración del gobierno democrático es sencillamente la ruina de las pequeñas naciones superiores y el desquite de las razas vencidas. Hoy todas las razas se mezclan, todas las aristocracias se hunden, el nivel igualitario aplasta a los escogidos, la humanidad se vulgariza y todo va de mal en peor. Gobineau es un pesimista decidido, disgustado del presente y espantado del porvenir.

Otra teoría de Gobineau es la división de las naciones en *masculinas* (formadas por una mezcla de blancos y amarillos) y *femeninas* (mezcla de blancos y negros o de amarillos y negros). Entre las naciones masculinas, cita a los romanos, los chinos y los germanos; entre las femeninas, los indios, los asirios, los egipcios, los romanos del Imperio y las naciones latinas de hoy. No criticamos; nos hemos querido limitar a ser meros expositores de las doctrinas de Gobineau, y sólo añadiremos que organismos tan complejos como los que constituyen una nación no pueden explicarse por una sola causa, sea ésta la que quiera; pues siempre son muchas las que determinan su grandeza y su decadencia.

COSTUMBRES

LAS TRANSFORMACIONES DE LA PUBLICIDAD.—Aunque se dice que «no hay nada nuevo bajo el sol», hay que convenir en que con el tiempo muchas cosas han cambiado extraordinariamente, y una de ellas es la publicidad, como dice Max Tur-

man en la *Revue Hebdomadaire*, de París. El reclamo es viejo sin duda, sobre todo en los periódicos. Hojeando la colección de la *Gazette de France*, tropezamos, por ejemplo, con la siguiente cartita que no es más que un anuncio hábilmente hecho de las aguas minerales de Forges:

«De Saint-Germain en Laye, 2 de Julio de 1631.

»La sequedad de la estación ha aumentado mucho la virtud de las aguas minerales, entre las cuales, las más generalmente usadas aquí son las de Forges. Hace treinta años que el gran médico Martín las puso en boga; el rumor del vulgo las aprobó. Bonnard, primer médico del rey, las ha llevado al más alto punto de reputación que su gran experiencia, capacidad y fidelidad puede dar a lo que lo merece para con S. M., que las bebe aquí por precaución, y casi toda la corte, siguiendo su ejemplo.» ¿Eran ya maestros de bombo los gacetilleros de 1631?

Desde hace medio siglo, sin embargo, la publicidad ha adquirido tales vuelos, que el anuncio de hoy difiere del antiguo tanto como nuestros rotativos de doce páginas de los modestos diarios de la época revolucionaria. El tipo moderno de la publicidad ha nacido, como era natural, en América, dando lugar a una verdadera industria, antes desconocida, y llegando a tal desarrollo que realmente asombra. Un especialista muy documentado, Arren, evalúa en unos *cinco mil millones* de francos la suma gastada anualmente en publicidad por los yanquis, sin que se haya, ni mucho menos, llegado al límite, pues de año en año la cifra aumenta en progresión tan constante como enorme. Fairbank y Compañía, fabricantes de balanzas, gastaban en publicidad, antes de la guerra de Secesión, 3.000 dólares al año; hoy gastan 750.000, más de dos mil duros diarios. El creador del jabón Sapolio, que hace sólo unos años consumía anualmente en gastos de reclamo 30.000 duros, gasta hoy mil duros diarios. Recientemente, un «gran almacén» envió a su clientela catálogos que pesaban cuatro libras, con más de mil páginas de grabados. Sólo de portes costó el envío de este

catálogo 640.000 duros. Las principales casas de novedades americanas tienen presupuestos de publicidad formidables: la casa Marshall Field, de Chicago, ocupa el primer puesto, con 3.500.000 francos anuales; los establecimientos Wanamaker la siguen con una cifra de dos millones y medio. Los Grandes Almacenes de Nueva York gastan juntos al año diez millones en el servicio de anuncios y reclamos, que representan el 4 por 100 de sus ventas, doble de lo que pagan por el alquiler de sus Almacenes y no mucho menos de lo que invierten en personal de empleados. Una fábrica de «navajas de afeitar de seguridad» ha llegado a vender seis millones de navajas, gastando en publicidad 750.000 francos; y para extender su venta por el extranjero, ha elevado su presupuesto de anuncios a un millón. Tomás Beekans ha invertido en los anuncios de sus píldoras un millón de libras esterlinas, 25 millones de pesetas. Y así podría hacerse una lista interminable.

Y, sin embargo, lo mismo Arren que Turmann creen que la publicidad está todavía en la infancia. Y no se equivocan, si piensan que los anuncios de todas clases, abundantes en cierta clase de artículos, apenas son utilizados por otras muchas industrias todavía. Lo que demuestra el poder del reclamo es que en cuanto un individuo, más atrevido o más ingenioso, lanza su artículo en determinada rama de la industria, sus competidores tienen que apelar al mismo recurso, quieran o no quieran, para no verse arruinados, y así, poco a poco, todos van entrando en la corriente. Esta invasión de la publicidad no respeta nada, ni las paredes de las ciudades, ni los sitios más pintorescos de nuestras montañas. Los Gobiernos, al acecho de rendimientos para el fisco, sacan partido de la situación, cobrando derechos por los anuncios, y los grandes órganos de la publicidad, revistas y periódicos, obtienen su ingreso más saneado de la distribución de la fama a golpes de bombo. El reclamo es hoy una ciencia con su técnica propia, y un arte que utiliza todos los recursos del grabado y de la litografía.

La especie de publicidad que llega más directamente, si no más eficazmente, al público, es indudablemente el cartel, que realiza el objetivo de Emilio Girardín: «La publicidad debe ser vista sin ser mirada.» Nada más cierto, con esos inmensos carteles multicolores, a veces hasta artísticos, en que nos vemos obligados a leer, queramos o no, el nombre de tal almacén o de tal producto. No es cosa fácil componer un cartel que influya prácticamente en la venta de un objeto. Antes, dibujos y textos solían estar recargados; mucho que ver y mucho que leer, a veces bien hechas ambas cosas; pero «no resultaba» el negocio. Hoy se tiende cada vez más a la simplicidad: dos o tres palabras sugestivas, y una ilustración sobria del artículo que se quiere despachar: ese es el ideal.

En esta materia, Sabatier, que dirige hace muchos años el servicio de publicidad del «Chocolate Menier», ha confiado interesantes observaciones a Arren. Las cualidades que exige en su anuncio son: 1.^a Extremada sencillez de líneas en el dibujo, y, por consiguiente, reducción del número de personajes a la unidad, si es posible. 2.^a Reducción del texto a una corta fórmula, lapidaria y enérgica, y, si el nombre es suficientemente conocido, simplificación todavía más radical, con el solo enunciado de ese nombre. Así se llega a grabar el anuncio en la memoria de todo el mundo, que es lo que se busca.

El anuncio debe obrar por obsesión. No se trata de persuadir al lector, sino de ponerle a la vista con la mayor frecuencia y lo más visiblemente posible, los mismos nombres propios, siempre acompañados de la misma fórmula laudatoria o explicativa. El procedimiento es de éxito infalible. Véase un caso: un amigo de Turmann llega á París el verano pasado; corre de aquí para allá, como todo el mundo, por el Metropolitano, y lee y relee, como todo el mundo, los carteles de las estaciones y vías subterráneas; un nombre de licor se le ofrece constantemente a la vista; y de tal modo le obsesiona, que en el primer café en que entra para refrescar, pide maquinalmente el licor anunciado, sin ocurrírsele pedir ningún otro.

Esta influencia de la misma palabra vista incesantemente, es conocida de cuantos se ocupan de publicidad, y Veber la ha anotado ingeniosamente en su pieza *Quien pierde, gana*: «FARJOLLE (tendiendo un periódico a Emma):—Mira. ¿Qué lees ahí en letras gordas?—EMMA: Pastillas Bolard. Las conozco. Las tomo cuando estoy acatarrada.—¿Y cura eso?—Nunca.—¿Por qué entonces las sigues tomando?—¡Qué sé yo!—Las sigues tomando porque ves en letras gordas, cada vez que abres el periódico, «Pastillas Bolard».—Es verdad».—Ese fenómeno es lo que se llama publicidad. Los que compran pastillas, creyendo que con ellas van a curar sus catarros, constituyen el público. Farjolle exagera, sin duda, pues el producto anunciado, por el hecho solo de los gastos de anuncio, tiene que ser cosa buena, en general, porque de otro modo, podrá motivar una venta, pero no la persistencia de ventas necesaria para cubrir gastos.

No basta que un cartel esté bien hecho, si no se busca además el sitio a propósito para exponerlo a la atención de los transeúntes. Nada mejor al efecto que los telones de los teatros y las vallas de las calles frecuentadas, ante los derribos o reconstrucciones. Arren cuenta a este propósito una aventura, que demuestra hasta dónde llega el atrevimiento de las empresas anunciadoras: un anticuario del barrio Drouot que, como sus compañeros, suele cerrar su tienda en Julio y Agosto, al regresar a París inesperadamente por la Asunción, se encontró con que su casa estaba tapada por una gran empalizada cubierta de anuncios; era que a los dos días de su marcha unos carpinteros se presentaron, y diciendo que tenían órdenes, levantaron sus andamiajes, que no tardaron en verse cubiertos de anuncios; como no tocaban a la casa, y la entrada quedaba libre, el buen portero les dejó hacer sin preocuparse de la cosa; denunciado el hecho, el empresario, que había explotado aquel sitio sin autorización, fue condenado por estafa.

Otro medio, también muy utilizado, es el de los hombres-sandwichs, que se pasean con sus carteles a la espalda o con sus estandartes o armatostes de todo género al viento; estos anun-

cios semovientes son muy eficaces, pues son muy visibles y llaman la atención, por su desplazamiento, del mayor número de transeuntes. Por eso se ha recurrido también a los anuncios luminosos, cuyas letras flameantes se destacan en plena noche sobre las fachadas o los tejados de los edificios. Si además se refuerza el estímulo del transeúnte, ofreciéndole vistas o escenas animadas que le retengan mientras se intercalan los anuncios, la eficacia es mayor, aunque este medio, que hace años estuvo muy en boga, parece abandonado, quizá por lo costoso o porque se iba gastando.

Al lado del cartel, en sus múltiples formas, está el anuncio de los periódicos. La composición y la redacción son de importancia capital. En este punto, los países latinos distan mucho de igualar a los germánicos, y sobre todo a los anglosajones. Nuestro público no lee los anuncios con el cuidado que el inglés o el americano. En nuestros periódicos hay que ganar la atención por sorpresa y a pesar del lector. De ahí los tres procedimientos corrientes: el eco de primera plana, disimulado entre varias noticias; el artículo que se lee sin sentir hasta que uno se entera de que es un reclamo, y el anuncio que se impone por su masa o por la originalidad de su ilustración.

Este último procedimiento, que constituye el anuncio propiamente dicho, se presta a todo género de empresas. Su principal inconveniente es que sólo dura un día, salvo los contenidos en Revistas que se conservan y coleccionan, en las que el anuncio es de efecto permanente. Para que se lea, es indispensable que el anuncio sea corto y claro; hay que tratar de transformar el deseo o necesidad latente de un consumidor en acto efectivo de compra; para ello hay que indicar las ventajas del artículo y sus aplicaciones. Pero no basta que el anuncio esté redactado con habilidad, si no se ve bien. «Ser notado, dice con razón Pigier en su *Curso práctico de publicidad*, es ya un principio de éxito.» Para que este principio persista, es preciso mantener la atención hasta el fin. Hay, pues, que procurar que el anuncio sobresalga entre los demás, atrayendo al

paso la atención, y una vez atraída, la fije, obligando al lector a enterarse.

Frecuentemente, el reclamo se esconde en primera o segunda página, para coger de improviso al lector. Por otra parte, en los Ecos de sociedad se suele hacer intervenir a tal o cual personaje, que declara se sirve del producto recomendado, y claro es que el anunciante cuenta de antemano con que no han de desmentirle. Este silencio no es gratuito, y hasta se dice que hay individuos de familias reinantes que se prestan a este juego de anuncios; en *Roi* sale a escena el hecho, y el portavoz de Caillavet, Flers y Arene, cuenta que fue encargado por una casa de la calle de la Paix, de ofrecer 25.000 francos a una reina si consentía en no lavarse los dientes sino con los «Polvos de las Musmeas;» la reina rehusó pidiendo 50.000, que la casa tuvo que entregar, no sin producir desavenencias en la familia real, que quería disfrutar de los beneficios obtenidos por el obsequio de la casa anunciadora. Esto podrá ser un cuento; pero lo indiscutible es que los personajes de todo género, políticos, artistas y literatos, se prestan complacientemente a estos anuncios en que sirven de cimbel mediante especies contantes y sonantes, aplicando a veces la suma percibida a obras de beneficencia, como lo hizo Coquelin con los 300 francos que le dieron por servirse de *Onoto* para un autógrafo de anuncio. Según Arren, nada da mejor resultado para lanzar un negocio de sitio de baños o de aguas minerales, que atraer a personas célebres y hacer el reclamo luego con sus listas. Hace unos diez años lanzó así una empresa el negocio de La Ciotat, junto a Tolón; durante varias estaciones ofreció gratuitamente magníficas *villas* amuebladas con lujo a las notoriedades del arte y de la literatura, y así ha logrado fijar la atención y asegurar el éxito.

Otra forma de publicidad, practicada en América, y que empieza a introducirse en Europa, es lo que llaman los yanquis el *mail schopping*, la venta por correo. Las casas que se dedican a este negocio no tienen almacenes para la venta al publi-

co directamente; reciben los encargos por correo, y los sirven lo mismo. Claro es que todo el negocio estriba en la publicidad: anuncios, carteles, catálogos, circulares, todos los medios necesarios para que el público se entere de los artículos en venta y de sus condiciones. En los Estados Unidos, donde viven muchas familias lejos de los grandes centros, tienen estas casas inmensa clientela; sólo en Chicago se hace un negocio anual de dos mil quinientos millones, según Arren, por este procedimiento. La organización de estas casas es curiosa: diariamente se reciben millares de cartas, que se abren por paquetes de cincuenta a sesenta, cuyos bordes se apoyan en una rueda de esmeril que en un momento los roza; de allí pasan a una sala donde cien obreras sacan las cartas de los sobres y las clasifican con alfileres por paquetes según los pedidos; de allí pasan a otra habitación, donde quinientas mecanógrafas inscriben a máquina los pedidos en facturas, remitiendo cada factura a la sección correspondiente, y enviando la carta original a los archivos, donde otras doscientas obreras las colocan en las carpetas correspondientes; todo esto se hace con el mayor silencio, por medio de tubos neumáticos y con perfecto automatismo. Parece aquello una escuela de sordomudos. El catálogo de una de estas casas (Sears Roebuck and C^o de Chicago) pesa cerca de dos kilos, con 1.200 páginas a tres columnas, y contiene la descripción de casi todos los objetos de que puede servirse la humanidad; el envío por correo importa 3.200.000 francos de sellos. Esto sólo puede hacerse en un país donde hay 55 millones de personas que viven lejos de las ciudades, y que necesitan surtirse de todo para vivir cómodamente.

Este catálogo no suele enviarse más que a los clientes, y para aumentar el número de compradores, estas casas se sirven de anuncios que tienden, no a propagar una marca, sino un encargo inmediato o por lo menos una carta que permita entrar en relaciones con el firmante o con otro cliente nuevo. Y aquí entramos en el *follow up system* o método de la acción directa y seguida, por la obtención de nombres y señas de nue-

vos clientes posibles. Obtenidas las señas, el industrial comienza el asalto del nuevo cliente, enviando circular tras circular y catálogo sobre catálogo. El ingenio que los especialistas derrochan en estos ataques es asombroso.

Desde luego, el organizador de la publicidad necesita formarse un plan y proceder con arreglo a él como un general en una campaña: un producto de lujo requiere ser anunciado en publicaciones que reciban las clases ricas; un artículo de consumo general debe utilizar los carteles y la prensa diaria. El modo de publicidad debe adaptarse así a la naturaleza del producto y al espíritu de la clientela, buscando sus flacos para triunfar de sus resistencias. Sabido es, por ejemplo, que los hijos en la sociedad moderna son los tiranos de las familias; pues si se quiere lanzar una marca de chocolate, se meten en cada paquete dos o tres sellos extranjeros, y en seguida los filatelistas de la casa, que nunca faltan, se hacen propagandistas de aquella marca. ¿Se quiere llevar a las madres a tal o cual almacén? Pues se obsequia a los niños con globos o cromos o juguetitos anunciadores que van pregonando por la ciudad el nombre del almacén, y aseguran la atracción de la clientela. Si se trata de hacer adoptar por las pupileras y cocineras un caldo preparado, se organiza una «degustación» gratuita, bien preparada, y se hace la propaganda del caldo. El sindicato de iniciativa de una región utiliza, para atraer visitantes, los anuncios ilustrados, la distribución de guías y los embuchados en las revistas y periódicos. Los fabricantes de específicos envían frascos, cajas, almanaques, prensapapeles, memoranda y lapiceros a los médicos para que los recomienden a su clientela. Y así sucesivamente.

Los profesionales dicen que, una vez adoptado un tipo de anuncio, no se debe modificar. Puede, sin embargo, adoptarse otras formas para no fatigar al público, y Sabatier estima que debe buscarse siempre la novedad en la forma, manteniendo el fondo siempre; la casa Menier fue la primera en utilizar los anuncios a lo largo de las vías férreas, y luego en pleno cam-

po y los kioscos luminosos después; a medida que una forma se gasta, se busca otra forma nueva. Para eso se necesita imaginación; así han nacido el *Album Mariani*, *Las figuras contemporáneas* y el *Salón fantástico* del *Figaro*, con bellezas conocidas en supuestas reproducciones de cuadros para hacer el reclamo de perfumerías y modistos. Los escaparates y salones son también excelentes medios de publicidad, y reciente es el caso del sastre de Londres que ha transformado la fachada de su casa en tres vitrinas vivas: una alcoba, un comedor y una sala de recepción; en la alcoba, *modern style*, entra un joven, vestido con un simple rincón-de-chimenea, se sienta en un sillón y se hace afeitarse; luego un criado le quita su pijama, y nuestro snob aparece con calzoncillos de seda, exhibiendo calcetines de dibujos nuevos y ligas de colores de moda; después hace, con su ayuda de cámara, el tocado que corresponde a un joven elegante; así el público ve ensayar todas las novedades en corbatas, cuellos, mangas, tirantes, botinas, chalecos de fantasía, botonaduras, guantes, sombreros, etc. En el comedor y en la sala se exhiben escenas semejantes, y así se tiene ocasión de apreciar todas las novedades y artículos de la casa.

Todos los interesados están contextes en afirmar que los provechos de un negocio están en relación directa con los gastos de publicidad. El Sr. Coubaud, director de la explotación de Vichy-Etat, envía a Arren una estadística por años, de 1895 a 1908, de los gastos de publicidad y del número de botellas vendidas, y la progresión es constante; en 1895 se gastaron 360.000 francos, y se vendieron 9.716.118 botellas; en 1908 los gastos subieron a 1.180.000 francos, y las botellas vendidas a 23.453.880. Esta progresión no es un hecho extraordinario; es constante y normal en todos los negocios en que la publicidad ha sido bien organizada. No debe olvidarse, sin embargo—como lo hace con frecuencia el pequeño comercio,—el axioma mercantil de Barnum: «Hazlo todo por llevar al cliente a tu tienda; pero una vez dentro, sírvele bien.»

IMPRESIONES Y NOTAS

EL MATRIMONIO EN LA INDIA.—En la India, el matrimonio sigue siendo todavía casi como en la antigüedad, una necesidad social que incumbe exclusivamente al jefe de la familia. En realidad, puede estimarse como un negocio del que los padres procuran sacar el mayor provecho posible. Según el último censo de población, hay 250.000 niñas de menos de cinco años que ya están casadas; 2.000.000 son esposas antes de los diez años; 6.000.000 entre diez y quince, y 9.000.000 entre quince y veinte. Hay, sin embargo, que hacer notar, que aunque el contrato es perfecto para los efectos legales, una vez cumplidas las ceremonias religiosas y civiles, las casadas no se entregan por los padres a sus esposos, sino entre diez y doce años; así es, que no es raro encontrar en la India madrecitas de trece años y abuelas de veinticinco, que lo son realmente, pues la mujer en la India, como en todos los países precoces, se gasta en poco tiempo.

*
* *

LA ORIGINALIDAD DE CARLOS PEGUY.—Carlos Peguy es un autor modernista, cuya originalidad consiste en el pleonasmismo; pero un pleonasmismo superabundante, que se repite, salta, brinca, hace carambolas de bola a bola, por banda, de retroceso, produciendo efectos extraños y chocantes, que a veces irritan, a veces hacen sonreír y siempre resultan fatigosos. Peguy, como dice Pierrefeu, es un místico ávido del cielo y de los espacios interplanetarios, pronto a escaparse a cada instante de este mundo, pero retenido por la tierra, por el terrón que tiene bajo las suelas con clavos de sus zapatos de aldeano. Es una especie de cura de aldea, que predica, no en una catedral, sino en una capilla de pueblo; y por eso habla familiarmente, buscando en voz alta la palabra precisa hasta que tropieza con ella o con una circunlocución que le sirva para su objeto. Para

expresar su inspiración, él mismo escribe: «Siento ya la incurvación, la incurvazón general, lateral, transversal, horizontal, en las espaldas, vertical en los riñones; hay que añadir que es el encorve, la curvura, la curvatura, la inclinación del escritor sobre la mesa de trabajo.»

Para dar una idea del estilo de Peguy, véase uno de sus parrafitos: «Mi vestido y mi cuerpo (este primer vestido, este ya vestido) (y me choca, porque tengo los mismos proveedores que todo el mundo) (no hablo del cuerpo, hablo del otro, del segundo vestido, no hablo del vestido orgánico, hablo del vestido industrial, antiguo orgánico en tejido industrial, antiguo orgánico, no ya en tejido celular viviente actualmente orgánico, por decirlo así, histológico), mi vestido y también mi vestido de debajo, mi vestido de cuerpo, mis zapatos, la suela de mis zapatos, la tierra que está bajo la suela de mis zapatos, los dos pies que están en mis zapatos, las piernas que están al extremo de los pies, y por ende, el hombre que está al extremo de las dos piernas, toda mi facha, toda mi actitud, el encorvamiento comenzante de mis hombros, esa bóveda comenzante, la inclinación de la cabeza sobre la nuca, los días de fatiga y ya los otros días (pues todos los días son ya días de fatiga); pero lo bueno y consolador que hay en ello, lo que hay de maravilloso, es cómo se pasan á pesar de todo los días de fatiga... etc.

Se ha admirado mucho la *Juana de Arco* de Peguy; es una Juana de Arco que habla en la lengua de Peguy en lugar del lenguaje preciso que los documentos históricos la prestan. Así, al presentarla como visionaria reviviendo la pasión de Jesucristo, la hace decir: «Dichosa aquella que, con un pañuelo, con un verdadero pañuelo, con un pañuelo para sonarse, con un pañuelo imperecedero, enjugó aquella faz augusta, su verdadera faz, su faz real, su faz de hombre, con un blanco pañuelo blanco, aquella faz perecedera; su faz lamentable... aquella faz de sudor, toda sudorosa, toda sucia, toda polvorienta, toda llena del polvo de los caminos, toda llena del polvo de la

tierra; el polvo de su cara, el común polvo, el polvo de todo el mundo, el polvo sobre su cara, pegado por el sudor.»

¡Basta! ¿Verdad? ¿Quién puede disputar a Peguy el título de «gran latoso»?

*
* *

LA «GIOCONDA» Y EL «SAN JUAN» DE VINCI.—Hablando de la robada *Gioconda* y del *San Juan* que se ha puesto en su lugar en el Louvre, dice Peladan en uno de sus hermosos artículos de la *Revue Hebdomadaire*: «¿Dónde irá ahora el joven a aprender que la doncella no es la mujer, que el amor es santo y sublime, y que es preciso para un sér verdaderamente noble amar un alma, y que el vicio es lo contrario de la pasión? ¡La Gioconda enseñaba eso! ¡Cuánto cuesta escribir ese tiempo de verbo! Enseñaba al que salía de la cervecería el desprecio de las promiscuidades, el desdén de las bajas camaraderías: ella hablaba de pureza, de orgullo, de labor y de gloria. Después del primer momento de vértigo para el provinciano, la palabra moral era ella quien la pronunciaba. ¡Santa mujer! ¡Qué de conciencias ha removido con su mirada que ve, cuántos pecadores ha confesado y purificado, obligándoles a avergonzarse de sus faltas vulgares, comunes, canallas!»

«La sonrisa de la Gioconda es una expresión inexacta y consagrada. Yo tengo ante mí la gran fotografía de Braun, y la Gioconda no sonríe, con los labios al menos; la boca es la más cerrada que jamás se ha pintado. Ved, por lo contrario, cómo la sonrisa del *San Juan* se encuentra caracterizada, cómo levánta los pómulos y ensancha la nariz. Monna Lisa tiene una boca graciosa, pero inmóvil; tapadla los ojos, y aquella impresión de sonrisa desaparecerá radicalmente; la mirada sonríe, sí, como la de los gatos; pero en un sentido completamente diferente del ordinario; sonríe a un pensamiento y no al espectador, a quien opone ese pensamiento como un enigma. En otra parte he dicho mi asombro en Gizeh, por haber encontrado en el rostro colosal de la esfinge esa misma sonrisa de la

mirada de la Gioconda, asombro algo superficial, pues el genio humano en la misma investigación hallará siempre el mismo efecto, y la Gioconda es la esfinge moderna.»

«Si la Gioconda es la madona laica, el San Juan es el ángel diabólico, y permónense estos contrastes que revelan un pensamiento demasiado complejo. El mismo misterio que atraía las multitudes hacia ella, atrae a los iniciados hacia él. Si Leonardo hubiese podido prever que un día su Lisa sería arrebatada del palacio de nuestros reyes, no hubiera hecho otra cosa para consolarnos y perpetuar su influencia, que este prestigioso Precursor. No olvidéis que fue su última obra, el total de su investigación, la extremidad de su pensamiento sutil, y que su mano se paralizó cuando acababa aquel brazo luminoso. Este supremo cuadro ha sido pintado en Francia, en Clos-Lucé, y para Francia. Hace veinticinco años que quemamos todo el incienso de mis palabras ante esta otra esfinge. ¿No es hora de convidar a esta admiración a todos los que se sienten más solos porque esa divina mujer ha sido robada? Deploremos la pérdida de la hermana ante el hermano; hablemos de la Lisa al Precursor, a fin de que el espíritu de Leonardo no cese de inspirarnos y de bendecirnos.»

Peladan trata, de paso, de lo que son y de lo que deben ser los conservadores de museos, y dice: «En el Louvre no se trabaja; no niego que se hagan expedientes como en un ministerio, ni que haya hombres instruídos que escriban según su especialidad; digo que no conservan. Conservar es calcular la temperatura que conviene, en lugar de dejar a los celadores que caldeen a su gusto, lo que produce diferencias extremas entre las horas de guardia y las de la noche; conservar es conocer la restauración, sus recetas, es vigilar este trabajo. ¿A quién se hará creer que no se limpia sino con aceite de lino blanqueado? Y, sin embargo, cualquier otro procedimiento es funesto a los *glacis*. Un conservador no debe ser un hombre de letras, sino un médico de obras de arte. Nos burlamos mucho de los comentarios y la documentación, que, por lo demás, son

poco extraordinarios; lo que queremos es la salud y la longevidad de las obras maestras. Tomad el programa de la escuela del Louvre, y no encontraréis en él ni un solo curso práctico que trate verdaderamente de la materia.

»¿Las responsabilidades? Incompetencia práctica, indiferencia virtual; no hay exámenes, ni cursos, ni tratado sobre el oficio de conservador. La parte importante, la salvación de las obras de arte, se halla en manos de subalternos sin nombre, sin títulos. En cuanto a los dignatarios, a juzgar por sus palabras a propósito del rapto inaudito, carecen de amor. No digo que sean desdeñosos ni inconscientes de su mandato, sino que no son apasionados. Ninguno ha tenido un grito de desesperación, ninguno ha gritado de dolor ante la espantosa nueva. Ciertamente, estaban «fastidiados». Deploraban, no lloraban. No ofenderé a nadie diciendo, para concluir, que no hay en nuestro gran Museo ni químico ni místico; y, sin embargo, estos son los únicos individuos que serían útiles para él.»

FERNANDO ARAUJO

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Esiste l'idea di patria e di patriottismo? Saggi di politica internazionale, per Eduardo Cimbali. —Roma, Bernardo Lux, 1912.—Precio: 4 liras.

Cada loco, con su tema. El loco de ahora es el profesor Eduardo Cimbali, a quien llamaríamos en España un *Quijote*, y la locura o quijotismo que le tiene sorbido el seso desde hace un cuarto de siglo, y sobre la cual está volviendo e insistiendo a todas horas, con predicaciones y publicaciones que se suceden tras breves intervalos de tiempo, no es otra sino la de pedir la libertad de todos los pueblos y todos los Estados, y protestar, en cambio, contra los crímenes internacionales que los más fuertes de esos Estados cometen de continuo sobre los más débiles, disfrazándolos con los nombres de *conquista, intervención, protectorado, política colonial*, etc., etc.

Yo he dado cuenta en España de la mayoría de las publicaciones de este autor a medida que han ido apareciendo. Pocos números atrás de LA ESPAÑA MODERNA hablé de una reciente. Los lectores conocen ya, por lo tanto, en sustancia, las aspiraciones de este escritor, cuya contextura mental es bastante distinta de la que habitualmente acompaña a otros internacionalistas, y a los juristas y filósofos en general. Las doctrinas que el nuevo libro sostiene son las mismas de siempre, aunque por otro aspecto: el del patriotismo. Lo mejor de todo me parece copiar algunos párrafos; por cierto que su reproducción no deja de ser cosa oportuna entre nosotros, y tanto

por lo menos como en Italia, pues ambos países atraviesan hoy por circunstancias análogas en punto a achaques patriotas y patrioteriles:

«Preguntar, en nuestros días, si existe la idea de patria y de patriotismo, es lo mismo que preguntar si existe la idea de libertad y de liberalismo en tiempos en que el despotismo triunfa, o preguntar si existe la idea de propiedad y de incolumidad humana en épocas y en lugares donde el hurto y el homicidio, lejos de ser delitos, sean derechos de todos contra todos.»

«No habrá jamás patria, ni en Europa ni fuera de ella, mientras el Estado no sea, dondequiera y para siempre, obra libre y espontánea de todos indistintamente los seres humanos llamados a constituirlo.»

«No hay problemas e ideales de todos los imperialistas y nacionalistas pasados y presentes que no sean también problemas e ideales de la verdadera y propia idea de patria y de patriotismo. La diferencia está sólo en la solución. La solución y la realización de todos los problemas e ideales del imperialismo y del nacionalismo son sistemáticamente el permanente y universal delito de la conquista y de los guerras de conquista contra las otras patrias y el patriotismo ajeno; es decir, el *antipatriotismo*. La solución y la realización de los civiles y humanitarios problemas e ideales de la verdadera patria y del verdadero patriotismo son, al contrario, el absoluto y universal respeto de las otras patrias y del patriotismo ajeno.»

El libro entero está sembrado de párrafos y frases como los transcritos. Y el autor, en nombre del patriotismo, censura acremente la conducta, según él antipatriótica, de su patria. Véase:

«La Tercera Italia será perenne y perfectamente inútil para sí y para el mundo mientras su política internacional siga siendo la política bárbara y medioeval de las grandes potencias modernas.»

«Es doloroso tenerlo que decir; pero la verdad irrefutable

y amarga es que la Tercera Italia, en medio siglo de independencia y de unidad nacional..., no ha contraído méritos ante el mundo, porque, lejos de haber pretendido nunca convertirse en honrada y constante defensora de los derechos de existencia y de independencia de los pueblos, sean éstos los que sean, ha sido siempre, o vil cómplice de delitos ajenos contra los derechos de existencia y de independencia de los pueblos, o directa e injusta perpetradora de delitos internacionales. Cómplice de delitos internacionales ajenos lo fue en el Congreso de Berlín y en la conferencia de Algeciras. Perpetradora directa de delito contra los derechos ajenos de existencia e independencia lo ha sido en la Colonia Eritrea y en Benadir. Perpetradora de delitos contra el derecho de gentes intentó hacerse en San Mun. Y perpetradora de iguales delitos ha querido constantemente hacerse en Abisinia, en Tripolitania y en Albania.»

«No me cansaré nunca de afirmarlo y de repetirlo: *Todo pueblo que se redime es una fuente de guerras y de revoluciones que se elimina. No de statu quo, o de paz basada sobre las más flagrantes violaciones de los derechos de existencia y de independencia de los pueblos, debe, pues, la Tercera Italia continuar siendo patrocinadora en los congresos y en las conferencias diplomáticas, o en los campos de batalla, sino de condiciones políticas internacionales que sean, o consagración o preparación a la consagración de los derechos de existencia y de independencia de los pueblos.*»

Y ahora—concluyo yo,—que los españoles se apliquen el cuento, pues, *mutato nomine...*

P. DORADO

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
<i>El sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos: Fe, esperanza y caridad</i> , por Miguel de Unamuno.....	5
<i>La emigración de Espronceda</i> , por José Cascales y Muñoz.....	31
<i>Curiosidades toledanas</i> , por Rodrigo Amador de los Ríos.....	53
<i>España fuera de España</i> , por Leandro Ozzola.....	68
<i>Beatriz de Aragón, reina de Hungría</i> , por Alberto de Berzeviczy.	80
<i>Las flotas de guerra en 1912</i> , por Leandro Cubillo.	125
<i>La América Moderna</i> , por Vicente Gay.	150
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	165
<i>Notas bibliográficas</i> , por P. Dorado.....	205